



b 19586838

CL 23 RUI



800

MUNDOLOGIA
CONFERENCIAS

Obras apologéticas

del Rdo. P. R. Ruiz Amado, S. J.

NUESTRA FE. Conferencias sólo para hombres. — Un tomo en 8.º de 532 páginas. En rústica 4 pesetas; en tela 6 pesetas.

LA VERDAD DESNUDA EN MATERIA DE RELIGIÓN. Colección de las más terribles objeciones contra la Religión en general y el Catolicismo en particular. — En rústica 1 peseta; en cartóné 1'50 pesetas.

VALORES HUMANOS. Apología moral del Catolicismo. — Un tomo en 8.º de 240 páginas. En rústica 2 pesetas; en tela 4 pesetas.

LA RELIGIÓN Y LA VIDA MODERNA. Acaba de salir este volumen de conferencias de grande actualidad. — Un tomo en 8.º de 168 páginas. En rústica 2 pesetas; encuadernado 3 pesetas.

OBRA DE GRANDE EXITO

LA CULTURA ALEMANA ANTES Y DESPUÉS DE LUTERO. Dos tomos en 4.º de 388 y 448 páginas; cada tomo 7 pesetas en rústica. En lujosa encuadernación los dos en uno 18 pesetas.

MUNDOLOGIA

CONFERENCIAS

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.



LIBRERIA RELIGIOSA

AVIÑÓ, 20 = BARCELONA

: : 1925 : :

APROBACIONES

IMPRIMI POTEST

JOANNES GUIM, S. J.

Praep. Prov. Arag.

NIHIL OBSTAT

El Censor,

ERNESTO GUITART, S. J.

IMPRIMASE

Barcelona, 10 de Junio de 1925

El Vicario General,

PASCUAL LLÓPEZ

Por mandato de Su Sñía.,

LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.

Srio. Canc.

:: Reservados ::
todos los derechos



Introducción

I

El problema de la Mundología

MUNDOLOGÍA es una palabra híbrida; pues se compone de un elemento latino, mundo, y otro griego, logos. Pero se adopta para designar la ciencia del mundo humano, distinguiéndola de la ciencia del mundo físico, que es la Cosmología.

Por lo demás, no es mucho que sea híbrido el nombre, cuando lo es la cosa.

El problema de la Mundología se nos ofrece en el Evangelio y en la vida.

El Evangelio dice que Dios amó por todo extremo al mundo. Con tal extremo, que le dió a su Hijo unigénito. *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret*; tanto amó Dios al mundo que le dió a su Hijo unigénito.

Al propio tiempo, lamenta que el mundo no conoció al Hijo de Dios que le había sido dado; *et mundus eum non cognovit*, y el mundo no le conoció.

Finalmente, asegura que el mundo no puede recibir el espíritu de Dios, el Espíritu Santo. *Quem mundus non potest accipere*, al cual el mundo no puede recibir.

¿Qué mundo es, pues, éste, amado de Dios, ignorante culpable de Dios, e incapaz de recibir el espíritu de Dios? Es, indudablemente, un mundo que, desde el momento que recibiera el espíritu de Dios, dejaría de ser mundo.

* * *

MUNDO es voz latina que significa exactamente lo mismo que la griega KOSMOS. Su sentido es de aseó, adorno, disposición conveniente y agradable de las cosas, en orden a su fin.

Por eso se llama mundo, o kosmos, el conjunto de todas las cosas naturales; las cuales están ordenadas con una conveniencia y hermosura que nos descubren clarísimamente la sabiduría y bondad amable de su Hacedor.

Mas como la parte principal del mundo de la Naturaleza es el hombre, la designación propia del todo se reserva muchas veces para esta parte; y entendemos por mundo el conjunto de los hombres, o, por lo menos, la reunión de los hombres que viven relacionados por alguna manera de sociedad.

Mas he aquí que el mundo, que mientras se trataba sólo de las otras obras de Dios, designaba el orden, la conveniencia, la hermosura; desde el momento que se contrae a significar la obra de los hombres: la sociedad formada por ellos, toma súbitamente un sentido siniestro; hasta el punto de traernos a la memoria la célebre frase de Rousseau, en el principio de su *Emilio*: “Todo está bien al salir de las manos del Autor de las cosas; todo degenera entre las manos del hombre.”

El mundo, en este sentido, se presenta generalmente como malo, como objeto de execración, en la Sagrada Es-

critura, especialmente en el Nuevo Testamento. Todo él, — dice —, está puesto en la malignidad; según San Juan, todo lo que en él hay es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida. El mundo no conoció a Cristo, y Cristo no rogó por el mundo; antes declaró que el mundo no puede recibir el espíritu de verdad. Su reino (de Cristo) no es de este mundo; sus discípulos no son de este mundo. Jesús venció al mundo y el mundo odia a los discípulos de Cristo y se regocija mientras ellos sufren.

Finalmente; el Catecismo de la Doctrina cristiana, ese librito maravilloso donde se contiene el extracto y quinta esencia de la Doctrina de Cristo, declara que el mundo es el primero entre los enemigos del alma.

¿Cómo entender todo esto? ¿No es el mundo, según hemos dicho, la reunión de los hombres? Pues ¿cómo puede ser esa reunión el primer enemigo del alma humana? ¿Habremos de suscribir las opiniones de Rousseau, según el cual todos los males del hombre dimanar precisamente de su asociación?

Hay más; sea el mundo el conjunto de todas las cosas naturales, o de los hombres ¿cómo asegura Cristo que sus discípulos no son de este mundo; que no es de este mundo su reino; que él, que ruega por todos los hombres, no ruega por el mundo?

He aquí el problema de la Mundología.

II

EL CONCEPTO DEL MUNDO

En realidad, el mundo de que hablan Cristo y la Iglesia, al designarlo como incapaz de recibir el Espíritu de verdad, al designarlo como primer enemigo del alma, se compone de hombres, es reunión de hombres, y no de hombres de una naturaleza especial, sino en una especial actitud anímica.

Tal vez podría definirse este mundo como “la sociedad de los hombres que ponen en común sus malas inclinaciones, para llevar una vida viciosa”; en contraposición a la sociedad fundada por Cristo, donde los hombres deben poner en común sus mejores inclinaciones, para llevar una vida virtuosa.

La división de los hombres en buenos y malos, o es herética o demasiadamente simplista.

Herejes hubo que de muy varias maneras explicaron que unos hombres nacen buenos y otros malos, ya de naturaleza intrínsecamente mala, ya destinados por una inevitable predeterminación al mal y al infierno. Ninguna de estas cosas puede sostener un católico. Antes nos enseña la fe, que Dios quiere que todos los hombres se salven, lo cual no podría ser así si hubiera criado a algunos malos, o de antemano predestinados a la condenación.

Tampoco cabe, dentro de la doctrina católica, admitir que existan hombres simplemente buenos, o sea, exentos de toda nativa inclinación hacia el mal. Sólo por singularísimo privilegio, no concedido a ningún otro santo, otorgó Dios esta inmunidad y exención a la Virgen Santísima, y esto, no por la naturaleza que ella tuvo, sino por la gracia copiosísima de que Dios la llenó.

En todos los demás hombres, por razón de su misma naturaleza orgánicoracional, existen inclinaciones buenas y malas.

Son las primeras las que proceden de la natural tendencia de la voluntad hacia el bien, que es su objeto formal. La humana inteligencia apetece la verdad; la voluntad humana apetece el bien que la inteligencia le descubre, y, bajo el influjo de estas dos facultades superiores, se originan también en las inferiores, en la sensibilidad, inclinaciones hacia el bien humano, racional, moral.

Así vemos que brotan espontáneamente en el corazón del hombre impulsos de generosidad, de gratitud, de amor, de compasión, etc. Estas, en cuanto preceden a toda deliberación y elección de la voluntad, se llaman buenas inclinaciones.

Pero, de la misma suerte, hay en todo corazón humano inclinaciones malas; esas siete, sobre todo, que la Doctrina cristiana designa con el nombre de *pecados capitales*; no entendiendo que sean pecados propiamente, sino que son móviles espontáneos que inclinan al hombre a pecar, si no los contrarresta enérgicamente con la luz de la recta razón y el albedrío de la voluntad.

El hombre, por razón de su naturaleza orgánica y de sus facultades sensitivas, experimenta impulsos espontá-

neos, previos a toda dirección de la razón, hacia los bienes sensibles: el hambre lleva al manjar, la edad al uso sexual, la pesadez del cuerpo a la pereza. Todo ello sin consultar previamente a la razón. Cuando ésta ordena esos móviles espontáneos, se logra la conducta racional con las virtudes de la sobriedad, castidad y diligencia; pero si no los domina, se da lugar a los vicios de la gula, lujuria y pereza.

La conciencia de la propia personalidad nos mueve espontáneamente a enaltecernos; la experiencia de la superioridad ajena, nos ofende; la previsión de las necesidades futuras, nos impulsa a acaparar medios para satisfacerlas. Si esos impulsos se desarrollan contra la razón, producen los vicios de soberbia, envidia y avaricia; si la razón los ordena, obtienen las virtudes de humildad, benevolencia, y largueza o desasimiento de los bienes temporales.

Finalmente; todo apetito contrariado origina una reacción contra el obstáculo; la cual, si excede los límites de la razón, es ira, y si queda dentro de ellos, es energía mansa y virtuosa.

Basta una ligera reflexión para comprender que todos esos movimientos espontáneos brotan naturalmente en toda índole humana; bien que en todo hombre exista la razón, capaz de reprimirlos, desde que alcanza el desenvolvimiento suficiente.

Asimismo se hallan en todo hombre, más o menos rudimentarios o desarrollados, los sentimientos buenos que antes dijimos. No hay, por tanto, ningún hombre simplemente bueno, o sea, tal que en su corazón no haya tendencias capaces de llevarle al mal, ni simplemente malo o destituido de toda tendencia radical hacia el bien.

Pero esto pertenece a la naturaleza individual. Mas los hombres pueden asociarse entre sí de dos maneras: ya aportando cada uno sus tendencias malas, de manera que contribuya a acentuar las análogas de sus prójimos; o ya aportando sus tendencias buenas, con un efecto parecido en sus semejantes.

Si hubiera un cierto número de hombres vestidos de arlequín, la mitad azul y la mitad rojo, podrían los tales formar un círculo de dos maneras: ya presentando todos la mitad roja o ya la otra mitad. En el primer caso el círculo, visto desde su centro, resultaría rojo; en el segundo resultaría azul; y con todo eso, los hombres que los formarían serían los mismos: vestidos de azul y rojo.

Por semejante manera, siendo los hombres moralmente complejos, unas veces se reúnen de forma que cada uno presenta su parte mala, y otras, de manera que cada cual ofrece su lado mejor. La primera reunión humana es el *mundo*; la segunda es la *Iglesia*, o la sociedad que se propone el mejoramiento y salvación de la Humanidad.

Y no se piense que estamos en la esfera de las metáforas. Los hombres, complejos en su índole, pueden presentar con preferencia un aspecto de ella, y recatar otro u otros.

Si se reúnen un número de adolescentes, en quienes hierve la sangre con la mocedad, es indudable que existen en ellos apetitos sexuales, como existen otros apetitos generosos: apetito de excelencia, de nobleza, de hermosura.

Pero puede suceder que esos jóvenes hablen de ordinario entre sí de cosas deshonestas, o, al contrario, recaten sus inclinaciones sexuales y traten ordinariamente de

la nobleza, de la excelencia verdadera, de la belleza elevada, artística, espiritual.

¿Creéis que uno y otro proceder serán indiferentes para el desarrollo de sus inclinaciones, buenas o malas, y, finalmente, para su conducta? En ninguna manera.

Si un joven entra en un círculo juvenil donde se trata ordinariamente de carnalidades, de gloria vana, de riquezas y lujos, etc.; sus inclinaciones innatas a estas cosas se acrecentarán incalculablemente, por dos razones: porque el tratar de esas cosas aviva su imaginación para representarlas asiduamente, y por efecto de eso aviva sus mismos apetitos; y porque el ejemplo de los que obran mal le anima a imitarlos y embota su conciencia moral.

Dése la explicación que se quiera, y téngase por vicio o por virtud, no se puede negar que el hombre tiene instintos gregarios, contra los cuales puede reaccionar con su razón y libertad; pero que de suyo tienen cierto peso no despreciable, para influir en su conducta. Cuando, pues, la imitación del ejemplo ajeno va en el mismo sentido que el apetito sensitivo, sobreexcitado por la imaginación, es mucho más difícil que el apetito racional se imponga a los estímulos orgánicos y a los demás movimientos espontáneos que nos conducen al mal.

Pues he aquí lo que es el mundo, ese primer enemigo del alma. No es, como quiera, la sociedad humana; no es la reunión fortuita de los hombres; es una "posición de los hombres asociados, por efecto de la cual, cada uno presenta (principalmente) su lado malo, influyendo en intensificar los impulsos malos de los demás y recibiendo de ellos influjo parecido."

No consiste, pues, la malicia del mundo, precisamente,

en la maldad de los hombres que lo componen. Un número determinado de hombres iguales se pueden congregarse en una sociedad mundana y en una asociación religiosa o moralizadora. Todo depende del lado que cada uno de esos individuos presente al asociarse con los demás. Acordémonos de los dos círculos formados por un mismo grupo de arlequines, y persuadámonos de que todos los hombres tenemos mucho de arlequín.

Tal vez por eso el Solitario de Patmos dijo que el mundo *in maligno positus est*; no dijo que *es* maligno, sino que está *puesto* en la malignidad. Porque, en efecto, el mundo es una *posición*, una actitud predominante de los hombres al reunirse en sociedad.

Por eso dijo también: que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. ¿Es que en los hombres que constituyen el mundo no hay más que esas cosas? No; sino que sólo esas cosas son las que presentan en la mundana sociedad, en la cual cada uno ostenta esas cualidades viciosas y recata las mejores que posee. Pero esto que posee y oculta ya no se computa en el mundo.

Por eso se ha observado muchas veces que el mundo tiene una hipocresía del revés.

En efecto: ¿Qué es hipocresía? El vicio que consiste en ocultar uno sus malas acciones y ostentar sus virtudes, por el mismo caso aparentes y no sólidas ni genuinas.

Pero no todo recato de las malas inclinaciones es hipocresía. El que se duele de sus malas inclinaciones y procura reprimirlas, y entre tanto las esconde, no es hipócrita, sino virtuoso; siquiera no posea todavía la completa perfección de la virtud.

Al contrario, el mundano a quien sus inclinaciones

buenas le remuerden y amargan en la práctica de sus desórdenes, y , con todo eso, oculta esas tendencias mejores y alardea de sus vicios; ése es un verdadero hipócrita, un comediante (que es lo que hipócrita significa en griego), que hace el papel de vicioso consumado, aunque no ha extinguido en su alma los gérmenes de la virtud.

III

EL ESPÍRITU MUNDANO

Lejos está de nuestro ánimo contradecir la explicación ordinaria de los catecismos, que suelen definir el mundo por la reunión de los hombres mundanos, malos y perversos (P. Astete).

Pero cuando queremos apurar el contenido de dicha definición o descripción, nos hallamos necesariamente con dos cosas: primero, que queda por explicar qué sean hombres mundanos; lo cual no parece poderse hacer sin presuponer la idea clara de lo que entendemos por mundo. Y, en segundo lugar, esto de hombres malos, también necesita no leve explicación.

Si por malos entendemos los hombres viciosos, tropezaremos en dos dificultades: una, que no todos los vicios hacen mundano al que los tiene; y otra, que no todos los mundanos es menester que tengan todos los vicios.

Más claro; un hombre puede tener algún vicio sin ser mundano, y un hombre mundano puede carecer de muchos vicios. Por donde se ve que mundano y vicioso son cosas diferentes, por más que todo hombre mundano tenga necesariamente algún vicio.

Por ejemplo; puede haber un solitario ariseo, misantrópico, manchado además con deshonestidad. Este será sin duda hombre vicioso, pero no parece se le podrá llamar mundano, por lo menos en sentido estricto, ni aun propio.

Al contrario; puede haber (y hay sin duda) jóvenes frívolos, llenos de estima de todas las mundanas vanidades, y que, con todo eso, no se hayan contaminado todavía con los vicios a que se suele dar por antonomasia este nombre.

Por otra parte, contraponiendo la Iglesia y el mundo, como sin duda pueden contraponerse, hallamos que ambas sociedades o agrupaciones se componen, en gran parte, de unos mismos individuos; casi de la manera que unos mismos hombres son a la vez ciudadanos del Estado y fieles súbditos de la Iglesia.

Según lo dejamos explicado en el artículo anterior, el mundo no consiste tanto en la índole de los hombres que lo forman, cuanto en el modo como en él se agrupan, del cual se origina esto que llamamos el espíritu mundano.

Hoy podemos acudir para explicar estas ideas a los conceptos vulgarizados sobre la Psicología de las muchedumbres.

Es un hecho, puesto fuera de toda duda, que la psicología de las muchedumbres es muy diferente de la suma de los caracteres psicológicos de los individuos que las constituyen. Una reunión de individuos pecaos se convierte fácilmente en una muchedumbre furiosa. Una asamblea de tímidos, se siente a veces animada por un soplo de audacia temeraria, y un conjunto de personas incapaces de matar un pollo, puede llegar a un estado colectivo cruel, y lanzarse a los más horribles crímenes.

El espíritu de las muchedumbres es cosa muy diferente de la suma de los espíritus individuales que las forman; y de esta suerte, el espíritu mundano es algo distinto del ánimo de cada uno de los hombres que constituyen el mundo.

Por esto puede acontecer, y acontece, en efecto, que la sociedad mundana, formada por hombres no enteramente malos, sea rematadamente perversa; porque esos hombres se congregan en el mundo en una actitud, en una posición espiritual, torcida y favorable para todos los vicios.

Como la razón de los contrarios es semejante, ayudará, para comprender la malicia del mundo, la consideración de la santidad de la Iglesia.

Contra los delirios de Lutero y de otros herejes, profesamos los católicos que la santidad de la Iglesia no requiere ni implica que sean santos todos los individuos que la forman.

Mas ¿cómo puede ser santa una reunión de hombres no santos?

Fuera de otras razones que no pretendemos explicar aquí (la santidad de la Cabeza, de la doctrina y sacramentos, y la eficacia santificadora de la Iglesia), hay ésta: que la Iglesia es una sociedad donde los hombres se reúnen en tal posición, que favorece todo desenvolvimiento de su parte mejor: de sus virtudes; y, al contrario, desfavorece y aleja toda manifestación de su naturaleza viciosa.

Además de los medios sobrenaturales, obtiéndose este efecto santificador, en la Iglesia, por la doctrina moral y el espíritu religioso que penetra a toda la multitud de los fieles. Por eso, aun en religiones falsas, y en iglesias espúreas, se produjo, hasta cierto punto, un efecto moralizador: santificador en sentido lato. La razón de ello se

encuentra en esa psicología de las muchedumbres; en el influjo de esa posición anímica que adoptan los fieles de toda iglesia, los adeptos de todo culto.

Lo contrario ocurre en el mundo, lo contrario ocurre en esta sociedad donde los hombres aportan sus peores inclinaciones y las ponen en común, para que, asociadas, produzcan mayor rendimiento de vicios y pecados.

Y el estado psicológico que resulta de esa común aportación, de ese presentar cada individuo en la comunidad su lado peor; es lo que llamamos *espíritu mundano*.

Pero concretemos un poco más nuestro pensamiento; para no quedarnos en las vaguedades en que se mueve frecuentemente la novísima Psicología de las muchedumbres.

Psicología colectiva parece suponer la existencia de un *alma colectiva*, distinta, no sólo de cada alma individual, sino de la suma de las almas de los individuos que forman la colectividad. Más, en la realidad de las cosas ¿qué puede ser esa alma? ¿Qué, sus estados anímicos?

Si salimos del terreno de las metáforas, no hallamos otra cosa que el ritmo de las operaciones anímicas individuales, que se influyen mutuamente hasta ponerse en uniforme vibración.

Como en una orquesta bien concertada no se produce un sonido común, sino que cada instrumento da su individual sonido, pero todos ellos se unifican por el ritmo; así las almas humanas (por ese instinto que notábamos, llámesele gregario, llámesele social), tienden a armonizar sus estados psicológicos; y el ritmo de ellos es lo que llamamos estado psicológico colectivo.

En esta parte, hay que tener presente el influjo que en los estados psicológicos ejercen las acciones exteriores.

El que grita con voz iracunda despierta en su ánimo el sentimiento de la ira. El que ve llorar se siente inclinado a derramar lágrimas, y este lloro despierta en él un estado patético, etc.

Ahora bien; el instinto social o gregario nos mueve a hacer lo que los demás hacen: a llorar con los que lloran, a correr con los que corren, a gritar con los que gritan; y esta comunidad de las operaciones exteriores va produciendo semejanza en los estados psicológicos, hasta obtener ese ritmo común en que consiste el estado colectivo.

Por eso el que asiste a una función religiosa se siente contagiado de la ajena devoción; y el que asiste a un espectáculo mundano, siente el contagio de la ajena liviandad.

* * *

Este contagio se realiza principalmente por las palabras, y por los espectáculos que producen vehementes impresiones sensitivas.

Pero las palabras expresan conceptos, unas veces acerca de la estimación de las cosas (juicios), otras veces sobre principios generales (máximas).

Los espectáculos, unas veces deslumbran con el brillo (pompas) y otras mueven con el ejemplo.

Así, que los factores que engendran o pegan el espíritu mundano son, principalmente, las máximas y juicios del mundo, su modo de hablar, sus ejemplos y pompas mundanas.

IV

LAS MÁXIMAS

El hombre es un ser racional, lógico; o sea: capaz de discurrir lógicamente y entender el valor de las cosas que se le ofrecen.

Pero esta racionalidad del hombre es habitual o potencial, y no siempre se reduce al acto o aplicación actual.

Antes al contrario. Si miráramos a la conducta de los hombres, podríamos creer que no son racionales y lógicos sino por excepción; pues en la mayor parte de sus actos, ni se rigen por la lógica, ni ejercitan la facultad de raciocinar.

En la práctica de la vida, todos, chicos y grandes, ignorantes y sabios, se guían por *máximas*, o sea: por afirmaciones cuyo valor, o no lo han analizado nunca, o no lo aquilatan de presente.

Las máximas son como los huesos que dan estabilidad o uniformidad a la conducta humana; y, en realidad de verdad, ningún hombre puede pasarse sin ellas, so pena de imponerse un enorme trabajo mental e inutilizarse para la vida práctica.

De ahí la importancia capital de las máximas que se admiten y adoptan; pues podemos decir que, cuales son las máximas, tal es la conducta, y, por ende, tal es el hombre moral.

Yo no sé a punto fijo el origen de este vocablo; pero supongo que es un adjetivo substantivado, y que máximas

se dice, por sentencias máximas, a dictámenes principales del entendimiento práctico.

Si es así, como creo, máxima vale exactamente lo mismo que *axioma*, voz griega que viene del adjetivo *axios*, digno, y designa ciertas sentencias de especial dignidad o importancia.

Sentencias dignísimas, sentencias máximas, son una misma cosa. Por más que se suele emplear la palabra *axioma* para designar esas sentencias cuando pertenecen al orden especulativo, y la palabra *máxima* para indicar las que se refieren al orden práctico o moral.

Ahora bien; los axiomas y las máximas tienen de común el admitirse como principios de raciocinio; los cuales no se demuestran, ni se piensa en su demostración. En esto está precisamente su ventaja y su peligro.

Porque ello es que las máximas, y aun los axiomas, no siempre tienen un mismo valor lógico. Los hay que son de evidencia inmediata (como los principios de la Geometría o la Metafísica), o de evidencia mediata (como los principios demostrados en otras ciencias; vgr., los principios que la Física toma de las Matemáticas). Otros se admiten por autoridad, y otros por mera persuasión, fundada en cimientos más o menos razonables.

Las máximas que se admiten por autoridad valen lo que vale la autoridad en que estriban, y, además, dependen de su valor de la verdad del testimonio alegado.

Las verdades morales reveladas por Dios son máximas infalibles y, por ende, solidísimas, con tal que conste ciertamente su carácter de reveladas y se entiendan en el sentido con que Dios las reveló (el cual podemos conocer por el magisterio infalible de la Iglesia).

Por ejemplo: Cristo nuestro Señor nos enseñó a juz-

gar de la bondad del árbol por sus frutos, y de la bondad del hombre por sus obras. De ahí la máxima evangélica: Cada cual es como son sus obras; si virtuosas, virtuoso; y si viciosas, vicioso.

Pero algunos juzgan, como los judíos, que los frutos son la buena o mala ventura. Así los amigos de Job le juzgaban por pecador; porque su ventura era desgraciada. Claro está que esta máxima no sería cristiana, sino judaica: El hombre es lo que muestra su buen o mal suceso.

Asimismo, Cristo nos enseñó que debemos obediencia aun a los superiores malos (sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Haced, pues, las cosas todas que os dijeren; pero no hagáis conforme a sus obras). Pero quien entendiera esta máxima: Que hay que obedecer en lo mandado bueno o malo; se apartaría de la doctrina moral de Cristo, e incurriría en el imperialismo servil, que tiene por bueno cuanto agrada al que manda.

Otras máximas hay que no se hallan a la letra en el Evangelio; pero han sido formuladas, conforme a su espíritu, por los santos y varones espirituales. De tales máximas está cuajado el precioso libro de la Imitación de Cristo, atribuído a Tomás de Kempis.

Tales son, vgr.: En todas las cosas, véncete a tí mismo, esto es, procura vencer las inclinaciones egoístas de tu naturaleza, que son las que oscurecen el juicio práctico y nos hacen obrar ruínmente.

Nunca hagas aquello de que te habrás de arrepentir. Toma el consejo que darías a otro que se hallara en tus circunstancias, etc., etc.

Las máximas morales son los nervios del carácter, y, por ende, importantísimas en la educación moral. La

razón es que el carácter exige constancia en las maneras de obrar; unidad central de la conducta humana; y esto no se consigue sino guiándose habitualmente por determinadas máximas, las cuales, si son santas, pueden hacer santo, y, si son viciosas, pueden torcer toda la conducta.

De esta manera la santidad de San Francisco de Asís se concretó en torno de aquella máxima evangélica: "Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y ven en pos de mí."

De San Francisco Javier se refiere que el principio de su santidad fué aquella máxima que le inculcaba San Ignacio: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si padece perjuicio en su alma?"

A San Estanislao de Kostka se le atribuye aquella máxima: "¡Para mayores cosas nací!", es a saber: que las de este mundo. De San Luis Gonzaga se dice que tenía por regla de sus juicios prácticos: "¿Qué vale esto para la eternidad?"

Epicteto y otros antiguos estoicos adoptaron la máxima: *Sustine et abstine!* Sufre las cosas adversas y abstente de las agradables.

Los caballeros medioevales, gente por lo común de poca cultura intelectual, tenían, al contrario, un cierto número de máximas (no todas sanas) acerca del honor y el valor, que los guiaban en su conducta y hacían de ellos hombres de carácter.

Pero las máximas que podemos llamar mundanas son de inferior metal que las de la Caballería.

Mas antes de descender a su particular estudio, conviene advertir bien en la naturaleza general de esta clase de principios prácticos.

Su primera cualidad es: que se admiten como induda-

bles. De ahí su grande fuerza, así para el bien, cuando son buenas, como para el mal, cuando son malas.

El imbuído en una idea falsa, si dudara, tendría un hilo por donde podría ir desovillando su engaño. Pero si no duda ¿cómo podrá salir de su extravío? Mas su carácter indudable es, cabalmente, la primera cualidad de las máximas.

¿Qué caballero dudó de que las injurias del honor se habían de lavar con sangre? De esta falsa máxima nació la bárbara costumbre del duelo, que persevera como menaguada reliquia de aquella mentalidad que tenía otras cosas muy plausibles.

Otra cualidad de las máximas es que no se razonan. Son como grumos o concreciones insolubles en el raudal más o menos flúido de las ideas.

La mayor parte de las personas, si se les pidiera la razón de las máximas por que se guían, primero quedarían sorprendidas de la pregunta, y luego contestarían con un: ¡Claro está!, como si se tratara de cosas de primera evidencia.

Decimos que “no se razonan”, pero esto no significa que no se hayan razonado a veces; antes bien, las máximas verdaderas deben ser tales, que resistan el examen de la razón ilustrada; y el hombre consciente debe tomar sus tiempos para razonarlas.

Esto es lo que hacemos los cristianos cultos, cuando nos retiramos a la meditación por algunos días, vgr., en los Ejercicios espirituales. Entonces razonamos nuestras máximas; consideramos su solidez, su conformidad con la razón y la fe; y de esta manera nos confirmamos en ellas.

Pero en la vida práctica, en la acción, no es posible

razonar las máximas que nos guían, so pena de restar energía y eficacia a la acción misma.

De esas dos cualidades nace la tercera y más importante, es a saber; la constancia de las máximas, que son las que dan estabilidad al carácter y a la conducta.

Cuando sin ciertos principios fijos consideramos las cosas, sobre todo las complejísimas cuestiones morales; unas veces las vemos por un aspecto y otras por otro, y así fácilmente cambiamos de opinión, y, por ende, imprimimos a nuestra acción rumbos diversos.

La limitación mezquina de nuestra inteligencia práctica origina la inconstancia de nuestra conducta.

Por el contrario, las máximas, por lo mismo que no se ponen en duda; por lo mismo que no se razonan, son como ejes fijos de los juicios prácticos de la conducta, en torno de los cuales giran y cristalizan todos los juicios y todos los actos. Como en torno de un cristal sumergido en una disolución salina cristaliza fácilmente toda la sal disuelta.

Pero por lo mismo que las máximas se convierten en directrices de la vida moral, importa mucho, o, mejor dicho, todo, que tales máximas sean verdaderas y sólidas.

En esto consiste la primera y acaso la mayor de las miserias del espíritu mundano: en que sus máximas, aparentes y hasta brillantes, son intrínsecamente falsas y extraviadas.

Tal vez no sería inútil formar un haz o código de ellas; y esta fué, en efecto, nuestra primera intención. Pero pensando luego que todas ellas son diametralmente opuestas a las máximas del Evangelio, nos ha parecido más expedito tomar por base éstas, y hacer ver a su luz, no menos que a la luz de la razón y la experiencia, la falsedad de las máximas mundanas.



I

La maldición de las riquezas

La primera de las máximas del mundo, opuesta diametralmente a la primera máxima de Cristo, es la glorificación de las riquezas, que se ha formulado repetida y diversamente, pero siempre con un mismo sentido,

Pecuniae obediunt omnia, todas las cosas obedecen y se rinden al dinero. Júpiter penetra en la torre de bronce donde estaba reclusa Dánae, convirtiéndose en lluvia de oro. El becerro de oro es el ídolo que hace prevaricar a los pueblos. “Poderoso caballero es don Dinero”... etc., etcétera.

Y si el mundo se decidiera a codificar sus máximas, sin duda comenzaría por ésta: “Bienaventurados los ricos, porque de ellos es la tierra.”

Con todo eso, sabemos que esta máxima es falsa. Lo sabemos y confesamos todos los cristianos, por más que, en la inmensa mayoría, el juicio práctico se va por contrario lado que el juicio dogmático, especulativo.

En efecto: Cristo, verdad infalible, declaró: Bienaventurados los pobres; y ¡ay de vosotros los ricos, que tenéis aquí vuestra consolación! Y en la terrible parábola de Lázaro pone en boca de Abraham estas palabras

“Acuérdate, hijo, de que en tu vida se te dieron bienes (riquezas) y a Lázaro asimismo males (penalidades, pobreza) ; así, pues, él es ahora consolado y tú atormentado” (Luc. XVI, 25).

Pero ¿hay que inferir de ahí que la posesión de las riquezas excluya sin más del Reino de los cielos? No, sino que dificulta inmensamente la salvación, según aquella otra sentencia del Señor: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja (1), que entrar un rico en el Reino de Dios” (Mat. XIX, 24). A la cual, como repusieran los discípulos admirados: “Pues ¿quién se podrá salvar?”, contestó Jesús: “Esto es imposible para los hombres; pero todas las cosas son posibles para Dios”. Como si dijera: Esta dificultad inmensa de salvarse, que traen consigo las riquezas, sólo puede vencerse por una especie de milagro de la gracia divina. Milagro, no obstante, que no es infrecuente en la Iglesia católica, donde vemos poseedores de grandes riquezas, verdaderamente pobres de espíritu, como lo demuestran, así por la liberalidad con que las dispensan para obras de beneficencia y servicio divino, como por la paciencia con que llevan su pérdida.

Pero esto no quita que las riquezas sean para el hombre una verdadera maldición, por tres razones principales: por la enorme responsabilidad que le imponen; por los peligros a que le exponen, y por el influjo deprimente que sobre él ejercen.

Comenzaremos por declarar esto último, porque constituye un problema que nos preocupa hondamente hace muchos años.

(1) Algunos creen que el “*foramen acus*” se refiere a una puerta muy baja que tenía este nombre.

* * *

La educación de los ricos es un problema casi insoluble, por ese efecto deprimente que sobre ellos ejercen las riquezas, que relajan en él que las posee casi todos los resortes más poderosos de que puede valerse la educación en los que carecen de fortuna.

Ninguna cosa ennoblece el ánimo como el trabajo; pero el trabajo no es un deporte; es una actividad ordenada a un fin que se aprende como necesario.

El gran resorte que hace trabajar a la juventud destituida de fortuna, es la idea de que necesita abrirse paso en la vida por medio de su trabajo. Por eso vence su inquietud y se sujeta a largos años de estudios. Por eso enfrena su natural sed de gozar, mirando a un porvenir lejano que necesita asegurarse. Y por más que estos móviles utilitarios no parezcan muy nobles, son, no obstante, asequibles a la niñez y a la adolescencia, y hacen que con efecto se dediquen a los trabajos serios y penosos, los cuales las forman y ennoblecen.

Por el contrario: ¿por qué ha de trabajar un adolescente rico? ¿Un joven que sabe que posee una fortuna cuantiosa? ¿Trabajará para abrirse paso en la sociedad, sabiendo, como sabe, que ya tiene para eso la llave de oro de sus riquezas?

En realidad no le queda sino el fin formal: el deseo de lo árduo en cuanto arduo. Pero ese atractivo es escasa-mente perceptible para la inmensa mayoría.

De hecho se ha advertido que los ricos que estudian no suelen pasar de cierto *diletantismo* en las materias a que se dedican. Privados del estímulo de la utilidad, de

la necesidad, su trabajo se afloja y se desvanece en la superficialidad.

Hay, naturalmente, excepciones. Pero la dificultad es real, y una verdadera maldición de las riquezas, respecto a la educación de los que las poseen.

* * *

Pero existe otra razón todavía más general y funesta de esa maldición; y es, principalmente, el poder casi ilimitado que tienen las riquezas... para el mal! ¡No para el bien!

Todas las cosas obedecen al dinero... ¡menos la virtud! Todo puede comprarse menos eso.

La juventud se caracteriza por la vehemencia de sus apetitos. ¡Ay del joven a quien le es posible conseguir todo cuanto apetece! No puede caer sobre él maldición más terrible. Y ¿será menester mayor explicación para entender las funestas posibilidades que abren a la juventud las riquezas?

He aquí otra cosa que hace a los ricos casi ineducables; por lo menos, difícilísimamente educables. Pero ¿puede haber mayor desdicha que ser ineducable, que ser incapaz de mejoramiento humano?

Esta ineducabilidad de los hijos de los ricos redunda naturalmente en infelicidad de sus ricos padres. ¿Qué padre sensato antepondría el tener bien repletas sus arcas, a tener hijos muy bien educados, intelectual, moral y hasta físicamente? Mas esta felicidad la gozan mucho más frecuentemente los hombres pobres, y los de muy modesta fortuna, que los hombres opulentos.

Y la diferencia se extiende hasta la educación física.

Aun para la vida orgánica es más favorable la mediocridad de la fortuna, que la demasiada opulencia; pues los ricos, o porque no trabajan, o porque la riqueza y la ociosidad abren la puerta a todos sus caprichos, raras veces gozan de la robustez propia de las personas pertenecientes a clases menos acomodadas.

Si el tomar más medicinas y ser visitados por más médicos constituyera la dicha en esta parte, estaría reservada a los ricos. Pero, indudablemente, es más envidiable el que nunca necesitó médico ni botica, que quien tuvo a su disposición y disfrutó de los más excelentes.

Y, con lo dicho, ya queda suficientemente indicado el segundo mal de las riquezas: exponer a los ricos a infinitos peligros. La raíz de esto es que todos los hombres llevamos encima los estímulos de nuestras pasiones y concupiscencias. Pero los pobres muchas veces tenemos en nuestra falta de recursos el medio eficazísimo para contrarrestarlas y vencerlas.

La pobreza es nuestro mejor aliado para combatir nuestra sensualidad. Pero el rico tiene que pelear contra ella a solas y a brazo partido; y las más de las veces sucumbe en esta penosa lucha, tanto más pesada, cuanto más frecuentes son las derrotas.

* *

Pero lo más grave entre los males de la riqueza es la responsabilidad que a sus poseedores impone, la cual no conoce el mundo sino muy imperfectamente; pero el Evangelio nos la pone clarísimamente delante de los ojos.

En esta parte, el Cristianismo no ha logrado todavía penetrar hondamente en las costumbres y criterio, aun de

los pueblos que se llaman cristianos; los cuales, en materia de propiedad, se rigen por los conceptos paganos del Derecho antiguo, que la definió: *Jus utendi et abutendi*, derecho de usar y abusar.

La propiedad se considera como un derecho absoluto, en virtud del cual el dueño puede disponer de lo suyo, sin otra consideración que su arbitrio, o, si acaso, el no perjudicar la propiedad ajena.

Pero este concepto no es conforme a la razón, que nos enseña que las cosas tienen un fin, es a saber, el de satisfacer a las necesidades de los hombres.

El que acapara más alimentos de los que él necesita y puede consumir, y los substraer al uso de los demás, que necesitan de ellos para su sustento; pervierte el uso natural de esas cosas, y quebranta por ende el derecho natural, cualesquiera que sean los títulos con que adquiera sobre tales objetos el dominio jurídico.

Y lo mismo hay que decir del que reúne en su mano inmensas extensiones de tierra (que Dios crió para morada y sustento del humano linaje; no de unos pocos bienaventurados), o se reserva inmensos edificios, que no puede habitar, o acapara cantidades enormes de oro u otras riquezas, sin proporción ninguna con sus necesidades reales (pues las imaginarias no tienen límites).

Con esto no pretendemos subvertir el derecho de propiedad; pero sí recordar a los ricos la responsabilidad que les impone la riqueza, y que es, a nuestro juicio, la causa más honda de la terrible sentencia del Señor, sobre la dificultad de su salvación.

Dios, por el conjunto de las circunstancias históricas y sociales, ha permitido que se juntaran en las manos de los ricos cantidades de riqueza que ellos no necesitan y

necesitan los pobres. Y, a lo que nosotros podemos entender (y en este sentido hablan muchos Padres antiguos de la Iglesia), ha dispuesto o permitido esto Dios nuestro Señor, para que los ricos imitaran el atributo divino de la Providencia, que provee a los indigentes de lo que necesitan.

Por eso, terminantemente, dice Cristo que, en el último día, al juzgar el Señor a los hombres, les preguntará: "Tuve hambre, ¿me diste de comer? Tuve sed, ¿me diste de beber?, etc.

¿Qué es esto sino examinar a los ricos sobre la dispensación de sus bienes de fortuna?

Y ¿qué cuenta le darán los ricos mundanos? Si el Señor les dejara hablar tan vanamente como suelen, no les faltarían excusas. No dieron limosna al hambriento y sediento, porque habían de mantener su *estado*: su palco en el teatro, sus coches y criados, su mesa sibarítica, sus viajes dispendiosos, sus varias casas puestas donde ahuyentar el tedio de la ociosidad con la variación y magnificencia de los entretenimientos.

Pero ¿aceptará Dios estas razones? Mucho lo dudo; y, en todo caso, los ricos cristianos han de tener sobre esto viva solicitud, más pesada que el yugo de la misma pobreza.

Si, pues, los ricos se hallan sujetos a una grave responsabilidad, que o han de sentir en esta vida, o sufrir en la futura; si han de moverse entre peligros inminentes, ya con solicitud de evitarlos, o con el daño de incurrir en ellos; si, finalmente, la misma abundancia de sus riquezas los condena a una inferioridad intelectual y física, y, generalmente, moral y humana ¿dónde quedan las má-

ximas del mundo sobre la omnipotencia del dinero y la felicidad de los ricos?

Con todo, esta máxima está tan entrañada en la mentalidad mundana, que es casi inútil pelear para desarraigárla. Y, en realidad, si el mundo cayera en la cuenta de que las riquezas, lejos de ser la base de la felicidad, son una maldición para sus poseedores; dejaría de ser mundo; pues la posición mundana de los ánimos tiene por eje la estima de las riquezas, de suerte que, si los hombres se desviarán de esa actitud, dejarían de formar el mundo y se dispondrían a constituir una iglesia.

Mas para obtener algún fruto en este sentido, hemos de deslindar bien los conceptos, evitando toda confusión de donde nacen las dificultades contra la doctrina evangélica.

* * *

Y, en primer lugar, el Evangelio (la Ley de gracia) no destruye la Naturaleza, sino la ordena.

El hombre, para vivir, sobre todo para vivir en sociedad, necesita una base económica, y el procurarla con empeño no es contrario a la pobreza espiritual. Lo que contraría a ésta es, así el falso concepto de que la abundancia de bienes temporales constituye la felicidad, como el desmedido afán por alcanzarlos o la estima vana de los que se poseen; de donde nace la soberbia fatuidad de los opulentos.

El hombre que no tiene la base económica suficiente, no puede gozar de independencia, necesaria aun para el ejercicio de la virtud.

Esto ha sentido la Iglesia católica al exigir que los clérigos tengan una congrua sustentación; sin la cual ni siquiera les permite recibir las órdenes sagradas. Y

aun respecto de los religiosos, que profesan la pobreza evangélica, ha tenido una semejante solicitud, prohibiendo que los monasterios recibieran más monjes de los que podían sustentar, y limitando las Ordenes mendicantes a lo que podía sostener cómodamente la caridad de ciertas agrupaciones de fieles. Por eso se prohibía fundar un convento dentro de cierta área o demarcación ya ocupada por otro.

El hombre tiene necesidades imperiosas, a las que no puede resistir sin un esfuerzo heroico. Y el heroísmo no se puede esperar como cosa cotidiana. El ponerse en posición que exija de ordinario esos heroicos esfuerzos, es sencillamente tentar a Dios.

De ahí que, si el hombre, para practicar la virtud, ha de sujetarse a una indigencia durísima, al hambre y desnudez más penosas, vgr.; es de temer que con mucha frecuencia apele aun a medios inmorales o menos dignos, para evadir esa dura condición.

Esa es la *turpis egestas* de que habló el Poeta; muy diferente de la pobreza evangélica, que se contenta con lo mínimo necesario; pero lo tiene o lo procura con el trabajo.

Los antiguos monjes, dechado de pobreza evangélica, reducían sus necesidades al *mínimum*. Pero ese *mínimum* no lo esperaban de la liberalidad ajena, sino procurábanlo con el trabajo propio, ya fabricando esterillas, como los solitarios de Oriente, o trabajando la tierra, como los primitivos benedictinos, o transcribiendo manuscritos, etc.

No es ajeno del espíritu cristiano, y aun religioso, buscar con moderada solicitud las cosas necesarias para llevar una vida modestamente proveída. Lo que lo con-

traría, y es propio del espíritu mundano, es procurar sin tasa las riquezas, y considerarlas como el medio principal, y acaso único, de la felicidad y aun de la dignidad del hombre. De ahí nace aquella máxima mundana que criticaba Horacio: "Gana dinero, hijo mío; si puedes, honradamente; y si no... gana dinero de cualquiera modo que sea!"

Asimismo constituye el espíritu mundano la admiración de la opulencia y la estima de los hombres por la cantidad de las riquezas que poseen, sin atender al modo como las han adquirido.

El hombre no vale por lo que tiene, sino por lo que es. El valor humano no se mide por los valores económicos. Pero el criterio errado del mundo lo juzga así, y cree que la sola acumulación de grandes riquezas hace a un hombre grande, por menguados que sean su talento y virtud.

Por el contrario, la razón y el Evangelio convienen en estimar al hombre por lo que es y por lo que ha hecho; y si el filósofo admira al rico, será por el esfuerzo y talento que ha desplegado en la adquisición de sus riquezas. Y el cristiano admirará todavía más el acto heroico de desprenderse de esas mismas riquezas bien adquiridas, para consagrarse, sin el embarazo y responsabilidad de su administración, a los fines ideales de la perfección o del apostolado.

Asimismo convienen la Filosofía y el Cristianismo en tener en poco al hombre menguado que por su pereza o inepticia ha perdido la independencia económica y se abate a ser juguete del que le mantiene, imitando al can que baila por el pan.

De esta manera, la falta de base económica acarrea frecuentemente la ruina moral, porque los tales se avie-

nen a servir a los caprichos inmorales de los ricos, o se valen de medios inmorales o rastreros para obtener su favor.

La pobreza del Evangelio no rehusa, por tanto, la base económica. Lo que hace es reducirla al *mínimum* necesario; a aquello que expresaba el Apóstol cuando decía: Con tal que tengamos con qué alimentarnos y cubrir nuestra desnudez, contentémonos con esto.

Y el mismo Apóstol defendía, no obstante, su independencia económica cuando, en medio de los trabajos de su predicación, empleaba parte de las noches en fabricar tiendas de campaña, para sustentarse con el producto de su trabajo y tener la gloria de no ser gravoso a nadie.

La bienaventuranza del Evangelio se pudiera, por tanto, explanar por las siguientes partes: Bienaventurado el que se contenta con poco; bienaventurado el que adquiere eso poco con su propio trabajo, y más bienaventurado el que de ese poco que adquiere puede repartir con sus hermanos indigentes, para gustar la verdad de la sentencia evangélica: *Más dichoso es dar que no recibir.*

Etimológicamente, *pauper*, pobre, significa eso: contento con poco. Al contrario, indigente es el que necesita; por ende, los ricos mundanos suelen tener más de indigentes que de abundantes.

En griego, *ptoxos*, pobre, significa el que tiene ánimo apocado, tímido; el que mira como superiores a los que tienen. Estos conceptos son ajenísimos de la pobreza evangélica, la cual no excluye la independencia económica, conserva al hombre toda su dignidad y le dispone a acercarse a Dios tanto más cuanto le despega de toda desordenada afición a las cosas bajas y perecederas, cuales son los valores económicos.



II

La sangre azul

La pobreza de espíritu que proclama y beatifica el Evangelio no importa sólo el desasimiento de las riquezas poseídas o asequibles, sino también la humildad con que el hombre se juzga por lo que es, sin fraguarse castillos aéreos sobre una excelencia que no posee.

Alumbrado por esta luz, reconoce que de su cosecha no tiene más que la nada de que Dios le hizo, y los pecados que añadió por cuenta propia, los cuales le ponen por debajo de la misma nada.

Aun sin esto, reconoce que su ser es humilde; pues su espíritu noble e inmortal está encerrado en la cárcel del cuerpo; y además, tanto si es rey como si es un pobre labriego, su ser orgánico fué concebido de una misma manera, harto asquerosa; nació con dolor y vió la luz llorando; estuvo sujeto a toda clase de indigencias y miserias que le acompañan durante toda su vida, aunque sea un sabio o potentado; y, al término de ella, ha de venir a parar en una sepultura que, por mucho que se dore y adorne por fuera, no contendrá dentro más que un montón de podredumbre, resto miserable de ese cuerpo que tan arrogante se yergue en vida.

En esto consiste la verdadera *igualdad* entre los hombres, criados por un mismo Dios, para un mismo destino; herederos de una misma culpa de origen, y sujetos por ella a unas mismas miserias.

Con todo, el espíritu mundano, soberbio y vanidoso, se ha empeñado en cerrar los ojos a estas evidencias, y ha establecido diferencias de castas o de nacimientos; y dicho se está que los hombres encaramados por la riqueza y el poder se han atribuído un origen más excelente que el de los otros.

Los indos soñaron que sus brahmanes habían salido de la cabeza de Brahma, y sus guerreros, de su brazo; mientras que los comerciantes y artesanos salían de su muslo y los destripaterrones, de sus pies.

Muchos pueblos antiguos atribuyeron a sus dinastías origen divino; el cual explicaron los griegos, bizarramente, por ciertas aventuras galantes de sus dioses. Todo esto cayó, naturalmente, con el Paganismo. Pero, aun dentro del Cristianismo, se ha querido hallar diferencia de sangres; con tan mal acierto, que se ha dado a la sangre noble el color de la sangre venosa, esto es, de la sangre impura y cargada de anhídrido carbónico.

Por una de esas burlas pesadas que suele jugar la verdad a las ficciones mentirosas, ha resultado que, según las enseñanzas de la Fisiología, la sangre azul es la inútil y degenerada; mientras que la sangre roja es la que lleva a los miembros la salud y la vida enérgica (1).

Y antes de pasar adelante, hemos de hacer notar que

(1) A lo que imagino, esta diferencia de colores se sacaría de que las personas que no trabajan en el campo, conservan el cutis más fino, lo que permite percibir mejor el color azul de las venas superficiales. Al paso que los gañanes, por tener la piel curtida, no dejan ver ese color de sus venas, sino la sangre roja que sale de sus heridas.

el Evangelio no condena toda distinción entre los hombres; aun algunas de aquellas que se miran como hereditarias.

La familia humana forma un todo moral, no sólo simultáneo, sino sucesivo. Así como hay una herencia de las predisposiciones y aun de los talentos, es razonable y conforme con las aspiraciones y sentimientos del corazón humano, que se respeten en los hijos y nietos los merecimientos egregios de sus padres o progenitores.

Así como el que, honradamente, con su trabajo y economía se ha labrado una fortuna, tiene derecho a transmitirla a sus hijos, para mejorar su condición social; así el que ha prestado servicios relevantes a la Humanidad o a la patria, tiene derecho de legarla a sus hijos un nombre honrado y una parte de la gratitud que a él mismo se debía. Pero eso se ha de considerar como algo adjetivo para los tales descendientes, no como una excelencia propia suya que los separe y levante sobre los demás hombres; que los dispense de afanarse por conservar esa nobleza, con virtudes semejantes a las que la procuraron a sus mayores.

El creer que la nobleza heredada excusa a los nacidos de noble linaje del trabajo de la virtud, y los constituye en una jerarquía humana superior, sólo por el valor de la sangre que por sus venas corre, es una de tantas máximas disparatadas del mundo, y en ninguna manera puede hallarsele fundamento en la doctrina de Cristo, ni conciliarse con ella.

El mérito del hombre está en el buen uso de su libertad; en la buena administración de los talentos que el Señor de todos le ha confiado, y de los que le ha de pedir estrecha cuenta, cuando venga a juzgarnos.

No pretendemos decir que la nobleza no es nada. Lo mismo que las riquezas, es algo, es un bien, un medio de servir a Dios. Pero no hace al hombre bueno por su sola posesión, sino por su recta administración.

Nobleza obliga; éste sí que es el verdadero aforismo; la máxima sana y provechosa. La nobleza del nacimiento coloca al que la posee en un lugar más visible; le pone sobre un candelabro; en un lugar eminente donde todos le ven y miran su ejemplo para imitarlo. Por esto le obliga con un nuevo título a proceder con toda corrección y rectitud; y entonces aumenta su merecimiento en el mismo grado en que había acrecentado su responsabilidad y obligación.

Por otra parte, el que sabe que descende de buenos y se gloria legítimamente de ello, se siente impulsado por esa misma generosa persuasión a evitar todo lo que pudiera desdorar su nombre, con más eficacia que quien de semejante estímulo carece. En este sentido, la nobleza heredada es algo respetable y provechoso, no sólo para las familias, sino aun para la sociedad en general, que tiene en las familias nobles un dechado y estímulo y sostén para tender a su moral elevación.

* * *

Pero el mundo, que es mentiroso *ab initio* y tiene maña especial para desfigurarle todo, ha trastornado estas verdades y ha inventado aquella fábula absurda de la sangre azul, la cual obliga, no a lo que la nobleza, sino a las cosas siguientes:

Primera: a tenerse en más que los simples mortales de sangre colorada, aunque éstos, por sus virtudes y talentos, se parezcan más a los que tiñeron de *azul* la sangre, antes roja, de su linaje.

El único origen limpio de la nobleza hereditaria son las virtudes o talentos de los antepasados. El ser la nobleza antigua la avalora, en el supuesto de que ha precedido una larga línea de hombres virtuosos, esforzados, y tales cuales fueron los fundadores del ilustre linaje. Así es como debería computarse la antigüedad de las estirpes; pues si entre un ascendiente remotísimo y los actuales poseedores de su apellido hubiera mediado una serie de mentecatos o criminales, no vemos por dónde ennoblecería a los descendientes la longitud de esa serie.

Ahora bien; si la razón de la nobleza verdadera está en las virtudes y talentos de los que la adquirieron, claro está que es absurdo preferirse el simple descendiente de los tales, a otros varones que actualmente se distinguen por los mismos talentos o virtudes que en otro tiempo distinguieron á los fundadores de un noble linaje.

Decían los viejos escolásticos que “aquello por que las cosas tienen valor, es más valioso que las mismas cosas” (*propter quod unumquodque tale, et illud magis*). Si, pues, los linajes nobles tienen valor por las virtudes de sus ascendientes, claro está que la posesión de iguales virtudes es preferible a la de la mera nobleza hereditaria.

Más esto es precisamente lo que niega el mundo vano, con su teoría de la sangre azul.

* * *

Pero además, según el mundo, la nobleza o la clase social obliga a gastar más de lo que se tiene y puede.

La *clase* prohíbe a un noble o persona distinguida pobre, vestirse y presentarse en público de la manera que corresponde a su pobreza; como se visten y presentan los otros pobres como él, pero de clase inferior.

Luego le obliga a gastar lo que no tiene, y, por ende, a entramparse, contrayendo deudas que acaban de ahogarle, o que no tiene probabilidad de pagar; difiriendo el pago de lo que adeuda a los que le sirven, muchas veces pobres, que se visten y tratan como pobres; los cuales se ven privados de lo que les pertenece y de que necesitan urgentemente, por la razón poderosa de que el señor pobre ha de ocultar su pobreza.

Las miserias amargas a que da lugar esta tiránica ley del mundo vano y mentiroso se han descrito mil veces en estilo cómico; pero no pocas veces alcanzan matices trágicos en la dura realidad de la vida humana.

Familias hay (¡ojalá fueran en corto número!) que no se atreven a abrir la puerta de la vida a los hijos que Dios les manda, por la necesidad que se fingen de mantenerlos en un estado social a que no responden sus recursos pecuniarios.

Si sus hijos pudieran gastar alpargatas y ostentar remiendos; si ellos no tuvieran necesidad de emplear sus limitados haberes en sostener su *estado* (esto es, la farsa de su posición social) podrían acrecentar su familia con cuantos vástagos les diera el Cielo; de los cuales acaso habría alguno de raro talento, o algún otro de eximia virtud, que refrescaría los laureles de su prosapia. Pero la tiránica ley del mundo los obliga a violentar su conciencia y limitar su familia, para no *desdorarla*...

* * *

Todavía es peor, que la sangre azul prohíbe emplearse en una porción de trabajos honrados; precisamente los únicos para que sirve el cuitado hidalgo.

De ahí la enervante ociosidad, con todo el cortejo de vicios y miserias que la acompañan.

Hemos visto con harta frecuencia familias de noble apellido, cargadas de hijos robustos y muy capaces de una profesión mecánica; pero enteramente negados para las que llaman liberales.

Más ¿cómo?, ¿un hijo de esa familia sería herrero, carpintero, albañil?...

— Pero, señor (o señora; la consultante es por lo general la mamá); ¡si da la casualidad de que su hijo de usted no sirve para otra cosa!

Dura es la sentencia; pero viene la experiencia de mil tentativas frustradas para llevarle por otros caminos, y se llega hasta reconocer la incapacidad.

— Luego entonces ¿irá el hijo al taller, al almacén?...

— ¡Eso, nunca! — Se pasarán los años de su juventud sin tomar una resolución; y el vástago ilustre de una ilustre prosapia se acostumbrará a vegetar en la holganza; será mucha ventura que no se hunda en los vicios más vergonzosos; y así se le dejará... a la Providencia que cuida de los pajaritos... pero que no cuida de mantener a los holgazanes.

La enormidad frecuente es que un hijo de buena familia, sin otro título que el color de su sangre, se cree autorizado para solicitar la blanca mano de una joven, heredera de un patrimonio amasado con sudor y economía; y lo más asombroso es que el viejo comerciante, padre de esa heredera, tiene por un buen negocio mantener en su casa a un haragán consuetudinario, para que ejerza en la vida la importante función de dar a su hija vástagos que lleven un nombre!...

Pero esta ganga suele estar reservada solamente a los

varones. Las hijas de semejantes familias elevadas, si la madre Naturaleza no anduvo pródiga con ellas en prendas de hermosura, suelen verse condenadas a una existencia triste: a pasear indefinidamente su encopetada pobreza, atemorizando a los hombres que tal vez se hubieran decidido a ofrecerles su mano, si las hubieran considerado como ornatos menos costosos de su hogar futuro.

* * *

Y aun esas hipótesis se quedan un poco en la superficie de las realidades sociales.

Hemos tenido que intervenir en casos mucho más deplorables.

Una madre viuda de un hombre de posición, con una hija, niña de quince abriles, pasean su mal disimulada pobreza por calles y aun por salones. La única esperanza es cazar un novio para la niña. Pero el novio redentor no parece...

Entretanto, una tras otra van las antiguas alhajas a las casas de préstamo, de donde, naturalmente, nunca se rescatan. Se vende la última teja del último casucho y comienza la mendiguez vergonzante. No esa digna de lástima, que se ejerceita en un recodo obscuro de una calle, con un velo negro tendido sobre la faz; sino la que anda de casa en casa, pidiendo préstamos que nunca se podrán pagar y, finalmente, socorros, limosnas...

— Pero ¿por qué no trabajan esa madre y esa hija?

— Porque no saben hacer ningún trabajo *decoroso* para ellas.

Es decir, que los centenares de millares de solteras y viudas que se ganan el pan en los talleres, en las fábricas,

en el servicio doméstico, son personas ajenas de decoro; pero en cambio lo guardan escrupulosamente las que viven de puros sablazos, asaltando unas veces a la compasión y las más al respeto humano!

Ahí está la mentira cruel del mundano pundonor. Cruel, porque, en primer lugar, martiriza a millares de criaturas, a quienes bastaría un poco de reflexión sobre su falsedad, para librarse de un golpe, no de todas las penalidades (pues las tiene el trabajo desacostumbrado) pero sí de esas amargas desgarradoras del hambre y de la vergüenza!

En un caso semejante al que hemos dicho (pues no hablamos de memoria), proponíamos a una madre tronada y hambrienta colocar a su hija en un convento del servicio doméstico, donde la enseñarían los quehaceres de una camarera y luego la colocarían y cuidarían de ella.

¡Naturalmente! Nuestra proposición pareció una enormidad.

— Pero ¿no sería mejor que Fulanita fuera una camarera bien alimentada y vestida según su clase, que no que anduviera mendigando y consumiéndose de hambre la mayor parte de los días? Y, una vez acostumbrada, ¿no hallaría en el honrado trabajo la alegría de que ahora carece; y hasta un honesto enlace con un artesano honrado?

— ¡Calle usted, calle usted! ¿Mi hija casarse con un hombre de manos callosas? ¡Antes la vea muerta! (Rigorosamente histórico).

— Pues, señora, en camino la tiene usted de cumplirle este deseo.

¡Oh, hambres doradas de la posición social! ¡Holganzas tristísimas de la sangre azul! ¡Miserias ocultas, bajezas paliadas... y, al término de esas clandestinas sendas,

caídas torpes en infames lazos!... ¿Cómo ha podido el mundo infundir en las cabezas sus mentirosas máximas, hasta el extremo de que haya rebaños de racionales a quienes tiene presos con tan burdas redes?

En nuestros tiempos, embriagados de libertad y democracia, ¿no ha llegado todavía la hora de proclamar muy alto que no hay más clases sociales que el vicio y la virtud? ¿Que ningún trabajo honesto deshonra, y que lo que rebaja y envilece es la mendiguez holgazana?

Pero el mundo no declarará nunca estas verdades; pues tiene en su misma esencia no poder recibir al espíritu de verdad.



II

Si vis pacem, para bellum

El mundo tiene dos divinidades, como los persas. El dios bueno del mundo es el oro; su dios malo es el hierro. A quien no se allana a servirle por los dorados encantos del primero, le amenaza con los rigores del segundo. Cuando se eclipsa Ormuz y niega sus favores, se apela a Arhimán hasta que el dorado numen vuelve a derramar sus metálicos fulgores. El poder de la riqueza es pacífico, y a su manera benévolo. Pero al que no dobla la rodilla ante este ídolo, se le condena ferozmente al hierro. Y, a su vez, quien no puede impetrar por vías de paz los favores de su majestad áurea, se arma de violencia para conquistarlos. Los Titanes vuelven a perturbar el imperio de Júpiter y se reproduce con varia fortuna la Guerra de los dioses.

De ahí que el espíritu del mundo sea incapaz de producir una paz verdadera, porque poniendo su felicidad en las riquezas, halla que las riquezas no pueden conquistarse sino oprimiendo al pobre; el cual, a su vez, animado por el espíritu del mundo, apela a la violencia para recabar su puesto en el festín de los afortunados.

Por eso el espíritu del mundo es espíritu de violen-

cia, de lucha, de venganza, más o menos sobredoradas o disfrazadas con hipócritas nombres.

En las épocas salvajes, la violencia campea impudentemente con nombre de valor. El indio americano ostenta en su labio tantas hebras rojas cuantos son los homicidios que ha perpetrado, y conserva maceradas las cabezas de los matones a quienes venció, cuyas insignias vienen a acrecentar sus homicidios, sumándoles los perpetrados por ellos. Haber matado muchos hombres es su título de honor; lo que constituye su preeminencia social.

A este estado salvaje de lucha individual de todos contra todos, sucede el estado civil, de guerra permanente contra todos los que no son de la propia ciudad o tribu. El valor y la pericia militar son el título de nobleza único que se funda en haber vencido a sus enemigos sin aquilatar gran cosa la justicia o razón de sus guerras.

La nobleza guerrera constituyó las clases elevadas de Grecia, de Roma y de los Estados modernos hasta casi nuestros días. Pues si bien Constantino el Grande creó la nobleza áulica, y los monarcas absolutos de la Edad Moderna imitaron su ejemplo, Napoleón I restableció la nobleza militar y los soberanos de Prusia emprendieron el mismo camino.

Los matadores de hombres se trocaron sencillamente en caudillos de ejércitos. Pero la violencia marcial, el dios hierro, continuó imperando en la sociedad, aun después de bañada durante siglos en la sangre pacificadora del Cordero divino.

De este origen férreo de la nobleza nació el concepto marcial del honor, con la barbarie perseverante del duelo, que florecía en Alemania a pesar de su inmenso desarro-

llo cultural, cuando vino a quebrantar su militarismo la guerra infausta de 1914.

* * *

Pero no es la violencia del hierro la única propia del espíritu mundano; el cual oprime al prójimo siempre que puede; y cuando no le es posible hacerlo luchando cuerpo a cuerpo, lo procura con astucia rastrera.

Triunfar de los émulo, pisotearlos y abandonarlos a su desesperación impotente, es la aspiración propia del espíritu mundano. La manera o forma del triunfo, es lo único que varía con las épocas y estados sociales. Pero, en el fondo, siempre la misma lucha y las mismas violencias.

¿Qué más da que el adversario me derribe en tierra y me ponga la rodilla sobre el pecho, obligándome a rendirme a discreción; o que me asedie con arterías bancarias hasta ponerme en trance de quebrar y hacer cesión de bienes a mis acreedores?

Hoy no se reúnen varios poderosos para asaltar la morada del otro. Pero se alían para declararle el boycott con que le sitian por hambre en su casa.

Los obreros esperan la mayor necesidad que el patrono tiene de su trabajo, para declararse en huelga y arruinarle. Y los patronos cierran sus talleres con el lock-out, para reducir por hambre a sus operarios.

¿Qué son todas éstas sino formas de guerra? ¿O hay mucha diferencia entre morir por el hambre o al filo de la espada?

Lo substancial es que siempre el mundo espera su victoria de la violencia: sea violencia clamorosa, como la de

las antiguas batallas; sea callada como en una inundación de gases asfixiantes.

El espíritu del mundo, no es de amor, sino de temor. No le interesa hacerse amar, ni le importa ser odiado, con tal de ser temido. *Oderint dum metuant!* Mientras las rodillas de todos se dobleguen ante él; poco le importa que los pechos se hinchen de rabia y de odio.

Pero por ese camino va el espíritu mundano a una inevitable ruina de la felicidad. Porque el odio germina venganza, y así va la triste Humanidad, guiada por este espíritu de error, de desastre en desastre, escribiendo con sangre y lágrimas las páginas desoladas de su historia.

Espantados ante los horrores de la guerra europea, la llamaron muchos, prematuramente, la última guerra que vería el mundo! ¡Vana ilusión! Apenas terminada la lucha de los ejércitos regulares, hase desatado otra más fiera y más extendida lucha social.

La misma paz política durará tanto, y no más, cuanto tarde el vencido en recobrar las fuerzas para pelear.

La razón íntima es ésta: que el espíritu mundano es de violencia; y la violencia ha de producir necesariamente la guerra. Guerra económica de los vencidos en la pelea por conseguir riquezas; guerra social de los que se sienten excluidos de las ventajas de la moderna sociedad; guerra marcial de los que, sojuzgados un día, sienten renacer las fuerzas para probar de nuevo la fortuna de las armas.

* * *

La prudencia humana no ha pasado de esta máxima: *Si vis pacem, para bellum*; si quieres la paz, prepárate para la guerra. Ya que el espíritu del mundo es la vio-

lencia, ya que la posibilidad de pisotear el derecho ajeno conduce casi irresistiblemente a violarlo; hay que prepararse de suerte a la defensa, que la fuerza propia imponga respeto a la violencia ajena, y, si no por amor a la paz, se nos respete por temor de nuestra fuerza.

Esta es la fórmula de la *paz armada*, que ha dominado en la política europea durante la segunda mitad del siglo XIX. Sus frutos han sido tan desastrosos, que la máxima que la expresa debía quedar definitivamente mandada recoger.

La paz armada, en primer lugar, es una paz meramente exterior, y alimenta en los ánimos un perpetuo afecto de hostilidad; pues quien se prepara y se arma contra otros, claro está que los mira como enemigos.

Pero, además, es materialmente imposible que tales armamentos no produzcan la superioridad real o imaginada de uno de los rivales; y entonces viene el estímulo de la lucha por parte del que se mira como más fuerte. A lo cual se añade el estímulo general de todos, que desean compensarse, con el botín de la victoria, de los trabajos y dispendios de la paz armada.

El que se arma, indudablemente piensa en la guerra; y el que piensa en la guerra sólo conservará la paz, mientras la guerra le parezca temible. Se produce en el ánimo y en la sociedad un equilibrio inestable, y tarde o temprano sobreviene el estallido.

* * *

A estas fórmulas del espíritu mundano, mil veces desacreditadas por el fracaso, opone la sabiduría divina aquella fórmula admirable y difícil de entender, aunque

no menos infalible: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

No es en la fuerza, sino en la mansedumbre, donde está el secreto de la paz: de la tranquila posesión de la vida presente. Por eso Jesucristo, Maestro divino, insistió en la mansedumbre tanto como en ninguna otra virtud.

Aprended de mí, — dice —, que soy manso y humilde de corazón.

Los antiguos se habían contentado con prescribir la igualdad en la venganza: Ojo por ojo, diente por diente. “Mas yo, — dice el Señor —, os digo, que no resistáis (con violencia) al mal; antes si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda; y al que quiere pleitear contigo y quitarte la túnica, déjale que te lleve además la capa; y a quien pretende que le llesves una carga mil pasos, llévasela hasta dos mil... Y para que estas cosas os sean hacederas, amad a vuestros enemigos, corresponded con beneficios a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian, como corresponde a hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y caer su lluvia en los campos de los justos y de los injustos”.

* * *

Pero aquí es donde la miopía del espíritu mundano raya en ceguera, imaginando que la mansedumbre evangélica sólo puede conducir al martirio, o, por lo menos, a hacer a los que la profesan juguete y ludibrio de sus semejantes.

Esta ceguera depende, parte de atribuir al Evange-

lio un sentido que no tiene, parte de no comprender la eficacia de la mansedumbre para dominar a los hombres, por muy iracundos y furiosos que sean.

Y, en primer lugar, el Evangelio, al prescribir la mansedumbre, no obliga al cristiano a desposeerse de los medios pacíficos y razonables de defender sus derechos.

Lo único que se opone a la mansedumbre es la ira, que repele la agresión con otra agresión, la violencia con otra violencia, la sinrazón con otra sinrazón.

La ira es una pasión. Es la reacción pasional del apetito sensitivo que responde al choque de la injuria inferida. Es como una elasticidad del ánimo, que repele lo que tropieza con él violentamente. Pero el ánimo racional no está sometido, como los cuerpos, a las leyes del choque; antes bien, por virtud de la mansedumbre, en vez de despedir violentamente al que con él tropieza, le retiene y se apodera de él.

La ira hace que el ofendido repela inmediatamente al ofensor, ya sea con palabras graves, ya con acciones violentas; las cuales causan en el prójimo otra herida igual o mayor que la que él había inferido, y a su vez irritan su ira, y le encienden en deseos de venganza.

De ahí nacen las luchas sin fin y cada vez más encendidas. Porque el ofensor se trueca en ofendido y vuelve a la carga con nuevos ataques, que a su vez agravan la injuria y excitan a nuevas venganzas; sin contar con que este mismo deseo de la venganza, como ya dijo el Poeta, embriaga el ánimo y le hace insaciable en sus crueles deseos.

Por el contrario, cuando da en la mansedumbre, la ira se embota como la bala al dar en una masa de arena o de blanda lana. Y, una vez se ha aquietado su furia,

deja lugar al ánimo para reconocer su yerro, y enmendar la injuria que infería por el enojo.

El hombre airado que, en vez de hallar la reacción de otra ira, se siente desarmado por la mansedumbre del injustamente ofendido, se llena de confusión y reconoce, mal de su grado, la superioridad que le lleva; que es la superioridad de la razón sobre el apetito, de la cordura sobre el furor, del hombre sobre la fiera.

El hombre, más débil que el león y el elefante, se apodera sin embargo de estos animales por la superioridad de la razón sobre sus feroces fuerzas instintivas. Por semejante manera, el hombre que es señor de sus ímpetus iracundos vence al que se deja arrebatar ciegamente por ellos.

Aun en la guerra, los salvajes se lanzan, sin otro guía que su furor, a encarnizarse en sus enemigos. Pero los ejércitos regulares esperan la señal de acometer y las órdenes de sus adalides, y, de esta manera, menos en número y con menor estruendo, derrotan a sus bárbaros agresores.

* * *

De un modo semejante, la mansedumbre, cohibiendo los ímpetus ciegos de la ira pasional, da lugar a eludir sus ataques y a oponerle un obstáculo proporcionado, donde se estrélle o se desbrave, sin causar el perjuicio que pudiera.

Esto alcanzó algunas veces la misma prudencia humana guiada por afectos generosos. “¡Pega, pero escucha!” dijo el otro general griego al que, en el consejo de generales, iba a oponerle golpes en vez de razones.

Cuando se trata de tomar consejo para salvar la patria ¿qué importancia puede tener una bofetada de un conmlitón, mil veces más leve que las heridas con que amenazan los enemigos? Pega, pues, si tu brutal enojo no es capaz de dominarse. Pero escucha; da lugar a la razón para que se deje oír y nos conduzca a la victoria. Después, tú mismo deplorarás sin duda tu sinrazón, y reconocerás la superioridad de mi ánimo.

Por el contrario; ¡cuántas veces la ira mal dominada ha hecho a los ciudadanos despedazarse a la vista de sus enemigos, con escarnio y cruel alegría de ellos!

Los judíos se hacían pedazos en Jerusalén, mientras los romanos los estaban cercando para acabar con los que las luchas intestinas dejaran con vida.

Las contiendas civiles han sido frecuente causa de la ruina de los pueblos, que han venido por este camino a caer en la servidumbre de sus enemigos.

Y estas lecciones de la Historia nos dan luz para comprender esta verdad, tan difícil de percibir para el ánimo iracundo: que la mansedumbre sola puede salvar lo que la ira pierde frecuentemente. Y que, en fin de cuentas, el manso domina al iracundo; que es lo que promete el Evangelio a los mansos: que poseerán la tierra.

El hombre airado se ciega para no ver las ocasiones de mejorar su posición y hacerse superior a sus émulos. Muchas veces, por no parecer que cede a su adversario, se deja caer en inevitable ruina.

Así se percibe claramente en los duelistas. A una injuria de palabra, contestó otra palabra injuriosa. Tal vez siguió un afrentoso golpe... Se interesó el honor; se pactó el desafío... Sigue la relativa quietud de una noche, y los adversarios ven claramente la estúpida situa-

ción en que se han colocado. Surgen las imágenes de padres o hijos a quienes se va a abandonar... Donde no se ha oscurecido totalmente la fe, se presenta a la mente el peligro de la eterna condenación... Pero la ira arde en el ánimo y pasa por encima de todo y produce una tremenda catástrofe. ¡Cuánto mejor y más fácil hubiera sido atajar la primera contestación airada! Pero faltó mansedumbre y se perdió todo.

La reacción airada contra una injuria leve, contra una contradicción sin importancia, ha sido mil veces el primer eslabón de una cadena que ha llevado al presidio y al cadalso. ¡Cuánto más fácil hubiera sido ofrecer la otra mejilla al que injurió, que devorar los tedios de una larga prisión o subir las gradas de un patíbulo!

* * *

Pues esto es lo que nos enseña el Evangelio al declarar bienaventurados a los mansos. No pretende hacer a sus secuaces borregos con cencerro. No les prohíbe usar racionalmente de los medios de defensa para enfrenar y sujetar a sus adversarios; pero los libra de la maldición de la ira furiosa que surge y se enciende en el corazón desprovisto de mansedumbre, y acaba por consumir al hombre en sus voraces llamas.

Algunos heterodoxos han pretendido exagerar el concepto evangélico de la mansedumbre para hacerla imposible. Tolstoy, vgr., pretende que el cristiano fiel a su ley no puede en ningún caso repeler la fuerza con la fuerza; sino que ha de dejarse devorar como débil paloma por los buitres que sobre él se lancen.

En realidad, el Evangelio que nos recomienda la sim-

plicidad de la paloma; nos encarga no menos la prudencia de la serpiente. Por tanto, no debe el cristiano omitir los medios justos y razonables para asegurar su vida social, perturbada por la furia de los iracundos.

El mismo dechado de mansedumbre, Jesucristo nuestro Señor, abofeteado en casa de Anás, no ofreció la otra mejilla a una segunda bofetada, sino dió razón de sí, y procuró restablecer el orden jurídico que limitaba el oficio del que no era juez a servir de testigo: "Si he hablado mal, da testimonio de lo malo que he dicho. Pero si no ¿por qué me golpeas?"

Y es de admirar que, habiéndose sometido Cristo a tantas injurias y tormentos durante su sagrada Pasión, no dió ni una señal mínima de bajeza. Ni aduló a Herodes para asegurarse su favor; ni ocultó a Pilato la verdad de su Reino mesiánico, ni disimuló ante los judíos su calidad de Hijo de Dios; aunque sabía que esta confesión era la que ellos deseaban para condenarle a morir en cruz.

Y lo mismo hicieron sus Apóstoles. Los cuales, amonestados por el Sanedrín para que dejaran de predicar el Nombre de Jesús, opusieron aquella valiente fórmula de la libertad cristiana: Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres. Y después de esto, se dejaron azotar mansamente, y salían gozosos de la presencia del Consejo, por haber sido dignos de padecer afrentas por Jesucristo.

La mansedumbre evangélica no es necesidad, ni mucho menos bajeza. Sólo el mundo loco la tiene por locura, precisamente porque no se abate a acatar sus errados criterios.

El mundo juzga que es bajeza perdonar las injurias con magnanimidad, y callar con prudencia cuando le-

vanta su voz la pasión. Pero la razón y la fe, de consuno, nos dictan que es cordura callar cuando la verdad no ha de ser oída. Que es prudencia recoger las velas cuando sopla furioso el temporal, y aguardar la serenidad siguiente para proseguir animosamente el camino derecho.

El iracundo es el toro que embiste furiosamente al trapo rojo; el hombre manso es el diestro que le hurta el cuerpo para clavarle el estoque en el momento propicio, a fin de matar la bestia y salvar al hombre, en sí mismo y en los demás.

Y está el Evangelio tan lejos de preconizar la ignavia, que antes alaba, con el resto de la Sagrada Escritura, la ira santa, según aquello del mansísimo profeta David: Airaos y no queráis pecar.

* * *

La ira, que embrutece al hombre cuando se emancipa de la razón, es un estímulo provechoso de la voluntad, cuando está debidamente sometida a ella.

Los antiguos alababan a una deidad pagana, porque utilizó la fuerza de los leones para arrastrar su carroza; para lo cual hubo, naturalmente, de enfrenarlos. Esto hace la mansedumbre: utiliza la impetuosidad de la ira, debidamente enfrenada y sujeta a la razón, para oponerse a las injustas pretensiones de la maldad.

Los pecadores ofenden impudentemente a Dios y ultrajan su Majestad de suerte que irritan la ira justa de los fieles. Cuando ayudados por esta santa indignación se oponen a los conatos de la maldad, su ira toma el nombre de celo, y no sólo no es reprehensible, ni contrario a la mansedumbre, sino que es virtuoso y digno de los más subidos encomios.

Moisés, viendo al bajar del Sinaí la prevaricación de los israelitas que adoraban el becerro de oro, llama a su lado a los que habían permanecido fieles al Señor y acuchilla sin misericordia a los prevaricadores.

Finés, ante la terrible tentación de los madianitas (que procuraban seducir a los hijos de Israel enviando a su campamento hermosas mujeres) se lanza sobre el primero que claudica y atraviesa con su espada a Zambrí y a la seductora.

El profeta Elías dió repetidamente pruebas de este celo, santamente airado para vengar las ofensas de Dios. Y el mismo David, modelo de mansedumbre y tipo de Cristo en éste como en muchos otros respectos, confesaba de sí que el celo de la honra de Dios le consumía las entrañas, al ver que sus enemigos olvidaban los preceptos divinos.

Ni se crea que este fuego del celo quedó anticuado con la ley de Moisés; pues el mismo Cristo dió muestras de él, cuando vió la Casa de Dios profanada por los negociantes. El celo armó su brazo con el azote, y le hizo arrojar del templo las reses y derribar las mesas de los cambistas. Y otras muchas veces atacó agriamente a los fariseos hipócritas, movido, no de odio a sus personas, por quienes estaba dispuesto a derramar su sangre, sino de celo de la gloria de Dios, que sufría detrimento por las falsas interpretaciones con que oscurecían su Ley.

Este celo imitaron frecuentemente los apóstoles y discípulos de Cristo. El dulcísimo San Juan huía de los herejes que en su tiempo comenzaban a mostrarse, y rehúsaba todo trato con ellos. San Pablo se enciende a veces con este mismo celo contra los pecadores escandalosos, como el incestuoso de Corinto. Y la Iglesia, tan blanda

en recibir a los penitentes, ha fulminado tremendos anatemas contra los que se oponían a su acción evangélica.

De suerte que la mansedumbre cristiana en manera alguna es condescendencia con el mal, sino longanimidad y paciencia para sufrir, aguardando el momento propicio para reivindicar los derechos de la verdad y de la justicia.

La mansedumbre evangélica suprime el odio del enemigo y la violencia ciega que de él nace. Pero no embota la energía para procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, siquiera hayan de emplearse para lograrlas el hierro y el fuego. Testigos las Cruzadas, las Ordenes militares y las hogueras de la Inquisición.

COROLARIO

El Evangelio y la cuestión social

Hace veinte siglos se representó en la plaza pública de una gran ciudad una escena repugnante.

El representante del Estado dió opeción a una muchedumbre popular, entre un justo y un ladrón y asesino. Y el pueblo, enfurecido, eligió al ladrón y condenó al Justo a muerte afrentosa.

El Justo se llamaba Jesús de Nazaret. El criminal absuelto por aquel jurado de locos era Barrabás, de quien advierte con profunda amargura el Discípulo Amado: *Erat autem Barabbas latro!* ¡Aquel Barrabás era ladrón! Y los Evangelios sinópticos añaden que era sedicioso y que había perpetrado un homicidio en una sedición.

Acaso nunca ha tenido el espíritu mundano otra ocasión semejante para manifestarse. A vista del Cristo de Dios, le desconoce y le pide para la cruz. *Mundus eum non cognovit*; el mundo no le conoció. Y por no admitirle a él por su rey, le antepone un ladrón y homicida. *Nolumus hunc regnare super nos*, ¡no queremos que éste reine sobre nosotros! Este grito furioso lo repite el mundo hace veinte siglos. Y, en efecto, en el instante mismo en que el mundo aceptara a Cristo por Rey y abrazara sus máximas, dejaría de ser mundo. La *cuestión social*, fruto genuino del espíritu del mundo, quedaría solucionada automáticamente. Mas sin esto no se resolverá jamás.

En efecto; la cuestión social (en el sentido en que ahora se habla de ella) nace de la añeja aplicación de las máximas mundanas contrarias a las dos primeras bienaventuranzas.

La adoración del oro; la vana idea de que en amontonar dinero se halla el secreto de la felicidad, ha conducido al capitalismo y ha producido todos sus excesos. Los ricos han oprimido a los pobres, considerándolos como instrumentos de trabajo con que labrar sus enormes fortunas.

Por otra parte, los pobres, las masas proletarias, han estado tan ajenas del espíritu evangélico de mansedumbre, como los ricos de la evangélica pobreza de espíritu. Y, vejados mucho tiempo por los abusos del capitalismo, se han arrojado en brazos del anarquismo en sus formas más violentas.

La Revolución social moderna no aspira precisamente a constituir un derecho nuevo; sino a negar toda legitimidad de derecho, y a substituirle la violencia salvaje.

En pocas palabras: el mundo que había entronizado a Barrabás ladrón, quiere destronarle para poner en su

lugar a Barrabás asesino; sin percatarse de que uno y otro no son sino dos aspectos de un mismísimo Barrabás y que su cambio no puede remediar en lo más mínimo los males sociales.

La sociedad humana necesita la paz como el aire respirable. Mas esa paz sólo puede dársela Jesús, a quien por segunda vez rechaza. Barrabás ladrón conducirá a la opresión de los pobres. Barrabás asesino se ensañará contra los débiles de todas clases; a la vejación odiosa del usurero, sucederá el encarnizamiento del homicida. A los verdugos, que prensan los miembros y los desarticulan, sucederán los que los desgarran y despedazan. Las ejecuciones serán más o menos cruentas; pero no menos crueles; y la vida del humano linaje no hará sino cambiar las formas de su martirio.

La única solución consiste en desechar finalmente a Barrabás y escoger a Cristo; pues en el momento en que sinceramente se le proclamara por Rey; desde el punto en que se abrazara honradamente sus máximas, y se conformara con ellas la vida de los pueblos, claro está que cesaría la opresión de los desheredados, siendo los ricos pobres de espíritu, y tendrían fin las violencias de los de abajo y de los de arriba, animados todos por el espíritu de evangélica mansedumbre.

Es cosa evidente, para todo ánimo reflexivo y desapasionado, que la práctica universal de las máximas evangélicas produciría una paz más que octaviana. Pero se dice: ¿Quién ha de empezar? Pues si sólo unos pocos las practican, sucumbirán en medio de un mundo animado de contrario espíritu. Si los pobres abrazan la mansedumbre, sin que los ricos practiquen la pobreza espiritual, continuarán condenados a la miseria y opresión intolerable.

ble en que han vivido. Por su parte, si los ricos abandonan la defensa que su dinero les procura, sin que los pobres se hayan hecho mansos, caerán inermes ante sus violencias.

La dificultad no deja de ser real. Pero parece que lo más natural y fácil sería que comenzaran los ricos por renunciar a su codicia.

En primer lugar, porque en ella está la raíz de la situación violenta a que se ha llegado. Luego, porque, siendo más cultas, las clases acomodadas pueden y deben ser las primeras en rendirse a la luz del Evangelio y esforzarse por que se difunda entre el pueblo.

Gran parte de los males presentes nacen de la ineducación de las clases populares, de la cual tienen la mayor culpa los pudientes.

Finalmente, la pobreza de espíritu que recomendamos a los ricos no consiste, precisamente, en que se dejen robar la capa y den encima la túnica; sino en que suelten liberalmente las riquezas que con tanta codicia amontonaron.

Al propio tiempo, deben esforzar la autoridad social, para que reprima con fuerte mano los delitos y haga respetar, de grado o por fuerza, el orden jurídico.

Su Santidad Pío X, de feliz memoria, dió en los principios de su pontificado un luminoso documento distinguiendo los deberes de caridad y de justicia.

Para llegar a la solución del problema social no hay que comenzar por aquilatar los segundos, sino por ejercitar ampliamente los primeros. Dése largamente, en todas las formas posibles: en forma de donativo y de salario; de subsidio y de participación de beneficios. Y al mismo tiempo que se relaja la tirantez económica, robustézcase el orden jurídico castigando severamente a sus

transgresores. Sepan todos que pueden obtener todo lo justo, con tal que lo soliciten por medios justos; y, al contrario, que nada puede obtenerse por la violencia, opuesta a la condición esencial de los pueblos civilizados.



IV

¡Ay de los que ríen!

Las riquezas no son sino un medio. Esto lo comprende perfectamente el mundo, por mucha que sea el ansia con que las busca y el rendimiento con que las adora. Son el medio para lograr los goces mundanos. Y la ira rabiosa con que se revuelven los mundanos contra lo que les cierra el camino de las riquezas, nace del afán con que ansían los placeres que por medio de aquellas riquezas pensaban gozar.

La sed de gozar es otra de las características del espíritu mundano; y si el mundo se decidiera a formular paladinamente sus bienaventuranzas, sin duda sería una de ellas: ¡Bienaventurados los que ríen, los que gozan, los que se divierten!

Contra esa bienaventuranza implícita y soñada, opuso terminantemente Jesucristo la tercera de las suyas: Bienaventurados los que lloran.

Pero pongamos las cosas claras, para evitar confusiones perniciosas.

El ansia de gozar es propia del alma humana por santa y elevada que sea.

El resorte poderoso de toda la actividad humana es

el apetito de la felicidad; y la felicidad no puede andar separada del goce. Es el goce de todos los bienes apetecibles o de un bien sumo que sacie todas las ambiciones del alma.

El error del mundo no consiste, pues, en desear los goces; sino en colocar su mira en goces aparentes, vanos, momentáneos, y tales que de suyo han de conducir a contrarios dolores y penas.

“A la risa, — dice el Sabio —, la consideré como error, y al gozo dije: ¿por qué te engañas vanamente?” Habla de la risa y el gozo mundanos que se fundan, con efecto, en error y vanidad. Por donde acontece lo que dice el sagrado Autor: que el luto pisa los talones al gozo mundano. *Extrema gaudii luctus occupat.*

* * *

Y, en primer lugar, el mismo nombre de *diversiones* con que el mundo designa sus maneras de procurarse el placer, está indicando su equivocada dirección. Porque divertirse es salir de sí; derramarse a lo exterior. Mas la felicidad, y el gozo que la acompaña, han de ser interiores.

El hombre no puede ser feliz por algo que esté fuera de él, sino por lo que tiene en sí; como no es sabio sino por la ciencia que posee, ni virtuoso sino por sus propias virtudes.

El reino de Dios, nos dice Jesucristo, está dentro de vosotros mismos; y, como declara el Apóstol, partes de este reino interior son la paz y el gozo en que consiste la felicidad.

La cual es quietud en la posesión de un bien que nos

satisface; al paso que es propio de las diversiones mundanas correr sin tregua tras nuevas impresiones y deleites: prueba inequívoca de que en ninguna de ellas encuentra la felicidad.

Considerad la vida de las personas que se divierten en el mundo. Toda ella es un cinematógrafo; una rápida sucesión de planes: partidas de campo, viajes, espectáculos, festines. Cada estación del año, cada hora del día, les trae nuevas diversiones; cada país del mundo, cada clima de la tierra, los invita con particulares atractivos. Y, dejándose arrastrar por ellos, revolotean como leves mariposas, de flor en flor, libando en todas partes mieles, pero sin construir en ninguna un panal donde se fije o concrete la dulzura fugitiva de sus vanos deleites.

* * *

Hay más. En medio de ese perpetuo flujo de diversiones, hay una nota reveladora del tedio que, como oscuro cieno, cubre el fondo de su cauce.

El mundo excogita y brinda a sus secuaces continuos pasatiempos.

¿Qué quiere decir esto? Que los mundanos encuentran tedioso el curso del tiempo.

El hombre feliz en la posesión de un bien que llena sus aspiraciones no pide al tiempo que pase, sino más bien que detenga su acelerado curso, para que no pase con él el goce que experimenta. Pero los mundanos andan siempre a caza de pasatiempos. Luego confiesan implícitamente que el tiempo pasa para ellos con poca rapidez; que desean acelerar su curso, que les aburre su tardanza y encuentran largos sus espacios.

Se comprende que al enfermo que yace en molesto lecho, aguardando la soldadura de un miembro, la cicatrización de una herida, o el decurso lento de una enfermedad, se le procuren pasatiempos. El tiempo es un factor indispensable de su curación; pero, hasta procurársela, no le ofrece más que tedio.

Mas los afortunados, los felices del mundo, los que no proponen a su existencia otra finalidad que gozar, ¿cómo se explica que busquen pasatiempos? ¿Por qué necesitan que el juego, la conversación, el espectáculo, les supriman grandes lapsos de ese tiempo que, según aseguran, pasa para ellos tan divertido?

La verdad se escapa por las rendijas. Y la verdad es que, en medio del torbellino de las mundanas diversiones, la gente del mundo padece un íntimo fastidio, una desolación interna, que les hace buscar incesantemente alivios momentáneos.

La causa de ello es que los goces del mundo son, en su mayor parte, sensitivos; y es condición del sentido no poder gozar de sus propios deleites sino a intervalos cuya distancia invadiría el tedio, si no se le disimulara con esos pasatiempos, con esas fruslerías encaminadas a matar los tiempos que separan necesariamente uno de otro deleite sensual. Pero, matando todos esos intervalos del placer, el mundano no ve que reduce su vida a una brevísima duración.

Los placeres de los sentidos no son sino un accidente que acompaña a sus operaciones. La operación del comer y beber, ordenada a la nutrición y reparación de las fuerzas corporales, produce como accidente grato el deleite del gusto, que toma como exclusiva finalidad el vicio de la gula.

Pero desde el momento que la necesidad queda satisfecha, el deleite desaparece. Puede extenderse un poco por medios excitantes; pero, si se insiste con exceso, el placer de la gula se trueca en el dolor de la indigestión. Y aun esos mismos aperitivos con que se esfuerza en prolongarlo el goloso, acaban por menoscabar su salud y acarrearle graves dolencias.

El glotón, pues, no puede gozar su bestial deleite más que tres o cuatro veces al día. Y ¿qué hará con el resto del tiempo: con ese tiempo que necesita su morosa digestión? No hay más remedio que condenarlo a muerte. Hay que matarlo con pasatiempos más o menos insulsos, hasta tanto que el estómago se haya desocupado y pueda recibir otra carga de manjares, si ya no es que apele al vómito artificial, como aquellos famosos glotones de la decadencia romana!

Lo que acontece con la gula, sucede en proporciones todavía mayores con el apetito genésico, cuyas operaciones difiere la Naturaleza en períodos largos, atropellando los cuales el lujurioso mina su salud y acaba prematuramente con su vida.

En los deleites de otros sentidos, como el olfato, el gusto y el tacto, persigue a los desgraciados mundanos la inexorable ley que formulan los filósofos diciendo que *ab assuetis non fit passio*: que las impresiones acostumbradas no producen placer ni dolor.

Sólo que, para mayor desdicha de las personas sensuales, esa costumbre, que embota el deleite, las hace más sensibles para el sufrimiento.

De ahí que los acostumbrados a vestidos muelles, a olores suaves, a sabores gratos, si llegan a perder el goce sensible de ellos, en cambio se hacen sensibilísimos a todas

las molestias que parecen ligeras a las personas avezadas a una vida menos delicada.

* * *

Los deleites de los sentidos son por su misma naturaleza pasajeros, momentáneos. Mas el ansia de gozar que produce en el hombre mundano el apetito desviado de la felicidad es permanente, insaciable. De ahí nacen las invenciones imaginativas de placeres fantásticos. De ahí, esos festines en que el apetito natural del comer, y el deleite que le acompaña, quedan envueltos en una baulumba de ficticios placeres, buscados en el fausto de la mesa, en la rareza de los manjares, en la extravagancia de la presentación.

¿Qué deleite añadía al sabor de las lampreas el ser traídas de remotos lagos y presentadas a los convidados vivos, a costa de enormes dispendios, antes de ofrecérseles en el plato como un vulgar pescado?

¿Qué sabor debían tener aquellas perlas diluídas en vinagre, sólo para darse el gusto de tragar en un sorbo el precio de una corona?

Claro está que tales manifestaciones de la gula salen enteramente del distrito del paladar y entran a velas desplegadas en los de la fantasía.

El placer de lo difícil, de lo costoso, de lo raro, no pertenece sin duda a la esfera de los sentidos externos, sino al distrito de la imaginación, enloquecida por afán de nuevos y desusados goces.

La misma lujuria no se apacienta con el natural deleite genésico, sino mucho más se enciende con los alicientes artificiales de la novedad, de la dificultad, de lo prohibido, de lo fastuoso.

En todo lo cual se hallan otros tantos argumentos de la inanidad de los deleites mundanos.

Los cuales, al propio tiempo, traen consigo una enorme masa de dolores, ansiedades, solicitudes y disgustos.

¿Quién podrá enumerar o reducir a cifra los pesares que ocasiona la sed de riquezas, necesarias para sufragar los despilfarros de la gula, de la lujuria, del insaciable apetito de goces sensuales?

¿Quién describirá la triste comitiva de crímenes, enfermedades y dolores que forman su séquito?

Las más repugnantes salas de los hospitales están pobladas por las víctimas de la sensualidad. Los presidios están llenos de infelices que fueron a parar allá por los fraudes y robos inspirados por el deseo de gozar de los deleites mundanos.

Y, sobre todo, las conciencias están oprimidas por el peso de las culpas y remordimientos que dejaron en pos de sí las mundanas diversiones; y el infierno rebosa de condenados arrastrados allá por la loca sed de los goces que promete el mundo, y con que jamás ha saciado cumplidamente a ninguno de sus secuaces.

La vida del placer enloquece las cabezas y empobrece y seca los corazones. La sociedad de los felices del mundo se parece enteramente a un manicomio poblado de los más delirantes locos.

Las conversaciones de esas gentes de placer, sus carcajadas y ademanes, las contorsiones de sus danzas, toda su manera de proceder, sorprende y desconcierta de tal manera al hombre de seso, que ha de preguntarse lo del conocido soneto:

“— Y ¿es eso un racional? — ¡Dicen que sí!”

Pero las locuras del mundo son aún menos dignas de risa que las de los manicomios. Por eso les dice el Divino Maestro: “¡Ay de vosotros los que reís! Porque lloráis y derramaréis copiosas lágrimas!” Porque vuestras risas insultan las penas de los desgraciados a quienes vuestros desórdenes han sumido en toda clase de miserias.

Vuestros dispendios han exigido la explotación del obrero y del pobre. Vuestra lujuria ha condenado a la vergüenza y a la muerte a millares de víctimas. Vuestros escándalos han manchado el candor de la inocencia; vuestras prodigalidades han conculcado los fueros de la justicia! ¡Ay, pues, de vosotros, los que ahora reís; porque vendrá muy presto el tiempo en que lloréis y os desgarréis con desesperación eterna!

* * *

A este reino de la locura o pone el Divino Maestro su sentencia: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

En esta parte se echa de ver con gran claridad lo que decíamos al principio: que el mundo es una actitud de los hombres, más que un efecto de la Naturaleza.

En todo hombre hay una vena de alegría y otra de tristeza. Son el rojo y el azul del arlequín que decíamos. Pero el mundo dispone a los hombres de suerte que muestran al exterior su alegría vana, y esconden la tristeza en el fondo del alma; al paso que Jesucristo, al movernos a la compunción, saca al exterior las lágrimas, y conserva en el corazón una íntima alegría.

Las alegrías puestas en común por los mundanos se contagian mutuamente y degeneran en algazara de mani-

comio; al paso que en el fondo de toda alma mundana anida una amarga desolación y tristeza.

Por eso los mundanos huyen de la soledad; evitan el hallarse a solas consigo mismos; porque entonces sienten las oleadas de negra tristeza que les salen del corazón. Por eso corren a enfrascarse de nuevo en sus bulliciosos entretenimientos; como el que se siente abrasar por una vestidura encendida corre a zambullirse en el mar si lo tiene cerca.

Al contrario; los discípulos de Cristo ponen en común sus tristezas con que mutuamente se consuelan; al paso que en el fondo del alma guardan una alegría íntima que gozan a sus solas.

Por eso aman la soledad; porque, cuando se apartan de los hombres, se encuentran consigo mismos en presencia de Dios, donde hallan copiosas fuentes de consuelo, de esperanzas alegres y paz imperturbable.

De estos es aquella voz: Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo; y aquella otra del poeta: ¡ Vivir quiero conmigo!

¿ Qué mejor condición que consolar sus penas con el trato benigno de sus hermanos y poseer además en sí mismo una vena de irrestañable gozo?

* * *

Para entender esto más de raíz, adviértase que el condolerse de las penas del prójimo es eminentemente humano; al paso que el alegrarse de sus alegrías, que a nosotros no nos tocan, es virtud rara y casi divina.

De ahí se sigue que los mundanos, aparentando bulliciosa alegría, no hacen más que engañarse e irritarse mutuamente.

Cada uno de ellos esconde en el pecho sus dolores, y hace alarde ruidoso de alegría, con lo cual produce en los demás secreta envidia y rencoroso despecho. Porque, sintiendo sus propias penas, les dan en rostro los ajenos regocijos.

Responden a una risa con otra risa más alborotada; a una careajada con otra más ruidosa. Pero todo ello es exterior y en gran parte ficción.

Fingen divertirse atrocemente, parte para engañarse a sí propios, y parte para engañar a los demás. A éstos, para que no vislumbren su secreta tristeza; y a sí mismos para olvidarse de ella y sofocarla entre el ruido de su desenfrenada risa.

De suerte que, entre toda la continua trama de mentiras que constituyen el tejido de la vida mundana, tal vez nada hay más mentiroso y falaz que su al parecer regocijada alegría. Ríen, como dice Horacio, con mandíbulas ajenas. No es su risa espontánea expresión de una alegría íntima, como las risas de los niños; sino más bien ridícula careta que muestra el rictus que finge la risa, y que esconde debajo un rostro cejijunto.

En días de carnaval hemos visto alguna vez a un muchacho castigado por su padre o injuriado por un compañero, llorando a lágrima viva debajo de una careta riente.

Este espectáculo es cotidiano en la vida mundana, para quien sabe leer entre sus líneas. Los mundanos ríen por costumbre; por *parti pris*; pero debajo de su risa corren amargas lágrimas.

Y como nada hay más ofensivo para el que Hora, que la ajena alegría, la gente del mundo, no sólo se violenta

para engañarse mutuamente, sino que, por añadidura, se odia.

* * *

Ved lo que acontece entre las personas más poseídas del espíritu mundano; entre la gente de placer: comediantes, mujercuelas de vida libre y otros tales.

Por maravilla encontraréis dos de ellos que cordialmente se amen. Lo común es que estén llenos de negros celos, envidias y odio cerval.

Es sin duda por aquello de “¿quién es tu enemigo? el de tu oficio”. Como cada uno de ellos tiene por oficio divertir y hacer que se divierte, siente interiormente rencor a quien le obliga a simular la risa y ocultar en el corazón las penas que lo devoran.

No hay competencia más odiosa que la de hacer ver que se divierte el que interiormente sufre. La literatura ha explotado el tipo del clown o el bufón, condenado a reirse y hacer reir en medio de sus penas, y le ha descrito (como debió ser si tuvo sentido común) como un alma llena de odio a todos aquellos a quienes por oficio se veía obligado a divertir.

Los mundanos son todos bufones y payasos unos de otros. La inexorable ley del mundo los obliga a reirse, encerrando en el fondo de su alma sus más amargas tristezas.

* * *

Todo lo contrario acontece con las virtuosas lágrimas que Cristo beatifica.

El que se entrega a la compunción cristiana; el que llora con los que lloran y se compadece de los sufrimien-

tos de que nadie está exento; en primer lugar, consuela a sus prójimos doloridos y se hace amar de ellos; y en segundo lugar, goza una alegría íntima nacida del amor y de la conciencia de que nuestros males, o son comunes, o acaso menores que los que afligen comúnmente a la mísera Humanidad.

Precisamente por eso la antigua tragedia ponía ante los ojos las grandes desdichas de los personajes ilustres. Porque, al ver sus dolores, el espectador se reconciliaba con la parte de sufrimientos que en su propia existencia le había cabido.

Quien considera sus contrariedades y aflicciones comparándolas con la pasión de Cristo, la compasión de la Virgen santísima y las persecuciones y pasiones sufridas por los santos; halla relativamente leve lo que ha de padecer, y se consuela y lo sufre de grado.

Y además, este afecto de compasión mutua, que se difunde entre los cristianos, fomenta su recíproco amor; porque compadecerse es tomar alguna parte de la ajena pasión, lo cual sobremanera alivia al que sufre y le dispone a la gratitud respecto de los que con él se duelen.

Ciertamente, el alegrarse de las alegrías ajenas de que ninguna parte nos cabe, es virtud muy superior a la de la compasión. Pero, por lo mismo, es rarísima y casi sobrehumana.

El espectáculo de las ajenas alegrías produce más bien en los corazones vulgares envidia y despecho, que fácilmente se truecan en verdadero odio.

De hecho, la demostración de dolor une a los que compadecen, y las manifestaciones bulliciosas de alegría mundana engendran envidias y desunen las almas.

Por lo cual, aun de tejas abajo y en razón de relación

social, son bienaventurados los que lloran y serán consolados; al paso que merecen compasión los que ríen, pues están en camino de derramar amargas lágrimas!

* * *

Pero no se deben confundir las lágrimas santas con la melancolía desalentada, ni con la quejumbrosa impaciencia, ni menos con la mogigatería llorona.

La melancolía (cuando no es enfermedad mental) se funda en la desconfianza pesimista, que nada bueno espera de los hombres ni de las cosas.

A veces es una simple *pose* (como dicen los franceses) como lo fué en la época romántica la de los melencólicos cejijuntos, y la de las mujeres pálidas a fuerza de beber vinagre.

Cuando no es *pose* ni enfermedad, la melancolía sólo puede alimentarse en un ánimo destituido de filial confianza en Dios, que es Padre nuestro y encamina las cosas a nuestra definitiva felicidad.

El cristiano llora por compasión con los que lloran; lamenta su destierro en este valle de lágrimas y se duele de las ofensas que él mismo y los demás hacen a Dios, infinitamente digno de ser amado y reverenciado.

Pero, en medio de estas lágrimas, conserva en el fondo de su alma una pura alegría por la segura confianza de que ha sido criado para una felicidad sobrenatural y eterna, y vive al abrigo de la Providencia paternal de Dios, del cual se dice, con toda verdad, que aprieta pero no ahoga; y cuando crecen las dificultades y tentaciones, acrecienta en la misma proporción los auxilios de su gracia para que podamos sostenernos.

Este tal ¿cómo puede entregarse al desaliento propio de esa melancolía pesimista? ¿No es semejante aflicción más propia del que tiene su corazón puesto en las cosas mundanas y experimenta a cada paso su inanidad para satisfacer sus anhelos?

No son, pues, los pesimistas los bienaventurados que lloran; sino malaventurados que desconfían, porque no tienen ancladas en Dios sus esperanzas.

Ni menos entran en la bienaventuranza evangélica los impacientes, los quejumbrosos que andan gimiendo y lamentándose de lo que han de padecer en esta vida. Con lo cual entristecen la de los demás sin aliviar la propia.

Virtud social es disimular los propios padecimientos por no aumentar los ajenos. Pero este disimulo no ha de consistir en una alegría afectada y postiza; sino en una caridad benigna que mira más a la tranquilidad del prójimo que el desahogo de las propias penas.

La poesía griega personificó a esos quejumbrosos antisociales en Filoctetes; quien, herido en la guerra de Troya, llenaba el campamento helénico con tan lamentables quejidos, que infundía tristeza y pavor a todos y amenguaba sus alientos marciales. Por lo cual el prudente Ulises aconsejó que fuera deportado a una isla desierta.

Hay muchos Filoctetes en prosa que tienen el triste don de amplificar sus pesadumbres y comunicarlas a todo el mundo, para que todos participen de sus sufrimientos. Lo cual es ajenísimo de la caridad cristiana.

En resumen: los que lloran del Evangelio, son los que se abstienen de las diversiones mundanas, que disipan el ánimo y corrompen las costumbres; los que parti-

cipan de los dolores ajenos por una piadosa compasión; los que se duelen de sus propias culpas y de los pecados con que se ofende a la Majestad de Dios. De todo lo cual les nace una interna paz y gozo espiritual que brota hacia afuera en una apacible serenidad, grata a Dios y a los hombres, edificante para los buenos, tácitamente correctiva para los malos y eficaz recomendación de la virtud que produce de contado tan sabrosos frutos.



¡Religioso sí, beato no!

El mundo no quiere ir del brazo del demonio. Quiere defender su personalidad y carácter propio entre los enemigos del alma. Por eso, mientras el demonio blasfema de Dios e inspira a los blasfemos y ateos; a los que mandan a Dios retirarse ante los esplendores de su luz y ciencia; el mundo se muestra exteriormente mucho más respetuoso. Quiere confesar a Dios y aun honrar su santo nombre y darle culto... Pero todo ello con moderación. Esto es; dentro de límites razonables.

¿Cuáles son estos razonables límites? Naturalmente, los que prescriben la comodidad de la vida, los derechos de la carne y del espíritu mundano y las conveniencias sociales. Todo cuanto pasa de esto, no es religión (así lo declara Su Majestad Mundana) y debe estigmatizarse con el nombre de fanatismo.

Es verdad que fanatismo viene del latín *fanum*, que designa los templos de los ídolos o deidades falsas. Por lo cual este nombre conviene propiamente al sentimiento religioso no sólo desmesurado cuantitativamente, sino extraviado cualitativamente, por inspirarse en un falso concepto de la divinidad.

Es cierto que, siendo el Dios de los cristianos infinito:

infinitamente grande, bueno, amable y misericordioso; todo cuanto se haga en su obsequio no puede ser desmesurado, sino que ha de quedarse necesariamente muy por debajo de lo que Dios merece. Pero el mundo no se mete en estas honduras; y partiendo, como de verdad axiomática, de su derecho a divertirse, a llevar una vida cómoda y regalada, e imponer leyes a todo bicho viviente, so pena de colgarle en la picota de su terrible ridículo; ciñe y limita la religión con estos cancelos, y declara fanatismo todo lo que de ellos excede y sale.

Es pues, religión limpia, según el criterio mundano, invocar a Dios de vez en cuando; vgr., cuando el corazón se siente abrumado por la tristeza que en él produce el vacío de los mundanales deleites, y, sobre todo, en las necesidades temporales. Una novenita a San Expedito; una oración a Santa Bárbara cuando truena, y otra a Santa Apolonia cuando las muelas duelen, son devociones muy conciliables con el espíritu mundano.

No condena éste que las mujeres frívolas, mientras van a sus diversiones más o menos legales, dejen una lamparita encendida delante de una imagen de la Virgen Santísima y hasta permite que se repartan las ganancias del juego con el Pan de San Antonio.

Pero hablar de ayunos y abstinencias es una cosa enteramente *cursi* y propia de personas fanáticas. Toda maceración de la carne (si es que realmente existe algo de esto fuera de las Vidas de los Santos antiguos; cosa que el mundo pone muy en duda) se debe colocar en la cuenta de las prácticas fanáticas, obscurantistas y medioevales. Y no es menor muestra de fanatismo pretender que las personas de buena sociedad madruguen con frecuencia

para comulgar; que se recojan tempranito para rezar en familia el santo rosario, etc., etc.

* * *

Sobre el estado religioso, especialmente, tiene el mundo muy bien asentados sus principios. No pretende, como esos energúmenos de Francia, que los votos religiosos sean precisamente contra la naturaleza y la moralidad pública. Concede que, de vez en cuando, un hombre hastiado de la vida crapulosa, o una mujer que ha sacrificado al mundo la flor de sus años, vayan a esconder en vida sus restos mortales entre las tapias de un monasterio: especie de desván de fracasados o agotados en la existencia mundana.

Hasta puede haber en esto cierto sentimentalismo romántico, útil por lo menos para surtir de argumentos emocionantes la novela y el teatro. Pues una *Favorita* no es menos interesante que una *Dama de las camelias*.

Pero esto no puede autorizar, naturalmente, la osadía de ciertos espíritus que se atreven a hablar del claustro a una niña bonita y rica o a un joven simpático, apto para "hacer feliz a una mujer". En el lenguaje mundano, esta frase es un eufemismo equivalente a casarse con ella.

Si, alguna vez, personas de esas condiciones huyen de la mundana vanidad y se meten en un convento, el mundo rasga sus vestiduras, de pura indignación, y no halla anatemas suficientes para estigmatizar el fanatismo que de tal suerte viola los derechos de la juventud, de la hermosura y aun de la vida.

Pero contra esta religiosidad del mundo opone Jesucristo la cuarta de sus máximas fundamentales, declarando bienaventurados a los que tienen hambre y sed de

justicia, esto es, de virtud, de santidad; y asegurando que ellos solos alcanzarán hartura; es decir, perfecta satisfacción de sus anhelos, cual no puede el mundo ofrecerla a sus secuaces.

* * *

El que tiene hambre y sed no entiende de moderación en el comer y beber. Parécele que se comería un toro con las astas, y que se bebería un río de agua... o de vino. Claro está que, cuando se trata de hambre y sed corporales, viene la razón a persuadir al hambriento y sediento, que no se dejen dominar de su afecto al manjar y a la bebida. Pero esto, que no lo dan de sí el hambre y la sed, sino la razón, cuando se trata de bienes cuyo provecho depende de su posesión limitada; no se puede hallar en los bienes espirituales, de los que nuestra alma tiene hambre y sed sin límites.

Nuestra inteligencia apetece saber, y saber más y más, sin término en sus ansias de conocimiento. La voluntad apetece bienes tanto mayores, cuanto mayores se los descubre el entendimiento. Por eso apetece nuestra alma a Dios, único Objeto en quien puede hallar su perfecta felicidad.

Pues ¿a quién se le puede ocurrir aconsejar la moderación en esto, cuando su apetito es inextinguible y el Objeto de él infinito? ¿De dónde habría de venir ese límite? ¿Por ventura del objeto que vamos a acabar si gastamos demasiado de él, como los pródigos acaban con los más opulentos caudales? ¿O de nuestra alma, que se corromperá y destruirá con el excesivo gozar, como se corrompe y destruye el cuerpo de los lujuriosos o glotones?

Pero aquí el Objeto es tal, que cuanto más amado y

conocido, tanto más perfecciona el alma y le comunica mayores fuerzas para continuar conociendo y amando. Y cuanto más de él se conoce y más se le ama, se descubren mayores tesoros que conocer y amar y gozar.

Por lo cual, en el conocimiento de Dios no hay más tasa que la impuesta por la luz de nuestra inteligencia y la gracia que se le añade para conocer, y en su amor no hay más límite que la capacidad del humano corazón, que se va ensanchando indefinidamente con el mismo amor divino; y en el servicio que merece y reclama el Señor, no hay más moderación que la que nace de nuestras limitadas fuerzas, siendo él infinito e infinitamente digno de todo servicio y obsequio.

¿A quién se le ocurre, pues, hablar de fanatismo por el exceso de religiosidad, cuando se trata de una Religión que conoce y ama y da culto a este Dios infinito, único verdadero?

* * *

La ridiculez de las burlas mundanas dirigidas contra los cristianos fervorosos se echa de ver en el nombre mismo con que se los moteja. El cual es despreciativo, según el juicio del mundo, menguado y necio; pero en sí mismo es gloriosísimo y ¡ojalá conviniera desde esta vida a los que sirven a Dios fervorosamente!

En efecto; *beato* vale tanto como feliz (del verbo latino *beare*, hacer feliz). ¡Pues, sí, ridículo Polichinela, que pretendes burlar a los siervos de Dios: los tales son beatos ya en parte, son beatos desde ahora, y poseen la infalible promesa de alcanzar una perfecta beatitud cuando logren hartarse de los bienes divinos que ahora apetecen con hambre y sed inextinguibles!

En esta vida miserable y efímera, todos padecemos hambre y sed. La diferencia está en que los mundanos la tienen de bienes aparentes y vanos, incapaces de causarles otra hartura que la del fastidio y tedio de su inanidad en vano apurada. Mientras los siervos de Dios; esos fanáticos que nunca tienen bastante con sus prácticas religiosas y de todas las virtudes; esos beatos que se comen a los santos con plegarias inacabables, y maceran su carne y se burlan de las burlas de los mundanos, y acuden cada día, hambrientos y sedientos de Cristo, a la Sagrada Eucaristía; esos tienen segura esperanza de alcanzar aquella hartura celestial de que está dicho: *Me hartaré cuando se me mostrare tu gloria; satiabor quum apparuerit gloria tua.*

Cuando el mundo busca diversiones y deleites, se muestra sencillamente sensual. Cuando pone su felicidad en acumular muchas riquezas temporales, sin pensar en las eternas, se muestra solamente imprevisor en su falsa previsión. Su sed de honores le convence de vano. Pero cuando se mete a arreglar las cosas de la Religión, pretendiendo someterlas a su criterio, da prueba de su rematada locura.



El demonio es lógico en su endiablada envidia que le mueve a separar de Dios a los hombres, criados para reparar los vacíos que dejó en el cielo su rebelión. Los condenados son lógicos en el infierno, maldiciendo el Bien sumo que para ellos se ha trocado, por su malicia, en inflexible azote. La carne procede con la lógica de su bestial inclinación, al no buscar sino deleites animales. Pero el mundo, cuando pretende conciliar sus vanidades con

cierta religiosidad, encendiendo, como dicen, una vela a Dios y otra al diablo, una a Luzbel y otra a San Miguel; es ridículo, absurdo y digno de todos los manicomios.

Es el loco Herodes vistiendo de loco a Jesús, porque no quiere tener parte alguna con él. La insensatez calificando de locura a la divina Sabiduría, y poniéndose a sí propia el sambenito con que pretende afrentar a Cristo.

Hemos de apretar, por ende, a los mundanos, con el dilema inevitable: o con Cristo o contra Cristo. O contra Cristo hasta la blasfemia, o con Cristo hasta la beatitud; pues hay que adoptar, ya desde esta vida, la actitud en que queremos permanecer en la otra, en la cual no habrá más que condenados que blasfemen de Dios y beatos que gocen de él.

* * *

Por ventura no se percibe en ninguna materia, tan claramente como en ésta, la verdad de aquella terrible aseveración de Cristo: "que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo". Y así vemos que los mundanos, siguiendo esa pretendida moderación en su vida religiosa, ni llegan jamás a penetrar más allá de su superficie, ni a gozar los tesoros que encierra para los que la practican con hambre y sed de justicia.

Vemos con verdadera lástima a esa inmensa muchedumbre de cristianos a medias, que practican, según ellos dicen y se persuaden; pero practican *su religión* de un modo enteramente superficial y estéril.

Asisten los días festivos a una misa; la más breve que hallan, a la hora más cómoda para su pereza, y en la iglesia más concurrida de personas a quienes les es grato ver

y de las que les agrada ser vistos. Los días de Semana Santa visitan las iglesias, muy peripuestos, de levita y chistera ellos y de mantilla andaluza ellas, con claveles y joyas, propias de quien va a exhibirse, no a conmemorar misterios dolorosos. Se casan y se entierran en el gremio de la Iglesia; pero con festejos paganos en las bodas y pompas gentílicas en las sepulturas. Bautizan a sus hijos con fiestas donde el sacramento casi desaparece entre los regocijos y vanidades mundanas. En todos sus actos de seudorreligiosidad lleva la primera atención el vestido, el aderezo, las exterioridades; y falta totalmente el espíritu: la instrucción sobre el significado de las ceremonias sagradas, la preparación del ánimo para sentir sus saludables efectos, el recogimiento para ponerse al habla con Dios y recibir sus mercedes.

Y lo peor es que la profanidad de esos seudofieles se pega a las iglesias y funciones del culto. De ahí tanto ornato, más propio de un salón que de un templo; tantas flores más apropiadas para recrear el olfato y la vista de los invitados, que para elevarse como oloroso incienso al trono de Dios; tantas músicas y voces profanas, tantos sermones y discursos floridos y pomposos.

Son esas funciones, mejor dicho, espectáculos religiosos, comidas condimentadas para paladares inapetentes, donde las salsas aperitivas han de encubrir el manjar substancioso, si ya no es que lo hagan desaparecer totalmente... No se cuenta con que acudirán allá hambrientos y sedientos, sino ahitos y desganados.

* * *

Y ¿de qué habían de tener hambre o sed esas gentes totalmente ignorantes del contenido, del significado, de

las ceremonias del culto? ¿Cómo no han de desear una misa lo más breve posible, si la misa no les dice nada, porque no saben qué es, ni lo que significan sus sagradas ceremonias? El templo con sus formas simbólicas; la liturgia con sus ritos llenos de sentido; las oraciones y cánticos sagrados, son todo como voces de un idioma ignorado para los mundanos, y, por tanto, nada hay en todo ello que les pueda interesar. Es menester, ya que se asista, abreviar todo lo posible esos enojosos logogrifos, y, en todo caso, amenizarlos con la presencia de personas agradables, con músicas que hagan bailar los pies y discursos que halaguen el oído y la vanidad.

Y de esas ceremonias se sale como el lego del sermón: con la cabeza caliente y los pies fríos; como se levanta uno hastiado de una mesa a que no se sentó con apetito.

¡Cuán diferentemente suceden las cosas a los que acuden a las ceremonias religiosas con hambre y sed!

¡Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así te desea mi alma a ti, Dios mío! ¡Mi alma sufrió sed del Dios fuerte y vivo! ¿Cuándo vendré y compareceré ante la presencia de Dios? Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras me dicen cotidianamente ¿dónde está tu Dios?

Clamores son estos que salen, no de corazones mundanos, sino de hambrientos y sedientos que anhelan por las cosas divinas; y éstos son los que hallan sabrosa hartura en el culto divino: en ese mismo culto a que asisten los mundanos con hastío y de donde salen con tedio, vacía el alma y anhelante por volverse a sumergir en el río revuelto de las diversiones y pasatiempos.

Pero como tampoco éstos pueden procurarles satisfacción y hartura, es su mísera suerte andar siempre an-

siosos en movimiento continuo, sin que su espíritu pueda quietarse ni sosegar en parte alguna: ni en los placeres del mundo, porque no son capaces de satisfacerlos, ni en los actos de su frívola piedad, porque no pasan de la superficie de ellos.



VI

¡Ay de los vencidos!

El mundo es esencialmente egoísta. El egoísmo, el amor propio desordenado, es lo que, según San Agustín, constituye la esencia del mundo: *Amor sui usque ad contemptum Dei*, el amor de sí propio hasta el menosprecio de Dios. Y porque es esencialmente egoísta, el mundo desconoce la misericordia. Pero tampoco reniega abiertamente de ella, como no reniega de la religión, antes la contrahace hipócritamente.

La misericordia es el afecto que se viste de la ajena miseria y participa en algún modo de ella para aliviarla.

Por eso la Misericordia de Dios tomó carne; pues como Dios no sea capaz de sufrir miseria ninguna, sólo haciéndose hombre, y sometiéndose en cuanto tal a las pasiones y miserias de los hombres, tuvo propiamente misericordia de ellos, como dice San Pablo: Hubo de hacerse semejante en todo a sus hermanos para hacerse misericordioso (Hebr. II, 17).

Misericors, misericordioso, vale tanto como mísero cuanto al corazón; esto es, partícipe de la miseria de los miserables por el amor que les tiene, y que le hace sufrir en su corazón como propias las penalidades que ellos sufren en el cuerpo y en el alma.

Ahora bien: el mundo es lo opuesto diametralmente a la misericordia. Padece realmente muchas miserias. No hay ningún hombre mundano que no esté lleno de ellas en el alma, y los más las sufren también en el cuerpo; pero hacen todo lo que pueden por no padecerlas en el corazón.

Para eso fingen esa serie de diversiones, de vanas alegrías y deleites mentirosos o pasajeros. Para eso se aturden con risas bulliciosas y orgías inebriantes: para que sus pesadumbres no les lleguen al corazón; para poderse engañar por lo menos a sí mismos y asegurar estrepitosamente que se divierten una atrocidad.

Pues de los que no se confiesan sus dolores propios ¿cómo esperar que tomen sobre su corazón los ajenos? De los que mantienen en su ánimo una vana alegría ¿cómo exigir o pedir que se vistan de las ajenas tristezas?

* * *

Sólo una forma se ha hallado para lograr que los mundanos extiendan su solicitud a las miserias de sus prójimos: hacerles ver que pueden convertirlas en ocasión de nuevas diversiones y entretenimientos.

De ahí ha nacido toda esa monstruosa y absurda serie de las llamadas *fiestas de beneficencia*: bailes en favor de los náufragos, toros a beneficio de las víctimas de un incendio, funciones teatrales en provecho de los leprosos, tómbolas para socorro de los hambrientos, fiestas floridas en beneficio de los tísicos, etc., etc. ¡Cuán ingenioso es el espíritu mundano para buscar medios de divertirse, y cuán repugnantemente hipócrita cuando alega como finalidad de sus placeres, enderezados realmente al amor propio, la misericordia de los que sufren!

Se ha declamado ya tanto contra estas aberraciones, que tenemos por excusado insistir en su reprobación. Bástenos haber señalado su contradicción con la misericordia que consiste en participar cordialmente de los ajenos sufrimientos. Mas claro está que nadie baila para condolerse de los enfermos, ni come para participar de la pena de los hambrientos, ni bebe a la salud de los que se ahogan, ni palmorea en un teatro en señal de pesadumbre por las desgracias producidas por un terremoto o un incendio. Todas esas cosas se enderezan, por su naturaleza, no a hacer el corazón mísero, sino a alegrarlo y regocijarlo, ya que no a costa del desventurado, por lo menos con ocasión de su desventura.

Un poeta pagano dice que era hombre, y no tenía por ajena ninguna cosa humana. Los mundanos modernos pueden decir la misma sentencia un tantico variada: "Soy hombre y ninguna cosa humana juzgo inútil para mí; pues aun de las ajenas miserias saeo pretexto o materia para mis propias diversiones."

* * *

En realidad, esto de la misericordia bailable es una monstruosidad que no conoció el Paganismo. Ocurre aquí lo del vino que se convierte en vinagre. Donde no hubo vino no puede haber vinagre, y el Paganismo que no conoció la misericordia, no pudo conocer esta corrupción de ella. *Corruptio optimi pessima*; la corrupción de lo mejor es lo peor.

Al Paganismo no le contristó la calamidad del prójimo, sino en cuanto le anunciaba la posibilidad de su calamidad propia. Aristóteles puso en la definición de la

misericordia: "Un mal que el mismo que se compadece considera que puede padecerlo presto." Por eso, observa, son refractarios a la compasión los que navegan en la prosperidad y no tienen experiencia de contrariedades.

La misericordia cristiana tiene una raíz más noble y un origen más alto; pues el Verbo divino no tuvo misericordia de nuestros males porque podía padecerlos; sino que se sometió voluntariamente a ellos para hacerse capaz de la misericordia, como dice San Pablo.

Pero, en todo caso, si el Paganismo no conoció esta misericordia elevada y generosa, tampoco conoció su adulteración ridícula. En toda la historia de las sociedades paganas no hallaréis un baile de beneficencia. Se bailaba y se procuraban los placeres más desenfrenados; pero se confesaba paladinamente que se buscaba en ellos el propio deleite, sin que en ningún seso pagano cupiese la idea de que, bailando o bebiendo socorriese las necesidades de los indigentes.

La hipocresía de los mismos fariseos, con ser tan abominable y tan duramente reprendida por el Señor, fué menos odiosa que la de los que se divierten para fines benéficos. Pues aquéllos ayunaban y hacían largas oraciones en las plazas para ser tenidos por piadosos; pero nuestros mundanos pretenden semejante elogio porque bailan y comen y beben regaladamente.

Arroje, pues, el espíritu mundano la careta de la misericordia, que nunca ha sentido ni puede sentir, y muéstrenos tal cual es: triunfando de los derrotados y pisoteando a los caídos; echando una alfombra sobre los cadáveres de los degollados y continuando sobre ellos el festín de los vencedores.

El egoísmo produce inevitablemente la lucha, y en ésta no puede dejar de haber vencedores y vencidos. Vencedores que triunfan y vencidos que gimen y se despedazan de rabia. El mundo siente esta verdad, más o menos conscientemente, cuando llama triunfos a sus éxitos de toda clase. Triunfa, según el criterio del mundo, el negociante que acumula riquezas. Triunfa la mujer que hace admirar por todos su hermosura. Triunfan el artista y el hombre de ciencia que logran sobresalir sobre todos los de su arte o profesión; como triunfan el político que obtiene el poder y el militar que gana una batalla. Mas ninguno de esos triunfos se logran en el mundo sino con vencimientos ajenos. Ninguna alteza mundana se encumbra sino hollando sobre vencidos y despechados.

El hombre afortunado en los negocios triunfa con su lujo, su palacio y sus carruajes. Pero ese esplendor suyo supone la ruina de centenares o millares de hermanos, que vegetan en la obscuridad del trabajo penoso o del infortunio amargo.

El negocio dejaría de ser negocio si no tuviera carácter aleatorio: de suerte que encumbra a los pocos que favorece y arruina a los muchos a quienes vuelve las espaldas.

Entre las vanidades del industrialismo editorial moderno se ha pretendido ofrecer a la juventud un *arte de hacer fortuna* y una *ciencia de los negocios*. Si tal arte y ciencia no fueran un engañabobos, una martingala para explotar la necedad de lectores poco avisados; el negocio dejaría de ser negocio; pues acudirían a él en turbas los negociantes, y el luero, que reservado a pocos hace fortunas, repartido entre muchos degeneraría en el salario,

Donde hay negocio, hay una empeñada guerra, en la que, cuanto es mayor el número de los vencidos y menor el de los vencedores, tanto más pingüe es el negocio. De suerte que el triunfo comercial siempre supone una muchedumbre de vencidos, sobre cuyas ruínas se encumbra: o vencidos en la lucha empeñada, o arredrados de ella por el temor de la derrota y dejando el campo a la osadía afortunada, cuando no a las malas artes del fraude.

Si hubiera un arte de hacer fortuna ¿cómo se explicaría que tantos codiciosos de ella vivieran en la pobreza y obscuridad? No hay tal. Los mundanos que carecen de fortuna, o son cobardes que huyeron de la pelea, o vencidos que sucumbieron en ella; y sobre la ruina de unos y otros se encarama el afortunado.

Pues ¿cómo ha de tener éste misericordia de aquellos cuya miseria constituye su negocio? Será, cuando mucho, una compasión puramente sentimental y estéril; como puede tenerla, en medio de una batalla, el soldado que atraviesa con su bayoneta al enemigo que le cierra el paso. ¡Siente tal vez tenerle que matar! Pero le mata, no obstante, porque esa es la condición de la guerra: ir a todo trance a la victoria.

* * *

Así, hay ricos mundanos que tienen compasión de las multitudes de trabajadores que en la lobreteza de las minas, o en el ambiente malsano de las fábricas, trabajan día y noche para labrar su fortuna. Pero decídes que se abstengan de algunos de sus placeres, que prescindan de su fausto pródigo, para aliviar la suerte de esos trabajadores... y ese será otro cantar. Bástale al prójimo una

compasión sentimental. Exigir más sería desconocer que vivimos en estado de guerra!

La mujer mundana ha de eclipsar para brillar, como el sol para lucir necesita que se eclipsen las estrellas. Su incienso y adoración exigen sacrificios dolorosos de otros corazones. Pero ¿cómo reparar en esto? ¿Cómo participar cordialmente de la miseria de los vencidos?

El triunfo de los antiguos generales romanos necesitaba, para su esplendor, ir acompañado de pueblos vencidos y reyes encadenados. La desgracia, la vergüenza y fatiga de éstos, debían merecer la más viva compasión. Pero ¿podría la misericordia suprimir el triunfo? O ¿podría haber triunfo sin vencidos, sin sacrificios, sin víctimas?

¡Cuántas crueldades se encierran en triunfos femeninos! ¿No son muchas veces su precio un hogar perturbado, una fortuna deshecha, un corazón sacrificado? Pero la hermosura ha de vencer; la gracia ha de subyugar, y ¡ay de los vencidos!

Más inocuos parecen los triunfos de la Ciencia y del Arte. Pero, si bien se mira, todos ellos se obtienen en guerra, y no hay guerra sin crueldades, sin heridas y vencimientos dolorosos.

La juventud se dirige animosamente al asalto del éxito, a la conquista de puestos y posiciones sociales. Raras veces hay lugar para cultivar el arte por el arte, la ciencia por la ciencia. Detrás de todas esas cosas, suele, junto con la gloria, estar el pan, el sosiego de una familia, la seguridad de una vida honorable. Y cuanto más ruidosos son los triunfos de unos pocos, tanto mayor suele ser el número de los derrotados y más dura la condición de su derrota. El ingeniero que resuelve un pro-

blema deja frustrados a ciento que trabajaron afanosamente por resolverlo. El médico que conquista la celebridad y reúne en torno suyo una numerosa y opulenta clientela, deja en la pobreza, y aun en la miseria, a otros muchos que trabajaron tan denodadamente como él, sin poder salir de su obscura medianía. Hasta el torero que entusiasma al público en el redondel, llega a esa cumbre dejando por el camino a centenares de fracasados, acribillados a cornadas o tendidos en la arena!

Los triunfos industriales de un país empobrecen a muchos otros, arrebatándoles los mercados de que vivían. Los triunfos militares de una nación esclavizan o arruinan a otras. Las banderías triunfantes en la política no llegan al poder sin arrojar de él a otros; y, generalmente, se puede decir de la fortuna mundana aquello de los filósofos escolásticos: que la generación de una cosa es la corrupción de otra. Las fortunas mundanas, como los días o las horas en que se desarrollan, no nacen sin destruir la precedente.

* * *

Pues bien, la conciencia más o menos clara de esta incompatibilidad de las humanas dichas extingue o desnaturaliza en los corazones mundanos el noble sentimiento de la misericordia. Nadie puede sentirse mísero por la caída ajena, cuando sabe que, si no hubiera sucumbido el prójimo, hubiese tenido que sucumbir él mismo.

La idea misma de los triunfos humanos, no sólo es pagana, sino anticristiana.

El cristiano no ha de pretender ni admitir otro triunfo que el de Dios y su Cristo; y éste ha de procurarlo

ante todo en sí mismo, deseando que Dios triunfe de todas sus malas pasiones, y que su divina voluntad reine siempre totalmente sobre la voluntad propia.

Respecto de los prójimos, la única victoria que le es dado apetecer es prevenirlos y superarlos en toda virtud. Buena victoria es, para el cristiano, pedir perdón antes que su adversario se lo pida; apoderarse del lugar más humilde o del oficio más penoso, etc. Pero, en todo lo demás, ha de ceder a sus hermanos y desear comunicarles sus bienes temporales y espirituales, de suerte que nadie carezca de lo que él tiene.

Quien se hallare animado de este doble espíritu de humildad y caridad, ése sí que será misericordioso, vistiéndose en el corazón de todas las penas y aflicciones que ve padecer a sus prójimos y de que la Providencia misericordiosísima de Dios le conserva a él libre.

La doctrina fundamental del Cristianismo es: que todo nuestro bien proviene de la caridad misericordiosa de Dios.

Caridad divina fué comunicarnos el ser de naturaleza; y caridad mayor elevarnos benignamente al ser sobrenatural de la gracia.

Pero porque el hombre perdió, pecando, todo derecho a conservar estos bienes, e incurrió en la mayor de todas las posibles miserias, cual era ser enemigo de Dios, destinado a servir de carbón en que se manifestara el fuego de la divina Justicia, todo su bien hubo de librarse en la divina Misericordia: en aquella nueva manifestación de la divina caridad, que se vistió de nuestra miseria para pagar por ella y volvernos a comunicar los tesoros de sus riquezas.

Por eso el hombre redimido quedó obligado a ser

misericordioso; ya que toda la esperanza de su bien dependía de la misericordia. Quien con egoísmo se aleja de los miserables, para que no se le comunique nada de la tristeza de sus miserias, ése merece que Dios le arroje de sí, y le niegue su misericordia y con ella toda esperanza de salvación.

Por eso se propone como premio de los misericordiosos, que a su vez alcanzarán misericordia. Este premio parece inferior al de las otras bienaventuranzas. Alcanzar misericordia parece significar sólo librar de males: de miserias. Al que se le promete misericordia, se le declara por el mismo caso, miserable.

Esto suena muy mal a los soberbios oídos de los mundanos; pero consueña maravillosamente con la realidad de nuestra condición. Los ricos, los bienaventurados según el mundo, por ventura volverían desdeñosamente la espalda al que, para alcanzar su socorro, les prometiera como recompensa que a su vez obtendrán la misericordia de Dios. Los tales no sienten ahora la necesidad de ella. Pero la sentirán muy en breve, cuando la enfermedad y la muerte vengan a llamar a sus puertas; y más aún cuando sean presentados en el juicio de Dios, donde nadie se salvará por su justicia, sino por la divina misericordia que nos comunica la justicia de nuestro Salvador.

* * *

En este conocimiento se funda la humildad cristiana, y no menos su misericordia. Todo cristiano se apropia (aunque no lo sepa) aquella sentencia de la heroína de Virgilio: *Non ignara mali, miseris succurrere disco*; no inexperta del sufrimiento, he aprendido a tener misericordia de los que sufren.

El discípulo de Cristo, al ver la ajena miseria, se acuerda de que la suya sería mucho mayor, si el buen samaritano no se hubiera detenido a curar sus llagas y ponerle en camino de salud; si el Buen Pastor no le hubiera tomado sobre sus hombros para restituirlo al aprisco de donde se había alejado.

Por eso en el miserable mira dos veces a su prójimo o semejante: semejante en la naturaleza y semejante también en la miseria. Y como la semejanza engendra simpatía, siente como propios los males del que mira como prójimo, precisamente en cuanto afligido y miserable.

Al contrario, el mundano reniega de aquel prójimo que, con los males que padece, le pone ante los ojos los que él puede padecer.

Son los mundanos como las personas de mezquino corazón, nacidas en humilde cuna y encumbradas por la suerte. Las cuales nada aborrecen más que encontrarse con sus parientes y verse obligados a reconocerlos como tales; porque la pobreza y humildad de los mismos es para ellos ejecutoria de villanía y convicción de su vana jactancia.

De esta manera la presencia del miserable es un molesto argumento que recuerda al mundano su verdadera condición, y en qué han de venir a parar sus locuras y devaneos.

Por eso es cruel con los miserables. Se aviene, cuando mucho, a construir hospitales en que se recojan, lejos de su vista y de los sitios de sus recreaciones. Consiente en enviarles allá las migajas de su mesa y los desperdicios de sus prodigalidades. Pero es a condición de que no se le pongan ante los ojos, ni se atrevan a llamar a su corazón, despertando en él un sentimiento de misericordia.

* * *

No hay duda que la mendicidad profesional encubre a veces inmoralidades, no tan grandes, sin embargo, como las que se tapan con el lujo y ostentación. Pero la prohibición de la mendiguez, que ha venido a ser uno de los distintivos de nuestra moderna cultura neopagana, no ha nacido de amor a las buenas costumbres, sino de horror al tácito sermón que nos dirige la vista del mendigo llagado y harapiento.

La prueba es que, en todas las ciudades donde se prohíbe la mendicidad, se consiente la exhibición de la pornografía y de todas las excitaciones de la sensualidad y del vicio.

Las llagas del mendigo pueden ser fingidas; pero no se las odia por fingidas, si no por llagas. Porque la exhibición de las humanas miserias es un molesto memorial de la presente condición de la naturaleza humana.

Por esta misma causa se han alejado de las ciudades los cementerios. Se han alegado aquí pretextos de higiene, como allí razones de moralidad. Pero la verdadera razón es que la vista de los emblemas de la muerte perturba la alegría loca del mundo, que no se atreve a bailar sobre las sepulturas, como baila a la salud de los desgraciados.

Escribamos, pues, en todas partes donde los mundanos buscan la falsa paz de su ánimo divertido: ¡Juicio sin misericordia, para quien no tuvo misericordia!



VII

Los derechos de la juventud

Otra de las máximas más descabelladas del mundo es que la juventud tiene derecho a ciertos goces que no pueden defenderse ante el juicio de la moral. Esto, si se trata de la juventud masculina. Por lo que mira a la femenina, se es más exigente con ella en punto a moralidad; pero dentro de ésta se le reconoce el derecho a divertirse.

Que una persona llegada a la madurez de su edad ande en ciertos devaneos y aventuras, lo miran mal las personas sensatas. Al tal se le moteja de *viejo verde* o de *tenorio trasnochado*. Pero las mismas personas que así juzgan, consideran que esas mismas faltas son excusables y casi plausibles en los años juveniles.

Nada se puede imaginar más disparatado.

En primer lugar, porque la juventud, más débil de voluntad y más fácilmente arrebatada por los estímulos sensitivos y pasionales, necesitaría que la sociedad ambiente la ayudara con más eficacia a andar por el recto camino, con una influencia casi pedagógica. Y, en vez de esto, la empuja suavemente al mal con esas máximas disparatadas.

En segundo lugar, las faltas que en otra edad no tie-

nen más transcendencia que su propia torpeza moral, en la juventud pueden desviar de su cauce toda una vida.

Es verdad que las calaveradas de un señor maduro (física, no moralmente), le ponen en evidencia cuanto más eminente es su posición social. Y, si lesionan intereses creados, levantan a veces tempestades ruidosas. Pero, en realidad, esos riesgos, sensibles para el mismo sujeto, disminuyen la probabilidad de sus extravíos; y, en todo caso, no estorban que ese hombre, desaconsejado en su vejez, haya hecho lo que ha hecho en la vida.

En un joven no concurren esos peligros de consecuencias sensibles e inmediatas; y, en cambio, frecuentemente se agosta, de un modo irremediable, una vida, un talento, un porvenir.

Se destruyen cosas que no son, aunque tal vez hubieran sido muy grandes. Por eso no se duele de ello el mundo miope. Pero el daño no deja de ser muy real. Ese joven a quien sus cualidades llamaban a desempeñar un importante papel en la vida de su familia, de su patria, y acaso de la Humanidad universal, se eclipsa y queda estéril; se malogra y va al montón de los innominados y, por eso, no llorados. Pero la pérdida no es por ello menos efectiva.

Y el mismo paciente se halla con frecuencia ante una vida, larga por su juventud, y desquiciada por sus vicios, y sin más atajo que el suicidio.

* * *

Contra lo que, disparatadamente, piensa el mundo, las virtudes y los vicios de los jóvenes tienen una transcendencia inmensamente mayor que los de los hombres maduros. Pues éstos ya son lo que han de ser, ya han

dado casi todo lo que han de dar. Al paso que los jóvenes tienen todavía su vida en potencia; la tienen encerrada en su pecho, y con sus virtudes o sus vicios han de resolver si será fecunda o estéril, beneficiosa o funesta.

La verdad pediría, pues, que se presentara constantemente a los ojos de los jóvenes esta transcendencia de sus actos. Y, contra lo que debería ser, el espíritu mundano no cree nunca haber mostrado bastante indulgencia con sus vicios y devaneos.

En una materia de las más livianas: la pereza, la ociosidad, es de tanto menor inconveniente cuanto la edad es más avanzada. Y en realidad, la ancianidad tiene derecho al descanso y aun al ocio: a gozar tranquilamente, después de una vida laboriosa, los días que la Providencia le da como por añadidura.

Al contrario: la sola pereza y ociosidad es, en la juventud, una maldición bastante para labrar la infelicidad de los individuos y de las familias, y la decadencia de las sociedades.

Pensad en cada uno de los hombres grandes que, a fuerza de ímprobo trabajo y constancia, lograron enriquecer la ciencia con nuevos descubrimientos, la industria con nuevos inventos, el arte con obras maestras, e imaginad por un momento que, en su mocedad, se hubieran dejado persuadir por los blandos halagos de la pereza. Sin duda, ni la ciencia que cultivaron hubiera progresado, ni la industria a que se dedicaron hubiera prosperado, ni las artes a que consagraron su vida hubieran producido esas creaciones que hoy ilustran su nombres.

Un Tomás de Aquino perezoso no hubiera compuesto la Suma, un Newton haragán no hubiera hallado su famoso binomio, un Berzelius dormilento no hubiera hecho pro-

gresar el análisis químico; un Miguel Angel bohemio no hubiera pintado la Sixtina; etc., etc..

Al contrario; poned que alguno de esos claros varones, o todos ellos, llegados a la vejez hubieran emperezado en sus estudios; que Newton se hubiera cansado de sus cálculos, y Buonarrotti, de pintar boca arriba llenando sus barbas de pintura, como dice que le ocurría cuando decoraba la bóveda de la Sixtina. Esta pereza tardía no les hubiera impedido dar un impulso a sus artes o ciencias; como no se lo impidió a Rafael de Urbino el haber muerto a los 37 años, ni a Tomás de Aquino el haber fallecido a los 48.

En realidad muchos hombres se inmortalizaron sin llegar a la ancianidad, por haber la muerte cortado prematuramente el hilo de su vida; pero los que malograron su juventud, aunque hayan vivido ochenta o más años, no han podido en esa prolija edad reconstruir una vida agostada irremediabilmente por los desórdenes juveniles.

* * *

Fijemos la atención, aunque con la reserva necesaria, en la materia más delicada en que suelen hallar estúpida indulgencia los vicios de la juventud.

¿Cuántos centenares y millares de jóvenes hay que, por los desarreglos sensuales, contraen enfermedades repugnantes y agostan en flor la vida que comenzaban? ¿De qué les sirve a los tales enmendarse luego escarmentados, y a fuerza de medicinas y régimen, prolongar una vida estéril y llena de vergonzosas lacras? Su tardía mudanza ¿les volverá jamás la entereza de la salud, la

fecundidad física y moral; la aptitud para ser troncos de una familia sana y numerosa?

¿Cuánto menor mal hubiera sido que, habiendo llevado una juventud moral, después de haberse formado una familia honesta; después de haber dado a la Patria hijos robustos y hermosas hijas; ya en avanzada edad, — cuando podían morir sin perjuicio de nadie —, hubieran tenido esas caídas torpes? A la verdad, tales aberraciones hubieran deshonrado sus canas; pero no hubieran causado a la familia y a la patria los daños irremediables que le acarrea una juventud disipada.

Si el gusano roe el capullo o la raicilla de una planta tierna, la priva de todo su vigor y de toda posibilidad de fructificar. Mas los gusanos que pululan en un árbol viejo, no impiden que haya dado durante muchos años frutos abundantes y saludables.

¿Es que abogamos nosotros por la licencia de la vejez? ¿Es que excusamos en los viejos las torpezas y liviandades que condenamos en los jóvenes? De ninguna manera. Pero sí ponemos ante los ojos menos clarividentes, que los pecados de la juventud tienen, si no mayor torpeza, transcendencia incomparablemente mayor que los de la edad avanzada; y, por ende, es una locura, una insensatez perniciosa, abogar por los *derechos de la juventud*, incluyendo entre ellos el de perder los años más preciosos de la vida, el de entregarse a los juegos y pasatiempos inútiles, cuando era hora de atesorar para el porvenir; y, sobre todo, el poner en contingencia, con las liviandades, todo el decurso de su vida física, moral y social. Si alguien pudiera tener *derecho* a esas cosas, que son pecaminosas en todas las edades, antes lo tendrían los viejos que los jóvenes; pues los

primeros, ni pueden aprovechar ya mucho, ni menos dañar mucho; mientras que, en los segundos, está toda la esperanza de la familia y de la sociedad.

Además, y como consecuencia de lo mismo, los pecados de la vejez se curan con la penitencia; con el arrepentimiento; porque apenas dañan más que al que los hizo. Al paso que, para los pecados juveniles que esterilizan toda una vida, el arrepentimiento, útil siempre para lograr la misericordia divina, de nada sirve para remediar los daños inferidos a la familia y a la Patria.

* * *

Esa laxitud de juicio de los mundanos, cuando se trata de las faltas juveniles, es origen de toda esa innumerable grey de hombres desorientados en su edad viril porque perdieron la mocedad en la holganza, en los deportes y juegos, convertidos, de recreación del trabajo, que es lo que deben ser, en ocupación de una vida juglaresca.

De ella nacen tantas ruinas económicas de los individuos y familias que no cobraron en la edad plástica los hábitos y habilidades de trabajo, la costumbre de la economía y la severidad austera de la vida.

En una palabra; son pocas las ruinas morales y sociales cuya raíz no se pueda descubrir fácilmente en la mala dirección de los años juveniles; por lo cual, el mostrarse indulgente con esos desórdenes, es sembrar la más acerba mies de dolores y vergüenzas para un largo porvenir.

Aun antes del Evangelio, percibieron esto algunos hombres prudentes, y lo simbolizaron en el mito de

Hércules, al cual se mostraron, cuando joven, la Voluptuosidad y la Virtud; aquélla invitándole a una vida regalada, ésta señalándole el camino áspero de la gloria. Hércules se decidió por el segundo; pero fué menester que esta elección la hiciera en la mocedad.

* * *

El espíritu mundano, que siempre fué insensatamente complaciente con ciertos vicios juveniles, lo es ahora de una manera especial con la *indocilidad* de los jóvenes y la *frivolidad* de las muchachas; sin ver, en su ceguedad, que estos dos defectos son los más a propósito para destruir la juventud y la vida toda.

La docilidad, según atinadamente declara Santo Tomás, es una de las partes de la prudencia. El que es prudente, aprende de buena gana lo que ignora, de aquellos que lo saben; y esto es ser dócil. *Docilis*, el que se deja enseñar.

Ahora bien; la prudencia ha de estribar, o en la experiencia propia, o en la ajena. El anciano, que ha vivido mucho y, por el mismo caso, ha cobrado experiencia de las cosas y de los hombres, puede generalmente guiarse por las lecciones de su propia experiencia.

Más el joven, cualquiera que sea su talento, no es posible que tenga experiencia, pues le falta tiempo de vivir para haberla adquirido. Necesita, por ende, guiarse por la experiencia ajena. Más ¿cómo se apropiará esa experiencia? Sólo puede apropiársela por la *docilidad* con que oye las lecciones y consejos de los que en la edad le preceden.

Ahora bien; el espíritu moderno se pronuncia pre-

eisamente contra esa docilidad ya de suyo difícil para la petulancia de los jóvenes; los cuales, con el optimismo de su inexperiencia, y el atrevimiento de su sangre que hierve con la mocedad; miran a los viejos como apocados y anticuados, si ya no como *inadaptados* (es concepto y frase moderna) a los progresos de la época actual.

Es notable que, en las antiguas concepciones de los pueblos, se miraba lo antiguo como algo respetable y superior. Y como los ancianos participan algo de la antigüedad, se recomendaban al respeto de la juventud, que enfrenaba con esto su juvenil petulancia.

La mentalidad moderna ha trocado su orientación. El transformismo, el darwinismo, el evolucionismo, consideran que todos los seres, por lo menos los vivientes, y particularmente la Humanidad, se mueven hacia adelante, en sentido progresivo, en dirección a algo *mejor* que lo pasado.

De ahí ha nacido la exageración de la juvenil osadía; pues, naturalmente, los jóvenes son más modernos que sus padres, y así se consideran como más progresivos, como más próximos a ese tipo del *superhombre* que por momentos va a aparecer.

Aquella frase petulantísima que la Sagrada Escritura refiere de Roboam, hijo de Salomón: "Mi dedo meñique es más grueso que la espalda de mi padre", pudiera expresar la persuasión común de muchos jóvenes, llenos actualmente de este espíritu mundano y moderno.

Los viejos nada saben; están apegados como lapas a sus antiguallas; no hay que hacer caso de sus tímidas advertencias. La juventud se ha de lanzar con alientos optimistas por los caminos del porvenir. Por eso, nada de pedir consejo; nada de consultar la experiencia de las

canas, y, más generalmente, nada de estudiar, nada de aprender una ciencia hecha, tradicional. "El progreso ha de venir de lo desconocido" y eso no se aprende; se descubre y conquista.

* * *

A estas ideas generales, ya de suyo disparatadas, se agrega una verdadera locura, que repetidas veces hemos hallado aún en personas que ya no eran jóvenes: la persuasión de que el porvenir brillante pertenece, no a los jóvenes estudiosos, sino a los alocados; no a los sensatos, sino a los traviosos; no a los *empollones*, como se llama a los 'asiduos en el trabajo, sino a los gandules, a los improvisadores, a los osados.

De nada sirve que la experiencia muestre lo contrario: que la mayor parte de los hombres eminentes en todos los ramos fueron desde su juventud laboriosos, algunos con tenacidad heroica. Ocurre aquí como en el *curanderismo*, donde una cura, hecha a pesar (que no por virtud) de las recetas de los charlatanes, basta para despertar la fe ciega de las masas, que desconfían sistemáticamente de la ciencia médica.

Se señalan algunos ejemplos de personas que fueron en su mocedad malos estudiantes y luego se han abierto paso en la vida y han llegado a las cumbres del poder y de la opulencia. Y esto basta para erigir en axioma indudable, que cuanto un mocito es más travieso, holgazan y alocado, tanto mayores esperanzas da de un lisonjero porvenir.

No importa que se señalen causas satisfactorias de esos casos aislados; que se haga ver que la desidia de

algunos chicos listos provino de la mala organización de los estudios donde se los tuvo como galeotes atados a un remo. No importa que se trate de un número tan reducido de ejemplos, que baste a explicarlos el albur, por el factor aleatorio que hay siempre en eso que se llama la fortuna de los hombres. Acaso ciertos encumbramientos tienen raíces harto visibles, no en el talento, sino en la inmoralidad, en la falta de conciencia con que un individuo se ha prestado a servir de instrumento a la injusticia. No le hace; se quitan los ojos de todas esas cosas, y se toma por banderín la tesis halagüeña de que para asegurarse un porvenir brillante, no hay mejor camino que la osada ignorancia, ni senda más áspera e insegura que la aplicación y docilidad a las enseñanzas de los mayores.

Apenas se puede ponderar bastante cuántas cabezas juveniles descarría este criterio disparatado del mundo moderno. Pero aquí nos limitamos a indicar esto de que estábamos tratando: que se tiene una connivencia irracional con las travesuras y vicios de los jóvenes; aun con aquellos que son más a propósito para desconcertar su educación y esterilizar y hacer infeliz toda su vida.

Esto, por lo que mira al sexo masculino.

* * *

En lo que toca al femenino, se es más exigente en lo que se suele llamar, en un sentido estrecho, *moralidad*; pero, en cambio, se considera como derecho de las jóvenes la frivolidad. Una cabecita de dieciocho o veinte años, sobre todo si es bonita, parece que tiene derecho a ser una pajarera. No obstante, este es otro disparate tan craso como el que acabamos de considerar.

Todo hombre que no está rematadamente loco, y que además no ha perdido la vergüenza; desea para sí una mujer pura; y por eso se muestra intolerante con los deslices de las doncellas. Pero todo hombre cuerdo desea asimismo una mujer hacendosa; una mujer fuerte, que pueda ser reina de un hogar feliz y educadora de sus hijos. Y ¿quién no ve que se opone a eso diametralmente la frivolidad concedida a las jóvenes?

El mismo espíritu mundano que reconoce como derechos de los jóvenes la travesura con que quebrantan el orden, la petulancia con que se anteponen a los viejos, la liviandad con que comprometen su salud y manchan su alma; reconoce como derechos de las jóvenes el pasar una buena parte de su tiempo en el tocador, y el resto en visiteos, paseos y conversaciones frívolas.

Quédese la severa disciplina, si acaso, para el colegio. Pero, en saliendo de él, una joven tiene derecho para no pensar más que en divertirse y ataviarse para *pescar* un novio. Y luego de *pescado* y constituido el vínculo conyugal por la bendición de la Iglesia ¿se espera que esa joven mundana se trocará por arte de encantamiento en una hacendosa ama de casa, esposa abnegada y madre solícita y prudente?

Grande es la eficacia del sacramento del matrimonio y muchas las gracias de que provee a los consortes para vivir santamente en el estado en que por él entran. Pero la gracia suele edificarse sobre la naturaleza; y será maravilla que de la soltera frívola no salga una de esas esposas y madres que son la infelicidad de su hogar y la maldición de su familia.

A estas locas máximas del mundo sobre los derechos de la juventud, opone el Evangelio su moral inflexible. Esa moral que no transige con los caprichos juveniles, ni con las vanidades femeninas. La moral de los "*limpios de corazón*" a los cuales se promete la vista de Dios: la vista cara a cara en el Cielo, y la clara inteligencia de sus caminos en la tierra.

Donde no hay limpieza de corazón, pureza de conciencia, ni siquiera las potencias naturales desempeñarán debidamente sus oficios. A través del medio turbio de la sensualidad agitada por las pasiones, la inteligencia no razonará serenamente ni acertará a distinguir el camino de la felicidad y de la vida.



VIII

La tramoya mundana

El primero de los preceptos del Decálogo, tal como lo promulgó Dios por medio de Moisés en las cumbres del Sinaí, insiste en prohibir la adoración de toda otra deidad que la de Jehová.

“Yo, dice, soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No harás para ti obra de escultura (ídolo) ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni les darás culto. Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celador, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen, y que hago misericordia sobre millares con los que me aman y guardan mis preceptos” (Ex. XX).

Todo este prolijo enunciado se simplificó, en el Catecismo cristiano que aprendimos en nuestra niñez, con esta breve fórmula: “Amarás a Dios sobre todas las cosas.”

Ya había pasado todo peligro de idolatría; toda adoración de ídolos de escultura y de figuras de los astros o planetas que están en el cielo, o de los animales de la tierra, o de los peces del mar. Por eso la Iglesia católica

se tenía por dispensada de insistir en la prohibición, y prefería la forma positiva que inculca el amor de Dios y su culto.

Con todo eso; en el Catecismo de Emilia, que llamamos de Pío X por haberlo este Papa impuesto a toda Italia, se ha vuelto a decir, al enunciar el primer mandamiento: "Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otro dios más que a mí."

¿Es que teme la Iglesia un nuevo resurgir de la idolatría o del politeísmo?

En realidad, el mundo ha sido siempre politeísta e idólatra, porque el espíritu mundano continúa inspirando a sus secuaces aquella falaz promesa del primer tentador: *eritis sicut dii*; seréis como dioses!...

Los grandes del mundo aspiran a la *deidad*, y sus abyectos súbditos se abaten a ofrecerles incienso como a dioses. Verdad es que semejante culto no se funda en verdadera fe. Ni los *dioses* llegan a persuadirse de que lo son, ni los que les tributan adoraciones se persuaden lealmente de su divinidad. Estos hacen como los paganos, sobre todo de Roma; que estipulaban con sus dioses el precio de sus adoraciones. "Te adoraré, oh Mercurio, si me procuras una bolsa repleta". Por su parte, las *deidades* abrigan las más serias dudas sobre su legitimidad, y proceden, más o menos conscientemente, como personajes de tramoya.

Este es uno de los más esenciales caracteres del mundo: que se funda en pura ficción y mentira; que nadie cree y todos fingen creer... por la cuenta que les tiene.

* * *

Podríase escribir un libro curioso sobre el *culto* de los

déspotas orientales. A pesar de toda su ridiculez, el mismísimo Alejandro se dejó embriagar por aquel incienso, y, con gran disgusto de sus compañeros de armas helenos, se rodeó de la pompa de aquellos soberanos.

Pero sobre todo es curiosa la invasión de aquel culto, incompatible con la *verdad* cristiana, en el imperio de Bizancio, fundado cabalmente por el primero de los Emperadores que dió paz y dominación a la Iglesia de Jesucristo.

El *pretexto* que había seducido a Alejandro Magno, de que era menester imponerse con esas demostraciones fastuosas a los pueblos de Oriente, persuadió a los emperadores bizantinos; los cuales se rodearon de una verdadera *liturgia*, tanto más ridícula cuanto aquellos monarcas, divinizados hoy, solían acabar mañana a manos de los pretorianos, o destronados por un usurpador. El que ayer les doblaba la rodilla y los incensaba como dioses, hoy los arrojaba del trono y los sumía en un calabozo o les hacía sacar los ojos; y el dios de ayer quedaba sumido mañana en la mayor de las humanas miserias.

El emperador Constantino Porfirogeneta nos dejó en su Libro de las ceremonias una descripción que sería inverosímil si no procediera de autor tan competente. En la recepción de un embajador se hacía pasar a éste por una larga serie de salas magníficas, cuyo esplendor le deslumbrara y dispusiera su ánimo para comparecer ante la majestad imperial en la *magnaaura* o el triclinio dorado.

Allí estaba el emperador en un trono de oro sostenido por leones dorados que se levantaban elevando todo el solio, detrás del cual se extendía una vegetación de oro, con pájaros de vivos colores, que en el momento oportuno agitaban las alas y dejaban oír melodiosos cantos, mien-

tras los susodichos leones daban temerosos rugidos. Un coro oculto, acompañado por el órgano, entonaba himnos de loor al César, a quien se ofrecía incienso y ante el cual se prosternaban los recién llegados. Todo este aparato y tramoya era menester para encubrir la debilidad de aquella dominación ruinosa y amenazada de continuo por las armas de los bárbaros y por el puñal de los asesinos domésticos.

* * *

El Occidente, más empapado del espíritu cristiano y con más sencillas costumbres, recibidas de los germanos, resistió algunos siglos a este espíritu de mundana idolatría. Pero cuando la Iglesia sucumbió en su resistencia contra el absolutismo cesarista, se vio también aquí una tramoya de majestad y culto idolátrico, no menos ridículos, aunque de diferente forma.

Luis XIV, en quien llega a su apogeo el absolutismo moderno, instituyó una liturgia de la majestad real, cuyas complicadas y aparatosas ceremonias tenían por objeto esconder la debilidad y bajeza del muñeco humano que se ofrecía a la adoración de los vasallos entre tantas púrpuras, armiños y encajes.

Las acciones más sencillas de la vida del soberano, como el levantarse de la cama o meterse en ella, se rodeaban de un ceremonial, desplegado en magníficos salones y con asistencia de numerosa comitiva formada por las personas más nobles o conspicuas, que hacían aquéllas muy parecidas a los ritos que la Iglesia usa en sus más venerandas solemnidades.

Estaba establecido, y se cumplía puntualísimamente, qué dignatario había de ofrecer la camisa al rey, quién

había de sostenerla por la manga derecha y quién por la otra; quién le debía quitar las pantuflas y quién calzarle las botas, y quién y cómo debía acomodarle las bragas, etcétera, etc.

Y en todo esto, además de pura tramoya, había ficción y mentira; pues el *levantarse* del rey requería con frecuencia un previo acostarse ficticio del que había pasado la noche en sus galantes aventuras.

El vendabal de la Revolución, que arrasó los tronos y derribó todas aquellas viejas ficciones, no acabó con la tramoya de la realeza; pues el usurpador que se llamó Napoleón I volvió a establecer un culto de su ilegítima majestad, no menos teatral que el de los monarcas anteriores.

* * *

Una cosa tuvo el buen sentido de no restablecer, que da carácter a la tramoya del antiguo régimen: el uso de las *pelucas*.

Sospecho que de esta invención ridícula, inverosímil, si no la atestiguaran los monumentos de las artes, debió tener la culpa el bueno de Homero, con aquella su descripción de la cabellera poderosa de Júpiter, cuyo estremecimiento hacía retemblar el inmenso Olimpo.

Cuando Luis XIV llegó al apogeo de su poder real, estaban en boga los estudios clásicos y Homero andaba en manos de los eruditos de la corte, y los inmortales versos en que describe la cabellera de Jove y el temblor del Olimpo producido por su sacudimiento, debían sugerir la imagen de una cabeza soberana con bucles semejantes a los del Júpiter de Otricoli, que parece haber inspirado las pelucas de Luis XIV.

Verosímilmente, esa imagen pagana de un dios de la gentilidad asoció a la peluca la idea de soberanía y poderío y luego la de jurisdicción... Ello es que, durante *dos siglos*, no se concibió un magistrado, un juez, un gobernante, sin una armazón de alambre en la cabeza, para sostener la enorme peluca de rizos o de pelo lacio o de cáñamo... ¡A tales ridiculeces llega el hombrecillo a fuerza de empinarse sobre las puntas de sus pies, para añadir (contra la sentencia del Evangelio) un codo a su estatura!

Cuando, ya expirando el siglo XVIII, Jovellanos se atrevió a sentarse sin pelucas en un tribunal, creyeron muchos que asestaba a la *autoridad judicial* un golpe casi tan terrible como los que por entonces asestó la Revolución a la autoridad de los reyes. Fué menester que Europa viera un rey sin cabeza (cercenada ésta por la guillotina) para que concibiera la posibilidad de un monarca sin peluca.

* * *

Pero no nos envanezcamos de haber nacido en una edad en que ya no se ven pelucas sino en las cada día más raras onzas de oro; pues todavía sobrevive otra no menos absurda *excrecencia* de la mundana vanidad e idolatría, herencia asimismo del bizantinismo: tal es la de los títulos y tratamientos.

Ni en Grecia, ni en Roma se tuvo idea de cosa semejante. No hubo más títulos que las magistraturas, ni más tratamiento que el de *tú*, o, si acaso, el de *ciudadano*. *Civis romanus sum*, soy ciudadano romano, era la alegación que garantizaba los derechos y dignidad personal en el mundo antiguo. El que había ejercido el oficio de cónsul, era en Roma *vir consularis*, varón consular.

Fué menester la decadencia del bizantinismo para traer aquella multitud de títulos pomposos. Al de *dux*, que significó general de un ejército, se añadió la *grandeza* y hubo en Constantinopla *mega-ducas*; y se añadieron títulos, de los cuales es el más chusco el de *serenísimo*, dado a príncipes que conocieron todas las ventajas del mando menos la *serenidad*.

Con los títulos ocurre como con todas las cosas que no tienen intrínseco valor; que el uso y la abundancia los hacen despreciables.

Del latín *dominus*, señor, se hizo la abreviatura *don*, que se dió sólo a los poseedores de señoríos. Y, todavía en tiempo de Cervantes, pareció pretensión exagerada para un hidalgo usar el título de don, que hoy se pone en el sobre de todas las cartas sin distinción de dignidad.

El tratamiento de vuestra merced, abreviado en usarced y finalmente en usted, ha bajado, desde la nobleza, al vulgo más ínfimo, convirtiéndose en tratamiento común de los que no se tutean.

Y por el mismo camino van los títulos más elevados, cuyo valor etimológico discrepa con frecuencia rudamente del valor usual.

Hoy, en España, ya nadie hace caso de otro tratamiento que el de *excelentísimo*, y éste se prodiga de manera, que pronto ocurrirá como en Portugal, donde es equivalente a nuestro don o usted.

Pues ¿qué cosa más ridícula puede haber que llamar *ilustre* a un chupatinteros, *ilustrísimo* a un covachuelista, y *excelentísimo* a cualquiera de los muchos que llevan en el pecho la cruz que debían llevar en las espaldas?

Cierto, creo que la etimología popular (que dicen los filólogos modernos) debe asociar los títulos de ilustre e

ilustrísimo con el substantivo *lustre*, más que con su verdadero origen de *ilustrar*, esclarecer o iluminar.

Todavía es esto más absurdo cuando estos títulos se transmiten por herencia; y el dègenerado y enteco vástago de una familia ilustre, nace excelentísimo, aunque, si se hubiera de calificar sin convencionalismos, a nadie se le ocurriría llamarle sino infeliz, mísero, ridículo y digno de compasión.

Esta es la mentira teatral, la tramoya grotesca del teatro, del mundo, donde se ofrecen a los ojos palacios dorados y jardines frondosos y encantados lagos; pero, si se mira desde el otro lado del proscenio, no se halla sino telas viejas cubiertas de manchas de pintura repartidas a brochazos.

* * *

Pero esta mentira y tramoya no se limita a las esferas políticas y a las exterioridades ciudadanas que con ellas se relacionan, sino que penetra en toda la vida humana y la envenena y falsea, haciendo que el mundo *no pueda* recibir el espíritu de verdad.

A la mentira de los títulos, sigue la mentira de la riqueza.

Por un contrasentido a primera faz incomprensible, para obtener el favor pecuniario del mundo hay que *aparecer* rico. Esta ley absurda constituye un problema y una fuente de dificultades y amarguras para la parte mejor de la juventud que llega a la vida social.

Un joven ha terminado brillantemente su carrera de médico o abogado. Llega a la práctica de su profesión armado con una preparación sólida y una fe sincera. No

le basta. Es menester que ponga con el mayor lujo posible su gabinete de consulta o su bufete de abogado. Si no lo hace así, está perdido. El que lo hace, aunque carezca de preparación científica y de honradez profesional, es casi seguro que triunfará, mientras el desprovisto de medios para desplegar esa farsa de la profesión, tendrá que retirarse derrotado.

Pero ¿por qué el enfermo que necesita un médico hábil; el cliente que necesita un abogado experto, no se van tras el que lo es, en vez de precipitarse neciamente en las redes del charlatán aparatoso? Pues porque el mundo es necio y es menester hablarle *en necio* para que entienda.

— El Dr. Fulánez tiene una clínica lujosa. Da gusto entrar en su sala de espera adornada de cómodos divanes y servida por atentos criados con librea. Todo eso denuncia una gran clientela de personas ricas; y cuando esa clientela acude al Dr. Fulánez sus motivos tendrá. “Algo tiene el agua cuando la bendicen”. Y “¿adónde vas, Vicente? Adonde va la gente”.

Ya podrá ser que un amigo oficioso nos haya recomendado al Dr. Zutánez, joven sobresaliente y hábil. Pero ¿dónde nos hemos metido? Un despacho en un cuarto piso. Abre la puerta una mujer anciana; probablemente la madre del doctor. Salita mezquina de espera. Consultorio solitario. Evidentemente, se trata de un *aprendiz*. No es posible fiarle una cosa tan preciosa como la salud.

De esta manera, innumerables charlatanes alcanzan, con la tramoya comprada con dinero, una clientela distinguida que aumenta su caudal, mientras los hombres de mérito viven olvidados en sus mezquinas bohardillas.

Un médico de éstos de mucha ciencia y poca fortuna, tuvo un criado audaz, que con un poco de práctica y un barniz de estudios, logró establecerse como médico y se llevó de calle la clientela, mientras su viejo amo vegetaba en la obscuridad, esperando entre sus libros al cliente que no venía.

Admirado el amo por la fama que pregonaba las maravillosas curas del criado, halló cierto día a éste y le dijo: — ¿Cómo es posible que hayas hecho tal clientela y fortuna, con la preparación que tienes?

Hallábanse los dos en una gran plaza, llena de gente, y contestó el antiguo criado a su amo: — ¿Cuántos hombres prudentes piensa usted que podrá haber entre esta numerosa multitud que nos rodea? — Media docena o menos, — dijo el amo —. Pues, bien, — repuso risueño el flamante doctor —, esa media docena son la clientela de usted y todos los demás forman la mía!

Claro está que la razón de ello es, que el número de los necios es infinito. Pero esos necios proceden todavía más neciamente, deslumbrados por la tramoya del mundo.

Las alondras se cazan con espejuelos giratorios; y los necios, con el espejismo de las riquezas reales o aparentes, y con el torbellino del reclamo que, a tanto la línea o la palabra, encomia y pone sobre las nubes a los que pagan el anuncio; el cual lee el público bolonio, sin acordarse (aunque no lo ignora) que todos esos reclamos son pagados y, por ende, falaces e interesados.

* * *

Pero no siempre se limita la farsa al reclamo dirigido en diversísimas formas al público en general. También cuando se trata de personas en particular es ley del mun-

do mentir de la manera más descarada, pintando a cada cual, no como es, sino como hace al caso; fingiendo amistad en presencia al mismo a quien se despelleja en ausencia; estableciendo explícita o tácitamente una interesada sociedad de auxilios mutuos, y guiándose siempre por la utilidad personal, y casi nunca por el mérito objetivo.

El mundo, que no puede recibir el espíritu de verdad, no se rige nunca por la verdad, sino por la *conveniencia*. ¿Le conviene que una persona brille?, hacia ella enfoca todos los reflectores de la lisonja, del elogio bombástico, de la ponderación hiperbólica. ¿Le conviene *suprimir* a una persona molesta?, la *omite* sencillamente con el sistemático silencio, o la desuella con la detracción y el sarcasmo.

Este criterio, constantemente seguido, llega a formar entre los mundanos ciertas comanditas, revestidas a veces con el carácter de corporación.

En una *academia*, vgr., se conocen perfectamente todos los miembros de ella, y están perfectamente convencidos de su completa ineptitud. De puertas adentro, la confiesan y cada cual se burla donosísimamente de la inepticia de los demás. Pero suponed que un *profano* se permite una parte mínima de esos comentarios acerca de cualquiera *académico*. Entonces todos se rasgan las vestiduras con grande aparato de indignación. El honor de cada académico es el honor de la academia, y hay que defenderlo a todo trance. ¿A qué se reduciría, si no el brillo que a mi persona añade el título de académico?

— Pero, entonces, ¿por qué usted, académico, zahiere a sus colegas y cuenta de ellos en su círculo íntimo cosas tan chuseas y poco edificantes? — ¡Ah, es que en ese círcu-

lo se trata de don Fulano! Pero fuera de él se trata del señor académico; y a éste hay que defenderle a todo trance, por más que *cada uno* de los que lo son sea un pobre diablo.

Esta farándula, de que hemos puesto ejemplo en una academia (sin aludir en particular a ninguna) existe en todo círculo o agrupación mundana. En todas ellas es impreseindible la ficción y el *aparato escénico*. Quien lo desbarata; quien sale a la calle "sin peluca" echa por tierra el honor corporativo y "hace imposible la vida de corporación", como me dijo en una ocasión memorable un buen señor, prototipo de esos cómicos inconscientes, aunque muy poseídos de su papel.

* * *

¿Qué se diría de un cómico que, representando con su mujer un papel trágico, se olvidara de la solemnidad del coturno y usara con su consorte modales burgueses? ¿No sería esto horrible? ¿No se hundiría el teatro con la silba?

Y si alguno fuera tan inocente que excusara al actor, con que su proceder nada tenía de *inmoral*, sería mofado y escarnecido, como ignorante de las leyes de la escena, donde Otelo ha de enfurecerse hasta matar a Desdémona, siquiera sean los más avenidos consortes, cuya dicha nunca fué turbada por la más leve nube de celos.

En casa como en casa, y en el teatro como en el teatro. Claro está. Y el mundo es un teatro de la tramoya más convencional, donde apenas se llega a producir la ilusión de la escena, si no es por ventura en algunos paletos enteramente ignorantes de la naturaleza del espectáculo.

Sólo quien la conoce a fondo puede escuchar, sin lla-

marse a engaño, las peroratas de los políticos que declaran la necesidad que tiene de ellos el país para labrar su dicha; los elogios que se prodigan a los dignatarios o millonarios, es decir, a los que tienen algo que dar, ponderando sus talentos y virtudes, en que no cree nadie, y menos que nadie los que los encomian con tales ditirambos, etc., etc.

¡Comedia, tramoya, farsa...! Pero en la farsa hay siempre algo de verdad. Lo que importa es conocerla para saber lo que hay al otro lado de la luna, ya que verlo no sea posible.

* * *

¿Cuál es esa verdad de la farsa? No penséis que voy a disertar aquí sobre la *verdad poética*. La verdad de la farsa es que los farsantes han de vivir; que han de mantener a su mujer e hijos... Que oyen dentro de sí el clamor de aquel tirano a quien llama Homero *gaster oloos*; el imperioso estómago, el estómago exicial; el vientre que no sufre dilaciones, como decían los juristas bárbaros.

Toda esa farsa del mundo, desde el ceremonial cortesano hasta la mentira parlamentaria, desde la adulación áulica hasta las "cortesés y hambrientas razones" de los descendientes de Sancho; se reduce a este común denominador, a este objeto formal, como dicen los escolásticos: a procurar la satisfacción de las concupiscencias que redujo a tres el Discípulo amado: la concupiscencia de los ojos o la avaricia; la concupiscencia de la carne o la liviandad; y la soberbia de la vida, que es el conato de encaramarse sobre grandes zancos, para darse a entender que se es de gigantesca estatura.

“Porque lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; lo cual no procede del Padre (de Dios) sino del mundo”. (I. Joan, II, 16).

Mas todo cuanto tiene ser procede de Dios, del Padre celestial, aunque sea el más mínimo microbio, el más insignificante átomo. ¿Qué es, pues, eso que constituye el mundo; qué es todo lo que en él hay, y que no procede del Padre, Autor de todo cuanto existe?

Precisamente, es nada, vana apariencia, fuego fatuo, luz errante, burbuja de jabón que brilla un instante y revienta y se deshace en un momento. Pura farsa y tramoya; comedia que ojalá no termine en tragedia.

* * *

Pero conocido y convenido que el mundo es comedia, y, por contera, mala; que sus pompas son pura tramoya y artificio escénico; que sus personajes no hablan la verdad de lo que sienten, sino lo *convenido* según sus papeles; ofrécese un problema arduo: ¿cuál ha de ser la actitud del cristiano ante esa farsa? ¿Habrá de tomar parte en la danza, o retirarse modestamente diciendo: Yo no bailo; o finalmente, se habrá de entrar por entre los danzantes y representantes llamando a Otelo, Pérez y a Desdémona, Lola?

Este problema sería acaso enteramente insoluble, si no hubieran ido delante con varias soluciones Jesucristo y los grandes santos a quienes suscitó para luz de su Iglesia y guías de las almas.

Los antiguos filósofos no hallaron más solución que “salirse del corro”, menospreciando al mundo, ya para

vivir en un tonel, como Diógenes, o en un desierto. Elijiendo aquella

“senda escondida,
por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.”

Jesueristo tomó, como dicen, el toro por las astas. Habiendo venido, no a vivir para sí, sino para salvar al mundo, se metió en el mundo y le dijo la verdad: la verdad de las cosas y la verdad de los hombres. Llamó a los que representaban en el mundo el papel de santos y doctores “sepuleros blanqueados, hipócritas y raza de víboras”. ¡Y fué crucificado...!

Entre los discípulos de Cristo, unos se han acogido a la soledad, evitando el mundo con la huída. De ahí nació primero la vida anacorética y luego la vida cenobítica. Pero sólo rara vez o indirectamente el monje podía dedicarse al apostolado, y la obra de Cristo exigía una perpetua sucesión de apóstoles.

Por eso otros seguidores del Evangelio se metieron en el mundo para llevarlo a Dios. Y éstos, a su vez, adoptaron uno de estos dos caminos: o abrazaron paladinamente la *verdad* evangélica; la humildad, la pobreza y la aspe-reza exterior; todo lo que más contraría y repugna al espíritu mundano; o moderaron estas exterioridades para atraerse mejor a las gentes del mundo y llevarlas poco a poco a la verdad del Evangelio.

* * *

Entre los primeros, ocupa indiscutiblemente el primer lugar aquella alma grande y atractiva que se llamó Fran-

cisco de Asís, hecho, de joven elegante y artista, mendigo descalzo y desnudo de toda mundana apariencia; despojado de todo título de honor, llamando *hermanos* a todos los hombres y aun a los vivientes irracionales y seres inanimados; siguiendo a la letra aquellas enseñanzas del Evangelio, que nos prohíben llamar a nadie o ser llamados Padre o Maestro, o llevar dos túnicas, o dinero para el camino, etc.

San Francisco no pensó en llevar a sus discípulos a las soledades, sino antes procuró enseñar a los casados y personas atadas con las obligaciones del mundo, a resistir a su farsa, y vivir en él sin ser de él. Tal fué el objetivo de su Orden Tercera a la cual pertenecieron reyes y magnates, como negociantes y burgueses.

Pero el nombre de *fraile* (*fratello*, hermanito) fué perdiendo su primitiva significación; parte por la envidia de los herejes, y parte tal vez por haber decaído de aquella oposición al espíritu del mundo, admitiendô títulos de maestro y doctor, y tratamientos de reverencia y dignidades, y aflojando en la austeridad que oponía un perpetuo mentís a los principios del mundo.

* * *

Entonces se manifestó en la Iglesia la última forma de la vida monástica, que se acomoda más en lo exterior a las formas usadas por el mundo, para “entrar con el mundo y llevarlo a Cristo”, que es la fórmula de San Ignacio y de los otros fundadores de Ordenes modernas.

Este es el tercer camino para resistir a la farsa mundanal, ya que no se pueda desbaratarla enteramente: representar el cristiano su papel en la escena del mundo, sin dejarse contagiar en lo más mínimo por su espíritu.

La dificultad de este camino es tan grande como su excelencia.

Es muy excelente, porque reúne al espíritu cristiano el celo apostólico en su forma más eficaz. Pero es no menos peligroso, por el riesgo grande de que, entrando en el mundo, no nos dejemos arrastrar finalmente por su corriente.

Para los tales, y para todo cristiano que vive en medio del mundo, es indispensable el conocimiento hondo de la Mundología. Es necesario conocer bien en qué está la falacia de sus máximas, el aliciente de sus pompas, el embeleso de su tramoya. De lo contrario, no se podrá sacar del mar a los peces, sino anegaránse miserablemente los pescadores... Y por algo usó Cristo esta metáfora: Haréos, dice, pescadores de hombres.

Pongamos, pues, en buen hora, en el anzuelo, el cebo donde pique el mundano; la ciencia, la cultura, el esplendor de los grados académicos y aun de los títulos nobiliarios. Pero haya dentro de ese cebo un anzuelo fuertemente atado y sujeto a Cristo; para que no nos lleve a lo profundo el pez que tira de él, sino quede preso y se vea sacado del proceloso mar al aire puro de la Verdad evangélica.

San Francisco de Jerónimo de la Compañía de Jesús se metía en las calles de Nápoles donde vivían las malas mujeres, para predicarles y convertirlas y llevarlas a la penitencia y recogimiento de las arrepentidas. Claro está que este ministerio no es para cualquiera, pues exige ánimo y castidad robusta.

Así también se exige mucho espíritu de Cristo para tratar en el mundo sin desvanecerse por la farsa que en él se representa, acordándose siempre de que es apa-

riencia y no realidad, comedia y no verdad; y que al caer el telón han de dejar todos los representantes sus trajes y joyas de oropel, para aparecer cada uno el que es, y todos ellos unos pobres comediantes.



Lisonjas y desdenes

El mundo es gran manantial de unas y otros; incansable en lisonjear a sus ídolos, inagotable en menospreciar de los que desdeña; y, en lo uno y en lo otro, guiado por espíritu de egoísmo y despreciador de los que adula, no menos que de los que humilla y pisotea.

Es verdad que los hombres tienen en su misma sangre aquel apetito de divinidad que heredamos de nuestros primeros padres: *Eritis sicut dii*, ¡seréis como dioses! Y de ese apetito nace una secreta codicia de adoraciones y lisonjas. Pero me atrevo a decir que, en la Historia de la adulación, son más las iniciativas que han partido de los aduladores que de los endiosados. Y esto, naturalmente, no por la inclinación de los lisonjeros a admirar; sino por su intención de desvanecer.



El lisonjero es en el fondo un egoísta y menospreciador. No busca la exaltación del lisonjeado, sino su propio interés; y, más o menos conscientemente, desprecia a aquel a quien adula; pues le tiene por tan necio que ha de creer sus lisonjas, o por tan vano que ha de estimarlas, aun cuando no las crea.

El adulator levanta traidoramente al adulado, para hacerle perder los estribos y derribarle; por lo menos, para reducirle a hacer lo que de él pretende. La zorra alaba la voz del cuervo, para hacerle cantar y que suelte el queso. Esta es la imagen exacta de todo adulator.

Los hombres livianos lisonjean a las mujeres con exagerados piropos, para hacerles perder la cabeza y rendirlas a sus deseos. El burlador es mucho más galante que el verdadero amador. ¿Qué le importa enaltecer a la mujer a quien procura derribar? Si lo consigue, tiempo le quedará después para despreciarla y hacerle pagar cara su vanidad.

¿Quién inventó las adoraciones tributadas a los déspotas orientales? Sin duda la vil adulación que pretendía captarse su favor. Ningún hombre ha parecido jamás un dios. Cuando se lo han dicho, lo han hecho para engañarle y con la esperanza de lograrlo. Esto es; por egoísmo, y con menosprecio de su cordura; pues si le tuvieran por cuerdo, nunca pensarán que había de creer semejantes disparates.

Esta arma vil de la adulación es acaso la más usada de los mundanos, el resorte más eficaz de la Mundología, y al propio tiempo la más evidente demostración de la malicia aborrecible del mundo.

Los poderosos de toda especie, el que alcanzó el poder por la fuerza o la pericia de las armas; el que logró dominar por el dinero, y hasta el que se encumbró por la sabiduría y la virtud; experimentan el vértigo de las alturas y corren inminente riesgo de desvanecerse.

Esto lo conoce bien el mundo, y por eso dirige sus batallas contra esta parte flaca de los que se tienen por fuertes. No se limita a reconocer y respetar las verdaderas cua-

lidades que aventajan al poderoso y constituyen su poder; sino le atribuye otras de que está a veces muy ajeno, y procura embriagarle con el humo del incienso, para derribarle y someterle a su voluntad.

Al hombre enriquecido por los negocios o entronizado por la fuerza, le persuade que es sabio, virtuoso y noble. Al que ha logrado una posición eminente por sus cualidades personales, le hace imaginar una prosapia ilustre que nunca existió; y, generalmente, al que es uno de los primeros, le persuade de que es el único, y llega a tributar al hombre los honores de la divinidad.

* * *

Claro está que esto no es posible, después del Evangelio, en los mismos términos descarados en que lo fué en las religiones politeístas. Después de todo, donde eran dioses Marte y Mercurio, ¿por qué no podían serlo Nerón y Calígula, que no eran más furiosos ni más inmorales que aquellas falsas deidades?

Pero suprimidos estos delirios por el Cristianismo, todavía quedó ancho margen a la lisonja, la cual dió a entender a los reyes que eran dueños de vidas y haciendas, designados por Dios y responsables a solo Dios, que les había dado sus pueblos como al pastor sus rebaños. Todavía hubo aduladores que persuadieron a los Emperadores ungidos por los Papas, que eran soberanos de los Papas; y a los Reyes apoyados en el juramento de fidelidad a sus vasallos, que eran árbitros de las cosas civiles y religiosas; etc., etc.

Y dondequiera vive el espíritu mundano, allí nace esta mala hierba de la lisonja, sin respetar los palacios

de los prelados eclesiásticos, ni siquiera las prelacías de los monjes. Es el reptil maldito, que se desliza en todos los paraísos donde vive un hijo de Adán o una hija de Eva.

Es, pues, de inmensa importancia que todas las personas constituídas en dignidad o encumbradas por la fortuna conozcan la verdadera índole de la adulación y vivan muy alerta contra este dulce veneno.

* * *

Y, en primer lugar, cotejen severamente las lisonjas que se les dirigen con sus verdaderas cualidades, y no se persuadan fácilmente que la adulación nace de amor o admiración sincera. Antes atiendan con vigilancia, rayana en suspicacia, al interés que los lisonjeros se pueden prometer de sus lisonjas.

Entre personas *buenas* se da frecuentemente lugar al engaño de atribuir las lisonjas, ya que se llegue a reconocerlas por tales, al amor, a la reverencia sincera hacia los mayores. ¡Falacia peligrosa!; tanto más cuanto es más difícil demostrar su inanidad.

Es cierto que el amor ciega, y conduce a una forma ingenua de adulación. ¿Quién no sabe que las madres lisonjean ingenuamente a sus hijos, y más a sus predilectos, ajenísimas de egoísmo y de la malicia propia de la adulación? Y lo mismo se halla entre las personas que honesta y fervorosamente se aman. El esposo que requiebra a su esposa, no es más sospechoso de egoísmo y falacia que la madre que requiebra a su hijo predilecto.

Ya no son tan generalmente sinceras las lisonjas de las mujeres, hasta cuando se dirigen a sus maridos, de

los cuales suelen pretender con este cebo del mimo y la lisonja, la satisfacción de sus caprichos o el cumplimiento de sus voluntades. Pero no queremos entrar ahora en estos recovecos del amor conyugal.

Fuera de estos casos en que el amor es natural y evidente, hay que desconfiar mucho, aun de esta aparentemente amorosa adulación.

No se puede negar que hay criados fieles y criadas afectas a sus amos, que los lisonjean por mero cariño. Pero desconfíese generalmente de esas lisonjas, que tantas veces han sido funestas y han encubierto negras maquinaciones.

El *egoísmo* es un hecho general; el amor altruísta, sobre todo fuera de padres, hijos, esposos, es un fenómeno excepcional. Por lo tanto, la más vulgar prudencia exige *desconfiar* de la adulación; no condenando, sin más, al lisonjero como taimado traidor; pero armándose contra la *posibilidad* de una táctica interesada, aun no enteramente consciente.

Desconfíen sistemáticamente los maestros de las lisonjas de sus discípulos, los amos de las de sus criados; los prelados y gobernantes de las de sus subordinados y familiares; los ricos de las de los que esperan de ellos; los viejos de sus presuntos herederos testamentarios... *Nemo malus, nisi probetur*; a nadie hay que tener por malo si no se demuestra que lo es. Pero hay que prevenirse contra los riesgos *posibles* y comunes. Vivimos en medio de un mundo por su naturaleza misma falaz y mentiroso; y es razonable poner en cuarentena sus cosas, como las que vienen de un país apestado.

A la verdad, esta desconfianza que aconsejamos no es odiosa, pues ha de ser, en primer lugar, respecto de sí mismo. En otras palabras: contra la lisonja, la única garantía sólida es la humildad.

El alma humilde; el que conoce a fondo sus defectos, y discute severamente la bondad de sus acciones y cualidades; ése verá claramente la discrepancia entre lo que él sabe de sí y lo que le dicen los lisonjeros. Y una vez advertida la diferencia, se hallará en situación de apreciar los *motivos* de esa discrepancia, que tal vez procede de sincero engaño del lisonjero, tal vez de falacia del adulador.

Además, el humilde tiene una pauta segura para proceder con los lisonjeros; pues si reconoce que tiene en sí motivo u ocasión de la alabanza, referirá a Dios lo bueno que halla en sí; y si echa de ver que el elogio es enteramente infundado, corregirá suavemente al que yerra, o repelerá al que pretendía inducirle a error.

Ejemplo admirable de lo primero nos dió la Virgen Santísima cuando oyó aquellos divinos encomios de Santa Isabel; los cuales reconoció eran justificados, por la gracia incomparable que acababa de recibir del Señor, que se había hecho hombre en sus purísimas entrañas. Así, admitió la alabanza; pero la refirió a su verdadero Dueño, que era Dios, autor de tales maravillas.

La misma celestial Señora nos enseñó a portarnos prudentemente en las alabanzas cuya verdad no es tan evidente; pues saludada gloriosamente por el ángel, *cogitabat qualis esset ista salutatio*. Ahí tenemos la receta para defendernos contra las mundanas lisonjas. Pensemos *qualis est ista salutatio*; qué clase de elogio es éste. Y, en primer lugar ¿puede ser sincero? ¿Hay en

mí, por lo menos, apariencia de esto que se me atribuye? Y, si vemos que no, reflexionemos enseguida qué causa puede inspirar esa alabanza infundada o exagerada.

El que es humilde no se sosegará fácilmente sobre el fundamento objetivo y medida de las alabanzas que se le dirigen; y por ahí se pondrá en camino de descubrir la adulación y examinar sus móviles y pesar cuánto contenga de *egoísmo* interesado y de *menosprecio* y burla del así tentado.

* * *

Porque ello es cierto que el que me lisonjea, por lo menos me tienta; y si no me desprecia de antemano, está dispuesto a despreciarme, si ve que pico en el cebo y me trago el anzuelo.

Ahora bien; si el que me tienta es un subordinado, en realidad me ofende con su lisonja; y la he de contestar con la debida repulsa. Y cuanto la lisonja es más desmesurada, más desproporcionada a mis méritos, tanto más vehemente es la sospecha de que se ha pretendido hacer ludibrio de mí; y conviene que escarmiente al temerario.

¡Oh, si los grandes, los poderosos, los ricos, tuvieran bien fija en el alma esta verdad: que la adulación los injuria, los "toma por primos", como decimos familiarmente; cuántos daños se evitarían en todas las esferas de la vida!

La adulación constituye la atmósfera mefítica de los palacios; hace las Cortes impenetrables a los aires vivíficos de la verdad; y prepara la ruina de los reyes y el desprestigio de todos los representantes de la Autoridad que no aciertan a defenderse contra ese contagio.

Y, por otra parte, la adulación es la escala con que se encaraman a los puestos altos, que jamás merecieron, los espíritus rastreros, los que no se elevan sino agarrándose, como las plantas trepadoras, rastreras de suyo, se suben hasta las más altas copas de los árboles y los chupan y ahogan con sus raicillas.

Este es uno de los más frecuentes y aborrecibles daños del mundo; pues conduce a la exaltación de los viles y al menosprecio de los virtuosos.

* * *

Porque el hombre *virtuoso*, o carece de aspiraciones, o estriba en su propio mérito y no en el favor ajeno; mucho menos en el favor conseguido por medio de la adulación.

En uno de los libros más antiguos de la Biblia, para caracterizar a un varón virtuoso se le llama "sencillo, recto y temeroso de Dios". Estos son, en efecto, los rasgos fundamentales del varón virtuoso: la rectitud, que tiende hacia el fin honesto, y la sencillez, que se vale, para alcanzarlo, de los medios ordenados a él, sin rodeos ni argücias, sin juegos por tabla ni artificios maquiavélicos. Claro está que este tal no acude a la adulación ni cuenta con ella. Tiene a sus superiores por personas dignas de respeto, y no se le ocurre echarles la zancadilla de la lisonja para que caigan del lado que a él le interesa.

De donde resulta, en las agrupaciones humanas donde impera el espíritu del mundo y donde los superiores están llenos de vanidad y los inferiores de baja adulación, que el *vir simplex et rectus* queda postergado. Su

proceder sencillo, al lado de las adulaciones de los otros, toma visos de soberbio o despegado. Aun con superiores de cierta buena fe, se repite el caso del Rey Lear, ofendido por el pudoroso silencio de la hija amante, y engañado por los mimos fingidos, tanto más aparatosos cuanto menos sinceros.

¡Oh, si los superiores de toda clase; los que mandan, los que reparten favores y dádivas, tuvieran un poco de doble vista para discernir la lisonja interesada y, en el fondo, despreciativa, de la desinteresada y respetuosa simplicidad! Pero el vino de la lisonja es dulce y se sube fácilmente a la cabeza; y el lisonjero triunfa y el mérito verdadero queda pospuesto.

El hombre virtuoso, cuanto más lo es, menos se presta a representar su papel en la comedia del mundo, y parece como un *inadaptado*. ¡Es que no *quiere* adaptarse, porque es demasiado honrado para esas adaptaciones de comedia!

* * *

Ejemplo clásico de esto nos dió el que bajó del Cielo para enseñarnos toda virtud. Jesús, enviado por Pilato al rey Herodes, es recibido por éste afablemente, por el deseo de que le lisonjee haciendo en su presencia y la de sus cortesanos algún milagro. Nada; un simple juego de manos. El rey no se hubiera mostrado crítico ni exigente. Lo que le interesaba era el homenaje del Profeta con que pavonearse ante su Corte.

Y el Profeta no se prestó a ese juego. Estuvo en su presencia con los ojos clavados en el suelo, sin desplegar los labios ni pronunciar una sola palabra.

Y ¿qué sucedió? El mundo se venga despreciando

a los que le menosprecian. *Sprevit eum Herodes cum exercitu suo.* Herodes despreció al Varón recto y simple, que se negaba a despreciarle tratándolo como mundano frívolo, y quería tomarle en serio y darle una provechosa enseñanza. Cristo estaba dispuesto a salvar a Herodes y derramar su sangre para ello, si quisiera él aprovecharse. Pero no estaba dispuesto a hacer un papel en aquella farsa mundana, y lisonjear los caprichos de Herodes, en lugar de reprenderle sus vicios. A esto no se doblaba el varón justo, y por eso es burlado por Herodes y por sus cortesanos, por el mundo y los que siguen su burla.

Semejante entereza había mostrado aquel otro varón recto, Mardoqueo, de que nos habla el Libro de Ester. ¿Qué pretendía de él el desvanecido Amán? una nada: que cuando él llegaba a palacio, Mardoqueo se levantara y le hiciera el acatamiento que le hacían todos los demás. Pero el israelita se negaba obstinadamente a prestarle aquel obsequio lisonjero. Y por esa poquedad, la furia de Amán crece hasta pretender, no sólo quitar la vida a Mardoqueo, sino acabar con todo el pueblo judío a que pertenecía.

La farsa mundana, aunque comedia de suyo, está siempre dispuesta a trocarse en tragedia, en cuanto encuentra una seria oposición.

* * *

Pero acaso más repugnante todavía que esta metamorfosis, es la de la lisonja en desdén, en cuanto el ídolo pierde la facultad de satisfacer al egoísmo de los que fingían adorarle.

En esta parte es clásica la historia de todos los *validos*, de los hombres que, encumbrados por la fortuna o el favor de un Príncipe, fueron omnipotentes mientras estaban en lo alto de la voltaria rueda de la suerte. El mundo, que les tributaba entonces sus más inebriantes inciensos, se vengó de ellos abrumándolos con su menosprecio, cuando la pérdida del favor real los dejó reducidos a la impotencia.

Celeberrimos son los casos de don Alvaro de Luna, privado del rey don Juan II de Castilla; del Duque de Lerma y del Condeduque de Olivares, etc. Nunca se vieron más claramente las oscilaciones de la adulación, y sus alternativas con el desdén, moviéndose estas peripecias de la comedia mundanal como las mareas del Océano, o mejor aún como las olas tempestuosas, que ya parecen levantar el navío hasta las nubes, ya sumirlo en los abismos del profundo.

Una sola mirada del rey, risueña o cejijunta; una sola palabra grata o desdeñosa, bastó a veces para hacer que la turba de los cortesanos o pretendientes, desamparase al ídolo de ayer, y corriese, a veces con raras equivocaciones y rectificaciones, a tributar sus homenajes al presunto ídolo de mañana.

* * *

Pero en esto, como en todo, la historia de las historias, y la lección de las lecciones, es la que hallamos en la Pasión de nuestro divino Redentor; al cual ensalza el pueblo el domingo de ramos con el *hosanna Filio David*, y cinco días después le pospone a Barrabás y pide para El la muerte con el *tolle, tolle*.

Ahí está el mundo retratado de cuerpo entero. Lisonjero, adulator con el que triunfa; desdeñoso con el que se eclipsa; cruel y encarnizado con el que cae.

Et vos reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram. Entendedlo vosotros, oh reyes; aprended los que tenéis alguna autoridad en la tierra. La cual se os ha dado, no para buscar vuestra vana exaltación y soberbia complacencia; sino para regir y llevar a Dios a vuestros gobernados, en cualquiera fuero que sea.

* * *

En torno de cada autoridad, por poco permeable que sea al espíritu mundano, se forma una *Corte*, un círculo de lisonjeros que se aplica a desvanecer al que manda y rodearle de una nube de mentiras, que no deje penetrar hasta él los rayos esplendorosos de la verdad, ni le permita discernir el verdadero mérito.

¡Ay de los poderosos que se dejan embriagar por ese vino fuerte de la adulación! La divinización de los hombres es la raíz de las tragedias. La culpa trágica no se halla sólo en las leyendas de los Atridas y de los otros linajes heroicos de Grecia. Es algo común en la vida de los individuos y de los pueblos. Es la embriaguez producida por la lisonja mundanal, que prepara las caídas trágicas, en la presente vida o en la vida futura, en que se exigirán las responsabilidades a los que ejercieron el poder y, desvanecidos por la lisonja, encumbraron el vicio y le dejaron suplantar a la virtud.



La victoria del mundo

Jesucristo nuestro Señor profesa paladinamente que no es *Rey del mundo*. *Regnum meum non est de hoc mundo*. Con todo eso, es cierto que Cristo es Rey de todas las cosas. Él es por quien todas fueron hechas; por quien Dios hizo los siglos.

El Salmista describe con los más vivos colores esta realieza de Cristo, precisamente cuando pronuncia la rebeldía de los poderosos de la tierra contra él.

“¿Por qué, dice, murmuraron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Congregáronse los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno, contra el Señor y contra su Cristo. ¡Rompamos sus ataduras y sacudamos de nosotros su yugo!

”El que habita en los cielos se mofará de ellos, y de ellos el Señor hará burla. Entonces les hablará en su ira y los conturbará en su furor.

”Yo he sido por él establecido Rey sobre Sión, su santo monte, para predicar su precepto.

”El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado (es a saber: en el eterno *hoy* de Dios, para quien no hay ayer ni mañana).

"Pídemelo y te daré por herencia las gentes, y por posesión los términos de la tierra. Los gobernarás con vara de hierro, y los quebrarás como un vaso de barro.

"Y ahora, oh reyes, entended: instruíos los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor y regocijaos en él con temblor. Tomad la disciplina; no sea que se enoje el Señor y os extraviéis del camino de la justicia. Cuando en breve se encenderá su ira, bienaventurados todos los que esperan en él."

¿Cómo, pues, Cristo, rey de las gentes, señor de la tierra, *Rex regum et dominus dominantium*, Rey de los reyes y Señor de los que dominan, afirma que su reino no es *de este mundo*; que no es rey del mundo?

Sin duda alguna, porque no entiende por mundo el *cosmos*, el conjunto y orden de las cosas criadas; que de éstas sí es Rey y Señor soberano; sino esa actitud viciosa de los hombres que se congregan poniendo en común sus vicios y disimulando y ocultando sus buenas cualidades, para obrar el mal con la eficacia de su cooperación. Ese mundo que consta de falsas máximas, de vanas pompas y espectáculos fantásticos, y es todo él imperio de la farsa, reino de la mentira y dominio de la ficción.

De semejante reino, claro está que no puede ser Rey aquel Señor que dijo de sí: *Ego sum veritas*, yo soy la verdad. ¿Cómo podría reinar la verdad en el reino de la mentira?

No; el príncipe de este mundo es el padre de la mentira, del cual dice Cristo nuestro Señor, que ya está juzgado; *quia princeps hujus mundi, jam judicatus est*; es a saber: juzgado por mentiroso y convencido de tal. Por eso será lanzado afuera; *nunc princeps hujus mundi ejicitur foras*; es decir: fuera del mundo de la realidad,

del mundo de la luz, del reino de la verdad. Porque Cristo ha vencido al mundo, deshaciendo sus mentiras con su verdad divina: "Confiad, dice a sus discípulos. Yo he vencido al mundo. *Confidite, Ego vici mundum.*"

Y nosotros, discípulos de Cristo, podemos vencer al mundo, viviendo la vida de fe que nos une a Cristo; como lo asegura el Discípulo Amado: *Haec est victoria quae vincit mundum, fides vestra*; esta es la victoria que vence al mundo; vuestra fe.

Esta fe nos enseña la falsedad de las máximas mundanas y, consiguientemente, nos inmuniza contra ellas; como quien sabe que un veneno es mortífero se inmuniza contra él, no ingiriéndolo, sino evitándolo con todo cuidado.

No se trata aquí de aquella fe estéril encomiada por los protestantes; sino de la fe operativa; eficaz en obras. Para que el conocimiento de un tóxico nos inmunice, no basta el sólo conocer; pues quien conociéndolo lo tomara, quedaría inficionado a pesar de su conocimiento.

La fe, pues, que nos hace vencer al mundo, es aquella que se traduce en obras y en toda la dirección de nuestra vida.

Quien tiene viva fe en Cristo, sabe que es Dios, infalible por ende, y que sus máximas no pueden fallar; y como sabe que son de Cristo las maldiciones a los ricos, a los que rien, a los que tienen su satisfacción en este mundo; se inmuniza contra las falsas máximas mundanas, diametralmente opuestas a las del Señor.

Quien tiene viva fe en Cristo sabe que Cristo no ama el fausto y los oropeles de las humanas grandezas; y así, cuando el demonio se le presenta, como a S. Martín, vestido de regio aparato y esplendor mundano, se niega a reconocer-

le por Señor suyo; pues sabe perfectamente que su Señor no eligió la púrpura, sino los pobres pañales y la vestidura de escarnio; ni la corona de oro, sino la de espinas; ni el trono suntuoso, sino la infamante cruz.

El que, por la vida de fe, tiene asentadas en su alma las máximas de Cristo y la imagen y los ejemplos del Señor, ése es el inmunizado contra las seducciones y falacias del mundo; ése, su vencedor.

* * *

San Ignacio de Loyola, en el admirable libro de sus Ejercicios, nos manda pedir “conocimiento del mundo, para que, aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas.” Al aborrecimiento nos ha de conducir el conocimiento de la falsía y vanidad de este primer enemigo de nuestra alma; y más, por ventura, el saber y ver que el mundo no quiere conocer a Cristo ni puede recibir el Espíritu de verdad.

Malo y grave fué lo que dice San Juan: que el mundo había sido formado por El y no le conoció. Pero peor es que, después de haber sido, no sólo hecho, sino regenerado; redimido con la sangre de Cristo, fecundado con su doctrina y por un cultivo veinte veces secular de la Iglesia fundada por Cristo; el mundo persiste en su obstinada pertinencia. *Et mundus eum non cognovit.*

A pesar de las enseñanzas de Jesucristo, el mundo continúa como hace veinte siglos, enseñando sus máximas vanísimas, sin dejarse desengañar por las lecciones mil veces repetidas de la experiencia de los individuos y de las sociedades.

¿No es motivo éste para aborrecerle? ¿No es causa

gravísima para huir de él y preservarnos diligentemente de todo resabio de su mal espíritu?

* * *

Y lo peor del caso es que no podemos ausentarnos totalmente del mundo; sino que hemos de sufrir su continuo asedio, casi tan inevitablemente como el de la carne que llevamos en nosotros mismos, y el del demonio que nos acecha por todas partes.

Cristo ruega a su Padre que libre a los suyos del mal, pero no que los saque del mundo; *non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo.*

Así, es menester que luchemos constantemente para evitar sus daños, sin poder de una vez romper todas nuestras relaciones con él.

Y como, en toda guerra, lo primero es conocer al enemigo. A esto se enderezan estas reflexiones sobre sus falsas máximas y sobre la tramoya de su comedia o farsa. Pero, además, hemos de conocer las armas con que hemos de batirle y vencerle, que son la doctrina de Cristo y la práctica de todas las virtudes cristianas.

* * *

Según decíamos al principio, la *mundanidad* no es algo substancial; algo inherente a la naturaleza de los hombres mundanos. Es puramente una *actitud del ánimo* que, fascinado por las máximas y mentiras del mundo, oculta su parte mejor y hace alarde de lo peor que hay en él; con lo cual los mundanos ponen en común sus vicios, para obrar más eficazmente el mal.

El remedio, por tanto, está en cambiar esa actitud de la mente, a que sigue la dirección mundana de la conducta.

Por eso comenzó Jesucristo su predicación con aquellas palabras: *Poenitentiam agite*, haced penitencia; que el original griego dice *metanoia*, esto es, *cambio de pensar*. Como si dijera el Señor: Cambiad vuestra manera de pensar, vuestro modo de juzgar de las cosas; no calificándolas ya con los criterios del mundo, que son falsos y desatinados; sino con el mío que es todo luz y verdad.

No tengáis ya por bienaventurados a los ricos, sino a los pobres de espíritu; ni a los que triunfan, sino a los mansos; ni a los que ríen y se alborozan, sino a los que lloran; ni a los que corren tras los éxitos mundanos, sino a los que tienen hambre y sed de justicia, etc., etc.

Quien abraza de corazón estas máximas de Cristo, y, por el mismo caso, se despoja de los modos de juzgar del mundo, diametralmente opuestos, ese es el *vencedor del mundo* y poseedor, desde ahora, del Reino de los cielos.

* * *

Pero ocurre con la victoria sobre el mundo, lo que con la victoria sobre la carne; que podemos vencerla, pero no librarnos enteramente de ella. Necesitamos vivir *en carne*, siquiera logremos no vivir *según la carne*.

Por semejante manera, hemos de vivir *en el mundo*, pero no *según el mundo*; y de ahí nace una continua dificultad que aflige al fiel discípulo de Cristo y le hace gemir con el Apóstol: “¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” ¿Quién me librá de los lazos de este mundo falaz?

De ahí los problemas que siempre de nuevo se nos plan-

tean: ¿hasta dónde hemos de condescender con el mundo en cada caso, siquiera sea con la sincera intención de llevar a Cristo a los que ahora son del mundo?

Muchas veces la dificultad de tales problemas es casi insoluble. Se trata de apreciar, no sólo las acciones y circunstancias presentes, sino sus consecuencias futuras; y muchas veces nuestras previsiones nos engañan.

Sólo el Espíritu Santo, con su *don de consejo*, puede iluminarnos de un modo enteramente seguro, y para los que vivimos sujetos a superiores legítimos, la sumisión y obediencia a sus direcciones puede ahorrarnos muchas congojas, y evitar, por lo menos, nuestra responsabilidad.

Pero, fuera de esto, hay también un criterio que pocas veces falla. El mundo tiene una especie de instinto infalible para olfatear a los que tienen el espíritu de Cristo, contrario al suyo. Y contra los tales se enfurece y emplea todo género de persecuciones.

Cuando, pues, el mundo ladra contra nosotros; cuando nos abrumba con sus injurias y baldones y nos persigue furiosamente; señal es cierta de que no seguimos su espíritu; de que somos discípulos de Cristo.

Por eso puso el Señor como última de las *bienaventuranzas aquella*: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Bienaventurados sois cuando los hombres os maldigan y digan de vosotros todo mal, por causa de mi nombre.

Y en la última Cena dijo a sus apóstoles: "Si el mundo os odia, sabed que primero me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; más porque no sois del mundo, sino yo os escogí (y saqué) del mundo, por eso el mundo os aborrece."

Cuando, pues, el mundo nos alaba y lisonjea, bastante

causa tenemos de temer y examinar con mucho cuidado si hay en nosotros algo de mundanidad o de culpable conivencia que nos hace agradables o aceptos al mundo. Pero cuando el mundo nos odia y persigue, tenemos prendas ciertas de que no nos mira como suyos; y, por tanto, podemos confiar que somos de Cristo.

De ahí aquel deseo y afán que tenían los santos, llenos del espíritu de Cristo, de ser despreciados, perseguidos y cubiertos de oprobios por el mundo. Porque en esto veían una garantía que los certificaba de ser legítimos discípulos y seguidores del Señor.

* * *

San Ignacio insiste mucho en esto, así en los Ejercicios, como en la dirección de los que recibe en la Compañía de Jesús.

En la meditación del Reino de Cristo, induce al ejercitante a protestar, hablando con Cristo, "que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio."

¿Qué bien puede haber en pasar injurias y vituperios? Fuera de que con esto se sube a la virtud de la humildad, hay este gran bien: que tanto más nos separamos del mundo y nos vaciamos de su espíritu, cuanto más el mundo nos desprecia y baldona y llena de oprobios.

Asimismo, en la meditación de Dos Banderas, encomienda Cristo a los suyos, que "a todos quieran ayudar en traerlos... a deseo de oprobios y menosprecios."

Y el tercer grado de humildad desea y elige "más oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y ser estimado

por vano y loco, por Cristo... antes que por sabio y prudente en este mundo.”

Cuanto a los que han de ser recibidos en la Compañía de Jesús, pone San Ignacio por condición, para juzgarlos aptos para ser admitidos, que de tal manera aborrezcan el mundo, que deseen ser por él despreciados como locos y llenos de oprobios.

Y así dice que “es mucho de advertir a los que se examinan, encareciendo y ponderándolo delante de nuestro Criador y Señor, cuán necesario es tener esos deseos de pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, etc.”

Y añade: “Donde, por nuestra flaqueza humana y propia miseria, no se hallase (el candidato) en los tales deseos así encendidos en el Señor nuestro, sea demandado (preguntado) si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos. Si respondiere *afirmative*, deseando hallarse en los tales y tan santos deseos, para mejor venir al efecto de ellos, sea interrogado si se halla determinado y aparejado para admitir y sufrir con paciencia, mediante la gracia divina, cuando quiera que las tales injurias, ilusiones (burlas) y oprobios incluso en la tal librea de Cristo nuestro Señor y cualesquiera otros se le hiciesen, ahora sea por quienquiera dentro de la casa o Compañía, donde pretende obedecer, humillarse y ganar la vida eterna, ahora sea fuera de ella, por cualesquier personas de esta vida, no dando a ninguno mal por mal, más bien por mal.”

Esto propone San Ignacio en el Examen para los que pretenden la Compañía de Jesús. Y a los ya admitidos en ella les prescribe, como una de sus Constituciones y Reglas, la siguiente:

“Es mucho de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha

a la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles, cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos, que siguen al mundo, aman y buscan con toda diligencia, honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es a saber: vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia; tanto que, donde a la su Divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesu Cristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo que, en todas cosas a nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, como sea la vía que lleva a los hombres a la vida.”

Quien no tenga este espíritu, quien no posea esta perfección o tienda ahincadamente a ella; no se forje ilusiones de poder entrar con la de los mundanos para salir con la de Cristo. Antes si entra en el mar del mundo, se anegará en él, en vez de sacar de sus turbulentas aguas a los peces que pretendía pescar.

Al contrario, quien así aborrece la honra mundana y ama y abraza los desprecios del mundo, este tal está inmunizado contra su mal espíritu y ha alcanzado la cumbre de la Mundología.

La "prudencia" mundana

Hubiéramos terminado nuestras reflexiones con lo que precede, si no nos pareciera que queda una rendija por donde el espíritu mundano puede introducirse para engañar e inficionar aun a los que más sinceramente piensan buscar los intereses y la gloria de Dios.

San Ignacio, en la regla que hemos transcrito, manda a los suyos que "deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos, *no dando ellos ocasión alguna de ello*". ¡Muy bien! Pero esta *ocasión* pudiera ser la rendija por donde la *prudencia* de la carne se introdujera y diera al traste con todo lo demás. Por lo cual conviene meditar dos lugares de las Epístolas apostólicas, en que se obtura perfectamente esa rendija, poniéndonos ante los ojos la verdadera condición de esa seudoprudencia con que el espíritu mundano se disfraza.

San Pablo (Romanos, cap. VIII), nos dice: *Prudentia carnis mors est... quoniam sapientia carnis inimica est Deo*. La prudencia de la carne es muerte... porque la sabiduría carnal es enemiga de Dios.

Y Santiago, en aquella Epístola que tanto disgustaba a Lutero, dice: *Non est enim ista sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica* (III, 15).

Esta prudencia de la carne, esta sapiencia terrena, animal y diabólica es la que interviene, infaliblemente, siempre que uno se ve perseguido *por la justicia*; por la causa de Dios y de su Cristo; por la causa de la verdad y del bien. El tal es acusado de *imprudencia*; y los *prudentes*, esforzándose por *no dar ocasión* para ser teni-

dos por el mundo como locos, acaban por enloquecerse bailando al son que el mundo les toca.

En realidad, la *prudencia* es la más difícil de las virtudes; pues es medida de las demás, y en sí no tiene medida fácil de comprobar.

La justicia puede comprobarse por la igualdad entre lo dado y lo recibido, o por la diferencia de los merecimientos que prefiere. La templanza y la fortaleza, aunque no tan exacta, tienen también su medida, fácil de determinar por las necesidades o los peligros.

Más, en lo que toca a la prudencia, como ordena los medios al fin, cuando el fin próximo no se obtiene, queda expuesta al vituperio de imprudencia.

Cierto, el que confiesa a Cristo delante de sus enemigos, *da ocasión* para que éstos se enfurezcan y le apedreen. El que dice la verdad delante de los que la odian, y el que revela las iniquidades de los hipócritas, *dan ocasión* a los tales para que cierren contra ellos. ¿Será justo reprenderlos de imprudencia por *haber dado ocasión* a las persecuciones que sufren por la verdad y la justicia?

A nuestro juicio, esta dificultad queda claramente resuelta, advirtiendo las *divinas imprudencias* de la Sabiduría encarnada.

Ciertamente, Cristo nuestro Señor *dió ocasión* a Herodes para que le burlara, por no dirigirle ni una palabra halagüeña. *Dió ocasión* a los escribas y fariseos para que le persiguieran, quebrantando sistemáticamente *su sábado*, farisaicamente entendido. Y, sobre todo, *dió ocasión* al furor y encono de sus enemigos, señalando sus vicios que los hacían semejantes a sepulcros blanqueados.

Dió ocasión, no causa ni justificación. Pues suficiente luz tenían para entender que él era Dios, Señor del sába-

do, y para reconocer los pecados de que eran culpables y que cubrían hipócritamente con sus exterioridades de santidad y observancia de la ley.

Al contrario, con esa capa de *no dar ocasión* a los menosprecios y venganzas del mundo, muchos cristianos niegan prácticamente a Cristo, abandonan sus máximas y su bandera, y acaban por ser desertores o domésticos traidores.

Por *no dar ocasión* a ser despreciados, transigen con los desatinos del mundo y sus injustas pretensiones; encubren, con una complicidad silenciosa, las iniquidades de los poderosos, dejando que el débil sea oprimido o el inocente burlado.

Hay una prudencia *mundana*, una prudencia *carnal* y una sabiduría *diabólica*; es a saber: la prudencia que tiene por norte *no desagradar al mundo*; la que tira a halagar a la carne y a la sensualidad; la que por esos caminos viene a hacerse cómplice del demonio, enemigo de Dios y de las almas.

¡Ojalá fuera esta materia muy oscura y necesitara extensas explicaciones! ¡Ojalá no la ilustrara demasiado la Historia de la Iglesia, con sus ejércitos de prelados cortesanos, de abades opulentos y ostentosos, de clérigos mundanos, de religiosos relajados! ¡Por dónde comenzaron todas esas claudicaciones? Sin duda por esa *prudencia* de la carne, enemiga de Dios, muerte de la virtud y pábulo del espíritu mundano.

El Maestro divino nos dijo: "Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas." Ahí está la dificultad. Porque el espíritu mundano, como verdadera serpiente del Paraíso de la Iglesia, se introduce so capa de prudencia.

La prudencia de la serpiente, explican los santos, consiste en proteger la cabeza, exponiendo a los golpes lo demás del cuerpo. Sea ésta la prudencia del cristiano; arriesgarlo todo menos la cabeza, esto es, el servicio de Dios, el último fin, la salvación del alma.

Esta prudencia guiaba a los apóstoles cuando se negaban a obedecer las órdenes del sanedrín, de que no predicaran a Cristo. Esta misma prudencia movió a los anacoretas a renunciar a todas las cosas del mundo para no perder su alma.

Pero la prudencia que atiende a no perder las comodidades de la vida, a no perder el favor de las personas que pueden favorecernos con su autoridad o su dinero, o elevarnos a los puestos lustrosos de la sociedad, esa prudencia, ni es conciliable con la simplicidad columbina, ni es la que recomienda Cristo, sino la que llama San Pablo "prudencia de la carne", y Santiago, sabiduría terrena, carnal y diabólica.

A. M. D. G.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción.	5
El problema de la Mundología.	5
El concepto del Mundo	8
El espíritu mundano	14
Las máximas.	19
I. La maldición de las riquezas	25
II. La sangre azul.	36
III. Si vis pacem, para bellum	46
Corolario.—El Evangelio y la cuestión social.	59
IV. ¡Ay de los que ríen!.	64
V. ¡Religioso sí, beato no!.	79
VI. ¡Ay de los vencidos!.	89
VII. Los derechos de la juventud	100
VIII. La tramoya mundana.	113
IX. Lisonjas y desdenes.	131
X. La victoria del mundo	143
La «prudencia» mundana	153

Obras para los meses de Mayo y Junio

extractadas del *Catálogo general* de la EDITORIAL
LIBRERÍA RELIGIOSA. — Aviñó, 20 — BARCELONA

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

por J. V. BAINVEL, S. J.

Este precioso libro, que alcanza ya en su original la sexta edición, se puede considerar como definitivo acerca de su dulce objeto.

Un tomo en 8.º de 506 páginas, en rústica 5'50 ptas. en tela 7'50 ptas.

JESÚS Y SUS OBRAS

por CONSTANCIO EGUÍA RUIZ, S. J.

El P. Egúa ha prestado con esta obra un servicio eminente a los *señores Sacerdotes*, ofreciéndoles una materia próximamente preparada para la predicación de los más consoladores misterios de Cristo Redentor.

Un tomo en 8.º de 344 páginas, en rústica 4 ptas. en tela 6 ptas.

JESÚS ÍNTIMO

Elevaciones dogmáticas por CARLOS SAUVÉ, S. S.

Después del elogio que la obra del P. Sauvé ha merecido de Su Santidad Pío X (Breve de 10 de Marzo de 1908), todos los encomios que de ella hagamos nosotros serían pequeños.

Un tomo en 8.º de 460 páginas, en rústica 3 ptas. en tela 5 ptas.

EL CORAZÓN DE JESÚS

(Segunda parte de *Jesús íntimo*). Elevaciones dogmáticas
por CARLOS SAUVÉ, S. S.

Dos tomos de 368 y 404 páginas, en rústica 6 ptas. en tela 10 ptas.

UN MES CONSAGRADO A MARÍA

Para alcanzar la conversión de los pecadores

por M. MENGHI

En este librito se halla una breve lectura, un ejemplo y una meditación, para obsequiar a María cada día de su florido mes.

Un tomito de 400 páginas, en tela 1'50 ptas.

MES DE MARÍA PARA NIÑOS

por M. MENGHI

Los ejemplos y ejercicios prácticos de este librito lo hacen sumamente agradable y útil para los niños a quienes se destina.

Un tomo en 16.º de 309 páginas, en tela 1'50 ptas.

LOS TRES MESES DE MARZO, MAYO Y JUNIO

Cosagrados a San José, a la Virgen Santísima y al
Sacratísimo Corazón de Jesús

por M. MENGHI

La santa devoción de los tres meses, en obsequio de la Sagrada Familia, tiene un poderoso auxiliar en este hermoso librito.

Un tomo en 16.º de 191 páginas, en tela 1'75 ptas.

LA VIRGEN MARÍA

por el ABATE ORSINI

¿Qué hijo no tendrá empeño por conocer la historia de su madre? Sobre todo siendo santa e ilustre. Por eso el presente libro, donde se utilizan las más seguras fuentes, es de sumo interés para todos los devotos de Nuestra Señora.

Dos tomos en 16.º de 448 y 412 páginas, en tela 4 ptas.

TESORO DE PROTECCIÓN EN LA STMA. VIRGEN
por el P. TEODORO DE ALMEIDA

Las razones que tenemos para amar a Nuestra Madre celestial, se exponen en este libro de un modo fervoroso y persuasivo.

Un tomo en 16.º de 347 páginas, en tela 1'50 ptas.

LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA DE LA INMACULADA
CONCEPCIÓN

M. R. P. FRAY PEDRO GUAL

Todos los devotos de María Inmaculada deben leer este libro, en que se refutan victoriosamente las calumnias heréticas.

Un tomo en 8.º de 406 páginas, en tela 2'50

LAS GLORIAS DE MARÍA

por SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

No se ha escrito otro libro más empapado en el amor a la Madre de Dios, ni más apto para alimentar su verdadera devoción, fuente de inestimables bienes.

Un tomo en 8.º de 455 páginas, en tela 2'50 ptas.

ANUARIO DE MARÍA

O el verdadero siervo de la Virgen Santísima

por M. MENGHI

Contiene muy piadosas lecturas, ejemplos, oraciones y ejercicios de los mayores Santos, para honrar a la Virgen Santísima en todos los domingos y principales fiestas del año.

Dos tomos en 16.º de 366 y 413 páginas, 4 ptas.

MERCEDES DE LA VIRGEN MARÍA

Meditaciones por M. MENGHI

Hermosa serie de consideraciones sobre la Lefanía lauretana, los misterios del Rosario y las virtudes de la Virgen Santísima. Contiene meditaciones y lecturas.

Un tomo en 8.º de 588 páginas, en tela 2'50 ptas.







